



CHARLES BAUDELAIRE
Paraísos artificiales

El poeta francés Charles Baudelaire (1821-1867) fue el primero en aplicar la expresión «Paraísos artificiales» —la tomó de una tienda de flores artificiales de París— a la vivencia del mundo creado por el opio y otras sustancias alucinógenas. Partiendo de «Las confesiones de un comedor de opio inglés», de Thomas de Quincey, al que en parte traduce, Baudelaire hace una especie de tratado semifilosófico y semicientífico sobre la naturaleza, el uso y los efectos del hachís, que entonces procedía de Oriente y ofrecía ese aliciente

romántico de exotismo y ebriedad. Sin arredrarse ante las conclusiones, multiplicando los puntos de vista, Baudelaire examina sistemáticamente todos los aspectos del consumo del hachís, desde el lado fisiológico y psíquico hasta el lado moral; y aunque aporta una total desenvoltura, como moralista sensible al prestigio del mal y del malditismo, discierne los distintos pasos de esa ebriedad que desemboca en un futuro lleno de amarga desilusión: una necesidad de remordimiento y de alegría, de deseo y de abandono, de denuncia y de pureza. Además de la lucidez del

análisis, de su rigor, de la limpidez del estilo, «Los paraísos artificiales» ofrece una muestra de calidad de una inteligencia rara que interpreta las experiencias más diversas con un tacto ejemplar.



Charles Baudelaire

Paraísos artificiales

ePub r1.0

Trips 20.11.14

Título original: *Les paradis artificiels*

Charles Baudelaire, 1860

Traducción: Luis Echávarri

Editor digital: Trips

ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

Del vino y del hachís

Comparados como medios de
multiplicación de la
individualidad (1851)

I. El vino

Un hombre muy célebre que era al mismo tiempo un gran tonto, cosas que se llevan bien según parece, como tendré más de una vez, sin duda, el doloroso placer de demostrar, se ha atrevido, en un libro sobre la Mesa,

compuesto desde el doble punto de vista del placer y la higiene, a escribir lo siguiente en el capítulo sobre el Vino: «El patriarca Noé pasa por ser el inventor del vino; es un licor que se hace con el fruto de la vid».

¿Y después? Después, nada. Será inútil que hojeéis el volumen, que lo recorráis en todos los sentidos, que lo leáis al derecho, al revés, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, nada más encontraréis sobre el vino en la *Fisiología del Gusto* del muy ilustre y respetado Brillat-Savarin: «El patriarca Noé» y «es un licor...».

Me imagino que un habitante de la Luna o de algún planeta lejano viaja por

nuestro mundo y, cansado por sus largas etapas, desea refrescarse el paladar y calentarse el estómago. Tiene que ponerse al corriente de los placeres y costumbres de nuestra Tierra. Ha oído hablar vagamente de deliciosos licores con los que los ciudadanos de este globo se procuran a voluntad, alegría y coraje. Para estar más seguro de su elección, el habitante de la Luna recurre al oráculo del buen gusto, el célebre e infalible Brillat-Savarin, y encuentra en el artículo del vino esta información preciosa: «El patriarca Noé...» y «este licor se hace...». Es algo muy digestivo y muy explicativo. Después de haber leído esta frase es imposible no tener

una idea exacta y clara de todos los vinos, de sus diferentes cualidades, de sus inconvenientes y del efecto que ejercen en el estómago y el cerebro.

¡Oh, queridos amigos, no leáis a Brillat-Savarin! *Dios evita a los que ama las lecturas inútiles.* Tal es la primera máxima de un librito de Lavater, filósofo que amó a los hombre más que a todos los magistrados del mundo antiguo y moderno. No se ha bautizado postre alguno con el nombre de Lavater, pero el recuerdo de ese hombre angélico seguirá viviendo entre los cristianos cuando los buenos burgueses hayan olvidado ya al *Brillat-Savarin*, bizcocho insípido cuyo menor defecto consiste en servir de

pretexto para un *desembuchamiento* de máximas totalmente pedantes tomadas de la famosa obra maestra.

Si una nueva edición de esa falsa obra maestra se atreve a afrontar la cordura de la humanidad moderna, bebedores melancólicos, o bebedores alegres, los que buscáis en el vino el recuerdo o el olvido y, al no encontrarlo nunca lo suficientemente a vuestro gusto, no contempláis ya el cielo sino a través del fondo de la botella^[1], bebedores olvidados y desconocidos, ¿compraréis un ejemplar de este libro y trocaréis el bien por el mal, el beneficio por la indiferencia?

Abro la *Kreisleriana* del divino

Hoffmann y leo en ella una recomendación curiosa: «El músico concienzudo debe emplear el vino de Champaña para componer una ópera cómica. En él encontrará la alegría espumante y liviana que el género reclama. La música religiosa exige vino del Rhin o del Jurançon. Como en el fondo de las ideas profundas, hay en ellos una amargura embriagadora; pero la música heroica no puede prescindir del vino de Borgoña; posee el ímpetu severo y la seducción del patriotismo». Esto es mejor ciertamente y, además del sentimiento apasionado de un bebedor, encuentro en ello una imparcialidad que hace el mayor honor a un alemán.

Hoffmann había armado un raro barómetro psicológico destinado a mostrarle las diferentes temperaturas y los fenómenos atmosféricos de su alma. En él se encuentran divisiones tales como éstas: «tendencia ligeramente irónica atemperada por la indulgencia; amor a la soledad con profunda satisfacción de *mí* mismo; júbilo musical, entusiasmo musical, tempestad musical, alegría sarcástica insoportable para mí mismo, aspiración a salir de *mi yo*, objetividad excesiva y fusión de *mi ser* con la naturaleza». No es necesario decir que las divisiones del barómetro moral de Hoffmann se hallaban acotadas de acuerdo con el orden de su

generación como en los barómetros corrientes. Me parece que entre ese barómetro psicológico y la explicación de las cualidades musicales de los vinos existe una fraternidad evidente.

Hoffmann comenzaba a ganar dinero cuando se lo llevó la muerte. La fortuna le sonreía. Como nuestro querido y gran Balzac, sólo en los últimos tiempos vio brillar la aurora boreal de sus esperanzas más antiguas. En esa época los editores, que se disputaban sus cuentos para los almanaques, tenían la costumbre, para obtener su favor, de acompañar sus envíos de dinero con un cajón de vinos franceses.

II

Profundos goces del vino, ¿quién no os ha conocido? Quienquiera que ha tenido que apaciguar un remordimiento, que evocar un recuerdo, que ahogar un sufrimiento, que hacer castillos en el aire, todos, en fin, te han invocado, Dios misterioso oculto en las fibras de la vida. ¡Qué grandes son los espectáculos del vino iluminados por el sol interior! ¡Qué auténtica y ardiente esa segunda juventud que el hombre extrae de sí mismo! Pero qué temibles también esas voluptuosidades fulminantes y sus encantamientos enervantes. Sin embargo,

decidme, en vuestra alma y conciencia, jueces, legisladores, hombres de mundo, todos aquellos a quienes la felicidad hace bondadosos, a quienes la fortuna hace fáciles la salud y las virtudes, decidme: ¿quién de vosotros tendrá el valor despiadado de condenar al hombre que bebe con inteligencia?

Por otra parte, el vino no siempre es el terrible combatiente seguro de su triunfo y además ha jurado no mostrar compasión ni misericordia. El vino es semejante al hombre: no sabe jamás hasta qué punto se lo puede estimar o despreciar, amar o aborrecer, ni de cuántos actos sublimes o delitos monstruosos es capaz. Por consiguiente,

no seamos más crueles con él que con nosotros mismos y tratémoslo como igual.

A veces me parece que oigo decir al vino —él habla con su alma, con esa voz de los espíritus que sólo los espíritus comprenden—: «Hombre, mi bien amado, quiero hacerte llegar, a pesar de mi cárcel de vidrio y mis cerrojos de corcho, un canto lleno de fraternidad, un canto lleno de alegría, de luz y de esperanza. No soy ingrato y sé que te debo la vida. Sé que eso te ha costado trabajo y sol en los hombros. Tú me has dado la vida y te recompensaré. Te pagaré mi deuda con largueza, porque siento un júbilo extraordinario cuando

caigo en el fondo de una garganta sedienta por el trabajo. El pecho de un hombre honrado es una morada que me agrada mucho más que esos sótanos melancólicos e insensibles. Es una tumba alegre donde cumplo con entusiasmo mi destino. Armo un zafarrancho en el estómago del obrero y, desde allí, por escaleras invisibles, subo hasta su cerebro, donde ejecuto mi suprema danza.

»¿Oyes cómo se agitan y resuenan en mí los poderosos estribillos de los tiempos antiguos, los cantos del amor y de la gloria? Yo soy el alma de la patria, galante a medias y a medias militar. Soy la esperanza de los días de fiesta, pues

el trabajo hace los días prósperos y el vino hace los domingos dichosos. Arremangado y con los codos apoyados en la mesa de la familia, me elogiarás con orgullo y te sentirás verdaderamente contento.

»Encenderé los ojos de tu anciana esposa, la vieja compañera de tus pesadumbres cotidianas y de tus esperanzas más antiguas. Enterneceré su mirada y pondré en el fondo de su pupila el relámpago de la juventud. Y a tu hijito querido, paliducho, ese pobre pollino uncido a la misma fatiga que el caballo de varas, le devolveré los bellos colores de su cuna; y seré para ese nuevo atleta de la vida el óleo que

fortificaba los músculos de los antiguos luchadores.

»Caeré en el fondo de tu pecho como una ambrosía vegetal. Seré la semilla que fertilice el surco dolorosamente abierto. Nuestro íntimo ayuntamiento creará la poesía. Entre ambos haremos un Dios y volaremos hacia el infinito como los pájaros, como las mariposas, los hilos de telaraña, los perfumes y todo aquello que posee alas».

Eso es lo que canta el vino en su lenguaje misterioso. ¡Ay de aquel cuyo corazón egoísta y cerrado a los dolores de sus hermanos nunca ha oído esa canción!

Con frecuencia he pensado que, si

Jesucristo compareciera al presente en el banquillo de los acusados, encontraría algún acusador público que demostraría que la reincidencia empeora su caso. En cuanto al vino, reincide todos los días. Todos los días repite sus beneficios. Eso explica, sin duda, el ensañamiento de los moralistas contra el vino. Cuando digo moralistas me refiero a los seudomoralistas fariseos.

Pero he aquí algo muy distinto. Descendamos un poco más abajo. Contemplemos a uno de esos seres misteriosos que viven, por decirlo así, de las deyecciones de las grandes ciudades; pues hay oficios extravagantes. Su número es inmenso. A

veces he pensado aterrado en los oficios que no comportan alegría alguna, oficios desagradables, fatigas sin alivio, sufrimientos no compensados. Me engañaba. He aquí un hombre encargado de recoger los restos de un día en la capital. Todo lo que la gran ciudad ha desechado, todo lo que ha perdido, todo lo que ha desdeñado, todo lo que ha roto, él lo cataloga y colecciona. Compulsa los archivos del libertinaje, el cajón de sastre de los desechos, hace una cribadura, una selección inteligente; recoge, como su tesoro un avaro, las basuras que, rumiadas por la divinidad de la industria, se convertirán en objetos de utilidad o de goce. Ved cómo, a la

claridad lóbrega de los faroles acosados por el viento nocturno, sube por una de esas largas callejuelas tortuosas pobladas por pequeños hogares de la montaña Sainte-Geneviève. Está cubierto con su *capa de mimbre con su número siete*. Llega sacudiendo la cabeza y tropezando con los adoquines, como los poetas jóvenes que pasan todos sus días vagando en busca de rimas. Habla solo y derrama su alma en el aire frío y tenebroso de la noche. Es un monólogo magnífico que inspira la compasión por las tragedias más líricas. «¡Adelante! ¡Marchen! ¡División, primera fila, ejército! ¡Exactamente como el Napoleón agonizante en Santa

Helena!»). Parecería que el número *siete* se ha convertido en un cetro de hierro y la *capa de mimbre* en un manto imperial. Ahora felicita a su ejército. Se ha ganado la batalla, pero la jornada ha sido dura. Pasa a caballo bajo arcos de triunfo. Su corazón es dichoso. Escucha con delicia las aclamaciones de un mundo entusiasmado. Poco después dictará un código superior a todos los conocidos. Jura solemnemente que hará a sus pueblos felices. La miseria y el vicio han desaparecido en los seres humanos.

Y, sin embargo, tiene la espalda y los riñones desollados por el peso de su mochila. Le acosan los disgustos

domésticos. Le han cansado cuarenta años de trabajo y de caminatas. La vejez le atormenta. Pero el vino, como un nuevo *Pactolo*, hace correr a través de la humanidad languideciente un oro intelectual. Como los buenos reyes, reina por sus servicios y canta sus proezas con la garganta de sus súbditos.

Hay en el globo terráqueo una multitud innumerable y sin nombre, cuyo sueño no adormecería bastante los sufrimientos. El vino compone para ella canciones y poemas.

Muchas personas me encontrarán, sin duda, demasiado indulgente. «Usted absuelve la borrachera e idealiza el vicio». Confieso que ante los beneficios

carezco de coraje para contar los daños. Por lo demás, ya he dicho que al vino se lo puede asimilar con el hombre y he concedido que sus crímenes son tantos como sus virtudes. ¿Puedo hacer algo más? Por otra parte, se me ocurre una idea. Si el vino desapareciera de la producción humana, creo que en la salud y el intelecto del planeta se produciría un vacío, una ausencia, una imperfección mucho más espantosa que todos los excesos y las desviaciones de que se hace responsable al vino. ¿No es razonable pensar que las personas que jamás beben vino, ingenuas o sistemáticas, son imbéciles o hipócritas? Imbéciles, es decir hombres que no

conocen la humanidad ni la naturaleza, artistas que rechazan los medios tradicionales del arte, obreros que blasfeman de la mecánica; hipócritas, es decir, glotones vergonzantes, fanfarrones de la sobriedad que beben a escondidas y ocultan algún vino. Un hombre que no bebe más que agua es porque tiene un secreto que oculta a sus semejantes.

Júzguese: hace algunos años, en una exposición de pintura, la multitud de los necios armó un gran escándalo ante un cuadro pulido, encerado y barnizado como un objeto industrial. Era la antítesis absoluta del arte; y con respecto a *La cocina* de Drolling que es la locura respecto a la necesidad, y los

esbirros respecto al imitador. En esa pintura microscópica se veían volar las moscas. Me sentí, como todos, atraído por aquel objeto monstruoso, pero me avergonzaba esa extraña debilidad, porque era la irresistible atracción de lo horrible. En fin, advertí que me arrastraba sin saberlo una curiosidad filosófica, el inmenso deseo de averiguar cuál podía ser la índole moral del hombre que había concebido extravagancia tan criminal. Aposté conmigo mismo que tenía que ser fundamentalmente malo. Hice tomar informes y mi instinto tuvo el placer de ganar esa apuesta psicológica. Me enteré de que el monstruo se levantaba

regularmente antes del alba, había arruinado a su sirvienta *¡y sólo bebía leche!*

Una o dos anécdotas más y dogmatizaremos. Un día, en una acera, vi un gran grupo de gente; conseguí mirar por encima de los hombros de los pazguatos y observé lo siguiente: un hombre tendido en tierra, de espaldas y con los ojos abiertos fijos en el cielo, y otro hombre de pie delante de él hablándole solamente con gestos; el hombre tendido en tierra le respondía sólo con la mirada y ambos parecían animados por una benevolencia prodigiosa. Los gestos del hombre de pie decían a la inteligencia del hombre

tendido: «Ven, ven de nuevo, la dicha está allí, a dos pasos, ven hasta la esquina de la calle. No hemos perdido por completo de vista la costa de la aflicción, todavía no estamos en la *alta mar* del ensueño; vamos, valor, amigo, diles a tus piernas que satisfagan tu pensamiento».

Todo esto lleno de vacilaciones y de balanceos armoniosos. El otro estaba ya, sin duda, en *alta mar* (por lo demás, navegaba en el arroyo) pues su sonrisa beata respondía: «Deja en paz a tu amigo. La costa de la aflicción ha desaparecido ya lo suficiente detrás de las neblinas bienhechoras; no tengo nada más que pedir al cielo del ensueño».

Creo haber oído también una frase vaga, o más bien que se escapaba de su boca un suspiro vagamente formulado en palabras: «Hay que ser razonable». Esto es el colmo de lo sublime. Pero, como veréis, en la embriaguez existe lo hipersublime. Siempre lleno de indulgencia, el amigo va solo a la taberna y vuelve con una cuerda en la mano. Sin duda, no podía soportar la idea de navegar solo y de correr a solas tras la dicha; por eso iba a buscar a su amigo en un coche. El coche era la cuerda y le pasó ese coche por la cintura. El amigo tendido le sonrío; sin duda ha comprendido el maternal pensamiento. El otro hace un nudo en la

cuerda y luego comienza a andar, como un caballo apacible y discreto; y acarrea a su amigo hasta la cita con la felicidad. El hombre acarreado, o más bien arrastrado y que pulimenta el pavimento con la espalda, continúa sonriendo con su sonrisa inefable.

La gente está estupefacta, pues lo demasiado bello, lo que supera a las fuerzas poéticas del hombre, causa más asombro que enternecimiento.

Había un hombre, español, un guitarrista que viajó durante largo tiempo con Paganini; eso sucedió antes de la época gloriosa de Paganini.

Ambos llevaban la gran vida vagabunda de los bohemios, de los

músicos ambulantes, de las personas sin familia y sin patria. Ambos, violín y guitarra, daban conciertos en todas partes por donde pasaban. Erraron así durante mucho tiempo por diversos países. Mi español poseía tal talento que podía decir como Orfeo: «Soy el dueño de la naturaleza».

Por dondequiera que iba, rasgueando las cuerdas de su guitarra y haciéndolas vibrar armoniosamente bajo el pulgar, estaba seguro de que le seguiría una multitud. Con semejante secreto nunca se muere de hambre. Le seguían como a Jesucristo. ¡No es posible negar comida y hospitalidad al hombre, al genio, al hechicero que hace cantar a vuestra alma

sus canciones más bellas, las arias más secretas, las más desconocidas y las más misteriosas! Me han asegurado que ese hombre, de un instrumento que solamente produce sonidos sucesivos, obtenía fácilmente sonidos continuados. Paganini llevaba la bolsa y ejercía la gerencia de los fondos sociales, lo que no sorprenderá a nadie.

La caja viajaba en la persona del administrador; tan pronto estaba arriba como abajo, hoy en las botas y mañana entre dos costuras del traje. Cuando el guitarrista, que era gran bebedor, preguntaba cuál era la situación financiera, Paganini respondía que ya no quedaba nada o casi nada, pues era

como los viejos, que tienen siempre el temor de carecer de lo necesario. El español le creía o fingía creerle y, con los ojos fijos en el horizonte del camino, pulsaba y atormentaba a su compañera inseparable. Paganini avanzaba por el otro lado de la ruta. Era un acuerdo mutuo para no molestarse. Y así los dos estudiaban y trabajaban mientras seguían caminando.

Luego, cuando llegaban a algún lugar que ofrecía probabilidades de ingresos, uno de ellos ejecutaba una de sus composiciones y el otro improvisaba a su lado una variación, un acompañamiento o un fondo. Nadie sabrá nunca cuántos goces y poesía

contenía esa vida de trovadores. No sé por qué se separaron. El español viajó solo. Una tarde llegó a una aldea del Jura. Hizo fijar carteles anunciando un concierto en una sala de la alcaldía. El concierto consistía en un solo de guitarra. Se había hecho conocer tocando en los cafetines y su raro talento había llamado la atención de algunos músicos de la pequeña ciudad. En fin, acudió mucha gente a oírle.

Mi español había descubierto en un rincón de la aldea, al lado del cementerio, a otro español, un *paisano*. Era una especie de empresario de sepulturas, un marmolista fabricante de tumbas. Como todos los que ejercen

oficios fúnebres bebía en abundancia. De modo que la botella y la patria comunes los llevaron muy lejos, pues el músico no se separaba ya del marmolista. El mismo día del concierto, cuando llegó la hora, estaban juntos, ¿pero dónde? Era lo que había que averiguar. Lo buscaron en todos los cafés y tabernas del pueblo y por fin lo encontraron con su amigo en una zahurda indescriptible, los dos completamente borrachos. Siguieron escenas parecidas a las de Kean y Frederick. Por fin consintió en ir a tocar, pero de pronto se le ocurrió una idea: «Tú tocarás conmigo», le dijo a su compañero. El otro se negó a hacerlo; tenía un violín,

pero tocaba como el peor rascatripas. «Tocarás, o no tocaré yo tampoco».

De nada valieron los sermones ni las buenas razones; hubo que consentirlo. Ya estaban en el tablado, ante la mejor burguesía del lugar. «Traigan vino», dijo el español. El constructor de sepulturas, conocido por todos, aunque no como músico, estaba demasiado borracho para sentir vergüenza. Cuando llevaron el vino, no tuvieron paciencia ni siquiera para destapar las botellas, y los ruines bribones las guillotinaron a cuchillazos como las personas mal educadas. ¡Juzgad qué buen efecto produciría eso en los provincianos endomingados! Las damas se retiraron, y ante aquellos

borrachos que parecían medio locos mucha gente se fue escandalizada.

Pero obtuvieron su recompensa aquellos en los que el pudor no apagó la curiosidad y tuvieron el valor de quedarse. «Comienza», ordenó el guitarrista al marmolista. No es posible expresar qué clase de sonidos salieron de aquel violín borracho; parecía que Baco delirante cortaba piedras con una sierra. ¿Qué tocaba, o qué quería tocar? Era lo mismo: lo primero que se le ocurría. De pronto una melodía enérgica o suave, caprichosa y única al mismo tiempo, envolvía, extinguía, ahogaba y disimulaba la batahola chillona. La guitarra cantaba en un tono tan alto que

ya no se oía el violín. Y, sin embargo, era la melodía, la melodía borracha que había iniciado el marmolista.

La guitarra se expresaba con enorme sonoridad; charlaba, cantaba, declamaba con una verbosidad aterradora y con una seguridad y una pureza de dicción inauditas. La guitarra improvisaba una variación sobre el tema del violín de ciego. Se dejaba guiar por él y vestía espléndida y maternalmente la tenue desnudez de sus sonidos. Mi lector comprenderá que esto es indescriptible; me lo ha contado un testigo veraz y serio. Al terminar, el público estaba más borracho que él. El español fue aplaudido, saludado y felicitado con un

entusiasmo inmenso. Pero el carácter de la gente de la región no le agradó, sin duda, pues esa fue la única vez que consintió en tocar.

¿Dónde se hallará ahora? ¿Qué sol ha contemplado sus últimos ensueños? ¿Qué suelo ha recibido sus despojos cosmopolitas? ¿Qué zanja ha cobijado su agonía? ¿Dónde están los perfumes embriagadores de las flores ya desaparecidas? ¿Dónde están los colores mágicos de los antiguos ocasos?

III

Sin duda, no os he enseñado nada nuevo. Todos conocen el vino, es amado por todos. Cuando exista un verdadero médico filósofo, lo que apenas se vislumbra, podrá hacer un estudio interesante sobre el vino, una especie de doble psicología, los dos términos de la cual serán el vino y el hombre. Explicará cómo y por qué ciertas bebidas poseen la facultad de aumentar desmedidamente la personalidad del ser pensante, y de crear, por decirlo así, una tercera persona, operación mística en la que el hombre natural y el vino, el dios animal y el dios vegetal, desempeñen el papel del Padre y el Hijo en la Trinidad, y engendran al Espíritu Santo, que es el

hombre superior, que proviene igualmente de ambos.

Hay personas a las que desentumece el vino tan fuertemente que sus piernas se hacen más firmes y su oído excesivamente fino. Conocí a un individuo cuya vista debilitada recuperaba, con la embriaguez, toda su penetrante fuerza primitiva. El viento transformaba al topo en águila.

Un viejo autor desconocido ha dicho: «Nada iguala el deleite del hombre que bebe, como no sea el del vino al ser bebido». En efecto, el vino desempeña un papel íntimo en la vida de la humanidad, un papel tan íntimo que no me sorprendería que, seducidos por una

idea panteísta, algunos individuos razonables le atribuyesen una especie de personalidad. El hombre y el vino me parecen dos luchadores amigos que combaten sin cesar y sin cesar se reconcilian. El vencido abraza siempre al vencedor.

Hay borrachos malvados; son personas naturalmente malas. El hombre malo llega a ser execrable, como el bueno llega a ser excelente.

Voy a hablar enseguida de una droga que está en boga desde hace algunos años, una especie de droga deliciosa para cierta clase de aficionados y cuyos efectos son mucho más fulminantes y fuertes que los del vino. Describiré con

cuidado todas sus consecuencias, y luego, reanudando la pintura de las diferentes eficacias del vino, compararé esos dos medios artificiales con los cuales el hombre, exasperando su personalidad, crea en sí mismo, por así decirlo, una especie de dios.

Mostraré los inconvenientes del hachís, el menor de los cuales, a pesar de los tesoros de benevolencia ignorados que aparentemente hace germinar en el corazón, o más bien en el cerebro del hombre, el menor de los cuales, digo, consiste en que es antisocial, mientras que el vino es hondamente humano, y casi me atrevería a llamarlo hombre de acción.

IV. El hachís

A veces, cuando se hace la cosecha de cáñamo, se producen fenómenos extraños en los cuerpos de los peones masculinos y femeninos. Se diría que de la siega se eleva, no sé qué vertiginoso espíritu que circula alrededor de las piernas y asciende maliciosamente hasta el cerebro. La cabeza del segador se llena de torbellinos y otras veces se carga de fantasías. Los miembros se debilitan y se niegan a funcionar. Por lo demás, cuando era niño experimenté fenómenos análogos mientras jugaba y me revolcaba en montones de alfalfa.

Se ha tratado de hacer hachís con cáñamo en Francia. Todos esos ensayos han fracasado hasta el presente, y los empeñados que desean a toda costa procurarse goces mágicos han seguido utilizando el hachís que ha cruzado el Mediterráneo, es decir el que está hecho con cáñamo indio o egipcio. El hachís se compone de una cocción de cáñamo indio, manteca y una pequeña cantidad de opio.

He aquí un dulce verde, singularmente oloroso, tan oloroso que causa una especie de repulsión, como, por lo demás, la causaría cualquier aroma fino llevado a su máximo de potencia y, por decirlo así, de densidad.

Tomad una porción grande como una nuez, llenad con ella una cucharita y poseeréis la felicidad, la felicidad absoluta con todas sus embriagueces, con todas sus locuras juveniles y también con sus infinitas beatitudes. La felicidad está allí, en la forma de un trocito de dulce; tomadla sin temor porque no mata; no daña gravemente los órganos físicos. Tal vez vuestra voluntad queda disminuida, pero ése es otro asunto.

En general, para dar al hachís toda su fuerza y toda su eficacia hay que diluirlo en café muy caliente y tomarlo en ayunas; la comida se demora hasta la diez o las doce de la noche, y sólo se

puede ingerir una sopa liviana. La infracción a la regla tan sencilla produciría vómitos, pues la comida es incompatible con la droga, o con la eficacia del hachís. Muchos ignorantes o imbéciles que se conducen así acusan al hachís de ineficaz.

Apenas es absorbida la pequeña droga, operación que, por otra parte, requiere cierta resolución, pues, como he dicho, la mezcla es tan olorosa que causa a algunas personas síntomas de náuseas, os sentiréis inmediatamente en un estado ansioso. Habéis oído hablar vagamente de los efectos maravillosos del hachís, vuestra imaginación se ha hecho de él una idea particular, un ideal

de embriaguez, y estáis impacientes por saber si en realidad el resultado estará en consonancia con esa idea preconcebida. El tiempo que transcurre entre la absorción del brebaje y los primeros síntomas varía según los temperamentos y también de acuerdo con la costumbre. Las personas que poseen el conocimiento y la práctica del hachís sienten, a veces, al cabo de media hora, los primeros síntomas de sus efectos.

Me olvidé de decir que el hachís produce en el hombre una exasperación de su personalidad y al mismo tiempo una sensación muy viva de las circunstancias y el ambiente. Conviene

no someterse a su acción sino en ambientes y circunstancias favorables. Así como todo júbilo y todo bienestar son excesivos, así también todo dolor y toda angustia son inmensamente profundos. No hagáis semejante experiencia si tenéis que realizar alguna tarea desagradable, si vuestro ánimo se siente inclinado al *spleen*, si tenéis que pagar una cuenta. Ya he dicho que el hachís es inadecuado para la acción. No consuela como el vino; hace desarrollar desmedidamente la personalidad humana en las circunstancias actuales en que se halla situada. En la medida posible, es necesario un buen departamento o un hermoso paisaje, una mente libre y

despreocupada y algunos cómplices cuya idiosincrasia intelectual se aproxime a la vuestra, y también un poco de música si ello fuera posible.

La mayoría de las veces los novatos se quejan, en su primera iniciación, de la lentitud de los efectos. Los esperan con ansiedad, como no se presentan con toda la rapidez que desearían, hacen fanfarronadas de incredulidad que regocijan mucho a los que conocen las cosas y la manera como el hachís actúa. Es uno de los espectáculos menos cómicos ver cómo aparecen y se multiplican los primeros ataques en medio de esa misma incredulidad. Ante todo se apodera de vosotros cierta

hilaridad irresistible y ridícula. Las palabras más vulgares, las ideas más simples, adquieren un aspecto extravagante y nuevo. Esa alegría se os hace insoportable a vosotros mismos, pero es inútil que respinguéis contra ella. Os ha invadido el demonio, y todos los esfuerzos que hagáis para resistirlo servirán solamente para acelerar el progreso del mal. Os reís de vuestra necedad y de vuestra locura, vuestros amigos se os ríen en la cara pero no les guardáis rencor, pues la benevolencia comienza a manifestarse.

Esta alegría lánguida, este malestar en el júbilo, esta inseguridad e indecisión en la enfermedad duran

generalmente poco tiempo. Sucede algunas veces que personas completamente inhábiles para los juegos de palabras improvisan interminables sartas de retruécanos, de asociaciones de ideas enteramente improbables, capaces de desconcertar a los maestros más grandes en ese arte ridículo. Al cabo de unos minutos las asociaciones de ideas se van haciendo tan vagas, los hilos que ligan vuestras concepciones son tan tenues, que sólo pueden comprenderos vuestros cómplices, vuestros correligionarios. Vuestro jugueteo, vuestras carcajadas, parecen el colmo de la tontería a todos lo que no se hallan en el mismo estado que vosotros.

La sapiencia de ese desdichado os regocija desmedidamente, su serenidad os lleva a los últimos linderos de la ironía; os parece el más loco y ridículo de los hombres. En cuanto a vuestros compadres, os entendéis perfectamente con ellos. Pronto ya no os comunicáis sino con la mirada. Es una situación un tanto cómica la de los hombres que gozan de una alegría incomprensible para quien no está situado en el mismo mundo que ellos. Le compadecen profundamente. Por lo tanto, la idea de superioridad despunta en el horizonte de vuestra inteligencia. Y pronto crecerá desmesuradamente.

En esa primera fase fui testigo de

escenas muy grotescas. Un músico célebre que ignoraba las propiedades del hachís y que tal vez nunca había oído hablar de esa droga, se encuentra en una reunión donde casi todos lo han tomado. Se esfuerzan para que comprenda sus efectos maravillosos. Él ríe con gracia, como quien por decoro desea adaptarse a la situación durante unos minutos, porque es muy bien educado. Todos ríen mucho, pues el hombre que ha tomado el hachís está en la primera fase, dotado de un admirable sentido de lo cómico. Continúan las carcajadas, los disparates incomprensibles, los juegos de palabras inextricables, los gestos extravagantes. El músico declara que esa *broma* de

artistas es mala y además tiene que ser muy fatigosa para sus autores.

El júbilo aumenta. «Esta broma puede ser buena para ustedes, pero no para mí», dice. «Basta que sea buena para nosotros», replica egoístamente uno de los enfermos. Llenan la sala de carcajadas interminables. El músico se enoja y quiere irse. Alguien cierra la puerta y oculta la llave. Otro se arrodilla delante de él y declara llorando, en nombre de todos los presentes, que si bien su inferioridad les inspira la compasión más profunda, no por eso dejará de animarlos una eterna benevolencia.

Le suplican que toque música y

accede. Pero apenas el violín se hace oír, los sonidos que se difunden por la sala emocionan a algunos de los enfermos. Y todo se convierte en suspiros profundos, sollozos, gemidos desgarradores y torrentes de lágrimas. El músico, asustado, se interrumpe y se cree en un manicomio. Se acerca a aquel cuya bienaventuranza hace más alboroto y le pregunta si sufre mucho y qué podría hacer para aliviarlo. Un hombre práctico que tampoco ha probado la droga beatífica propone limonada y ácidos. El enfermo, con éxtasis en los ojos, le contempla con un desprecio indecible y solamente su orgullo le salva de las injurias más graves. ¿Qué puede

exasperar más, en efecto, a un enfermo de júbilo que el deseo de curarlo?

He aquí, en mi opinión, un fenómeno extremadamente curioso: una criada encargada de llevar tabaco y refrescos a personas drogadas con el hachís, viéndose rodeada de cabezas extrañas, de ojos desmesuradamente agrandados y de una atmósfera malsana causada por aquella locura colectiva, lanza un carcajada insensata y deja caer la bandeja, que se rompe con todas las tazas y los vasos y huye a todo correr aterrorizada. Todos ríen y al día siguiente la criada confiesa que había sentido algo muy raro durante muchas horas, que había estado *muy graciosa*,

muy, yo no sé cómo. Sin embargo, no había tomado hachís.

La segunda fase se anuncia con una sensación de frescura en las extremidades y un gran debilitamiento. Tenéis, como se dice vulgarmente, manos de manteca, pesadez de cabeza y una estupefacción generalizada en todo vuestro ser. Vuestros ojos se agrandan, parecen atraídos en todas las direcciones por un arrobamiento implacable. Vuestra faz palidece y se pone lívida y verdosa. Los labios se fruncen, se contraen y parecen querer introducirse en la boca. Roncos y profundos suspiros se escapan de vuestro pecho, como si vuestra

naturaleza anterior no pudiera soportar el peso de la nueva. Los sentidos adquieren una finura y una agudeza extraordinarias. Los ojos perforan el infinito, los oídos perciben los sonidos más imperceptibles en medio de los ruidos más estruendosos.

Comienzan las alucinaciones. Los objetos exteriores adquieren apariencias monstruosas. Se os presentan en formas desconocidas hasta entonces. Luego se deforman, se transforman y, finalmente, penetran en vuestro ser o bien vosotros penetráis en ellos. Tienen lugar los equívocos más extraños, las trasposiciones de ideas más inexplicables. Los sonidos tienen color

y los colores música. Las notas musicales son números y resolvéis con una rapidez espantosa, prodigiosos cálculos aritméticos a medida que la música penetra en vuestros oídos. Estáis sentados y fumáis, pero creéis que estáis sentados en vuestra pipa y que es vuestra pipa la que os fuma; sois vosotros quienes os exhaláis en la forma de nubes azuladas.

Os sentís bien así, y solamente os preocupa y os inquieta una cosa: ¿Cómo os arreglaréis para salir de vuestra pipa? Esa imaginación dura una eternidad. Un intervalo de lucidez os permite consultar el reloj mediante un gran esfuerzo. La eternidad ha durado un

minuto. Otra corriente de ideas os arrastra y os arrastrará durante otro minuto en su torbellino viviente y ese minuto será también una eternidad. Las proporciones del tiempo y la existencia son desbaratadas por la multitud innumerable y por la intensidad de las ideas y sensaciones. Se viven muchas vidas de hombre en el término de una hora. Ése es el tema de *La piel de zapa*. Ya no existe ecuación entre los órganos y los goces.

De vez en cuando la personalidad desaparece. Esa objetividad característica de ciertos poetas panteístas y los grandes actores llega a ser tal que os confundís con los seres

exteriores. Heos aquí convertidos en árboles que le braman al viento y cantan las melodías vegetales a la naturaleza. Ahora os cernís en el azul del cielo inmensamente agrandado. Todo dolor ha desaparecido. Ya no lucháis, os llevan, ya no sois dueños de vosotros mismos y no os afligís por ello. La idea del tiempo desaparecerá por completo en seguida. Un pequeño despertar se produce todavía de cuando en cuando. Os parece que salís de un mundo maravilloso y fantástico. Es cierto que conserváis la facultad de observaros y mañana guardaréis el recuerdo de algunas de vuestras sensaciones. Pero no podréis aplicar esa facultad psicológica. Os

desafío a que afiléis una pluma o un lápiz; sería una tarea superior a vuestras fuerzas.

Otras veces la música os recita poemas infinitos, os convierte en dramas espantosos o mágicos. Se asocia con los objetos que tenéis a la vista. Las pinturas del techo, inclusive las mediocres o malas, adquieren una vida terrible. El agua límpida y seductora se desliza por el césped que tiembla. Las ninfas de carnes resplandecientes os miran con grandes ojos más límpidos que el agua y que el azul celeste. Ocuparéis vuestro puesto y desempeñaréis vuestro papel en los peores cuadros, en los papeles pintados

más vulgares que tapizan las paredes de las posadas.

He observado que el agua adquiriría un encanto espantoso para todas las mentes algo artistas iluminadas por el hachís. Las aguas corrientes, los surtidores, las cascadas armoniosas, la inmensidad azul del mar, ruedan, duermen y cantan en el fondo de vuestra mente. Acaso no fuera conveniente dejar a un hombre en ese estado a la orilla de un agua límpida, pues, como el pescador de la balada, tal vez se dejaría arrastrar por la *Ondina*.

Hacia el final de la velada se puede comer algo, pero esa operación no se realiza sin alguna dificultad. Uno se

siente tan por encima de las realidades materiales que, en verdad, preferiría permanecer acostado de espaldas en el fondo de ese paraíso intelectual. Algunas veces, no obstante, el apetito se despierta de una manera extraordinaria, pero hace falta mucho valor para mover una botella, un tenedor o un cuchillo.

La tercera fase, separada de la segunda por un acrecentamiento de la crisis, por una embriaguez vertiginosa seguida por un malestar nuevo, es algo indescriptible. Es lo que los orientales denominan el *kief*; la bienaventuranza absoluta. Ya no se trata de algo remolinante y tumultuoso. Es una beatitud apacible e inmóvil. Quedan

resueltos todos los problemas filosóficos. Todas las cuestiones difíciles contra las cuales batallan los teólogos y que desesperan a la humanidad razonadora, son límpidas y claras. Todas las contradicciones se transforman en unidad. El hombre *ha pasado* a ser Dios.

En vosotros hay algo que dice: «Eres superior a todos los demás hombres, nadie comprende lo que piensas, ni lo que sientes ahora. Son incapaces de comprender inclusive, el amor inmenso que experimentas por ellos. Mas no hay que odiarlos por eso; hay que compadecerlos. Una inmensidad de dicha y de virtud se abre ante ti.

Nadie sabrá jamás a qué grado de inteligencia y de virtud has llegado. Vive en la soledad de tu pensamiento y procura no afligir a los hombres».

Uno de los efectos más grotescos del hachís es el temor, llevado hasta la locura más meticulosa, de afligir a quienquiera que sea. Inclusive disfrazaríais, si pudierais hacerlo, el estado extranatural en que os encontráis para no causar inquietud al más insignificante de los hombres.

En ese estado supremo, el amor, en los espíritus afectuosos y artísticos, toma las formas más raras y se presta a las combinaciones más extravagantes. Un libertinaje desenfrenado puede

amalgamarse con un sentimiento de paternidad ardiente y cariñosa.

Mi última observación no será la menos interesante. Cuando en la mañana del día siguiente veis la luz del sol instalada en vuestra habitación, vuestra primera sensación es de profundo asombro. El tiempo había desaparecido por completo. Poco antes era la noche y al presente es el día. «¿He dormido o no he dormido? ¿Mi embriaguez ha durado toda la noche y, suprimida la noción del tiempo, la noche entera apenas ha tenido para mí el valor de un segundo? ¿O bien he estado amortajado en los velos de un sueño repleto de visiones?». No es posible saberlo.

Os parece que experimentáis un bienestar y una agilidad mental maravillosos y ninguna fatiga. Pero apenas os levantáis un resto de la embriaguez se pone de manifiesto. Vuestras débiles piernas os conducen con timidez, teméis romperos como un objeto frágil. Una gran languidez, que no carece de encanto, se apodera de vuestro ánimo. Sois incapaces de trabajar y os falta energía para la acción.

Es el castigo merecido por la prodigalidad impía con la que habéis hecho tan gran gasto de fluido nervioso. Habéis arrojado vuestra personalidad a los cuatro vientos del cielo, y ahora se

os hace difícil recogerla y concentrarla.

V

Yo no digo que el hachís produce en todos los hombres todos los efectos que acabo de describir. Me he referido más o menos, salvo algunas variantes, a los fenómenos que se producen generalmente en los espíritus artísticos y filosóficos. Pero hay temperamentos en los que esta droga no origina sino una locura bulliciosa, un alegría violenta que se parece al vértigo, a las danzas, los saltos, los pataleos y las carcajadas.

Tienen, por así decirlo, un hachís muy material. No pueden soportarlos los espiritualistas, quienes sienten por ellos una gran compasión. Su ruin personalidad se pone de manifiesto. Yo vi en una ocasión a un magistrado respetable, un hombre honorable, como se llaman a sí mismas las personas distinguidas, uno de esos hombres cuya gravedad artificial siempre se impone, en el momento en que el hachís comenzaba a ejercer sus efectos, ponerse bruscamente a bailar un *cancán* de los más indecentes. El monstruo interior y verídico se ponía de manifiesto. Aquel hombre que juzgaba las acciones de sus semejantes, *aquel*

Togatus había aprendido, en secreto, a bailar el cancán.

Así pues, puede afirmarse que esa impersonalidad, ese objetivismo del que he hablado, y que no es sino el desarrollo excesivo del espíritu poético, no se encontrará nunca en el hachís de esa gente.

VI

El gobierno de Egipto prohíbe la venta y el comercio del hachís, en el interior del país por lo menos. Los desdichados apasionados por él acuden

al farmacéutico, con el pretexto de comprar otra droga, para adquirir su pequeña dosis preparada de antemano. El gobierno egipcio hace bien. Un estado razonable no podría subsistir si se emplease el hachís, que no crea guerreros ni ciudadanos. En efecto, al hombre le está prohibido, bajo pena de decadencia y de muerte intelectual, alterar las condiciones primordiales de su existencia y romper el equilibrio entre el medio y sus facultades. Si existiera un gobierno interesado en corromper a sus gobernados le bastaría con alentar el empleo del hachís.

Se dice que esta sustancia no origina daño físico alguno. Eso es cierto, por lo

menos hasta el presente. Pero yo no sé hasta qué punto se puede decir que un hombre que no hace más que soñar y es incapaz de actuar goza de buena salud, aunque todos sus miembros se hallen en buen estado. La víctima es la voluntad, que es el don más precioso. Jamás un hombre que puede procurarse instantáneamente con una cucharada de dulce, todos los bienes del cielo y de la tierra, adquirirá la milésima parte de ellos por medio del trabajo. Y, ante todo, es necesario vivir y trabajar.

Se me ha ocurrido la idea de hablar del vino y del hachís en el mismo artículo porque hay en ellos algo que les es común, efectivamente: el excesivo

desarrollo poético del hombre. La afición frenética del hombre a todas las sustancias, sanas o peligrosas, que exaltan su personalidad atestigua su grandeza. Aspira constantemente a reanimar sus esperanzas y elevarse hacia lo infinito. Pero es necesario ver las consecuencias. He aquí un licor que activa la digestión, fortifica los músculos y enriquece la sangre. Aun tomado en gran cantidad, no causa sino desórdenes muy breves. He allí una sustancia que interrumpe la función digestiva, debilita los miembros y puede causar una embriaguez de veinticuatro horas. El vino exalta la voluntad y el hachís la aniquila. El vino es un sostén

físico y el hachís un arma para el suicidio. El vino hace bueno y sociable, pero el hachís aísla. El uno es, por decirlo así, laborioso, y el otro esencialmente perezoso. ¿Para qué trabajar, labrar, escribir, fabricar lo que sea, cuando se puede obtener el paraíso de un golpe? En conclusión, el vino es para aquellos que trabajan y merecen beberlo. El hachís pertenece a la clase de los placeres solitarios, está hecho para los ruines ociosos. El vino es útil, pues produce resultados fructíferos. El hachís es inútil y peligroso^[2].

VII

Pongo fin a este artículo con unas bellas palabras que no me pertenecen, pues son de un notable filósofo poco conocido, Barbereau, teórico musical y profesor del Conservatorio. Me hallaba junto a él en una sociedad donde algunas personas habían tomado el dichoso veneno y me dijo en tono de desprecio infinito: «No comprendo por qué el hombre racional y espiritual utiliza medios artificiales para alcanzar la beatitud poética, pues el entusiasmo y la voluntad bastan para elevarlo a una existencia sobrenatural. Los grandes

poetas, los filósofos, los profetas, son seres que mediante el puro y libre ejercicio de la voluntad llegan a un estado en el que son al mismo tiempo, la causa y el efecto, el sujeto y el objeto, el hipnotizador y sonámbulo».

Yo pienso exactamente lo mismo.

Opio y hachís

(1860)

A J. G. F.

Mi querida amiga:

El sentido común nos dice que las cosas terrenales apenas existen y que la verdadera realidad sólo se da en los sueños. Para digerir la dicha natural, así como la artificial, hay que tener, ante todo, el valor de tragarla; y los que acaso merecerían la dicha son precisamente aquellos a quienes la

felicidad, tal como la conciben los mortales, ha hecho siempre el efecto de un vomitivo.

A las personas ingenuas les parecerá raro, e incluso impertinente, que un cuadro de deleites artificiales le sea dedicado a una mujer: la fuente más corriente de los deleites más naturales. No obstante, es evidente que, como el mundo natural penetra en el espiritual, le sirve de alimento y contribuye de ese modo a operar esa amalgama indefinible que llamamos nuestra individualidad, la mujer es el ser que proyecta la sombra más grande o la luz más intensa en nuestros sueños. La mujer es fatalmente sugestiva; vive

una vida distinta de la propia; vive espiritualmente en las fantasías que frecuente y fecunda.

Por lo demás, importa poco que se comprenda el motivo de esta dedicatoria. ¿Acaso es necesario, para satisfacción del autor, que cualquier libro sea comprendido, excepto por aquel o por aquella para quien se ha compuesto? En fin, para decirlo todo, ¿es indispensable que haya sido escrito para alguien? En lo que a mí respecta, me interesa tan poco el mundo de los vivos que, como esas mujeres ociosas y sensibles que envían, según se dice, por correo sus confidencias a amigos imaginarios, de buena gana escribiría

sólo para los muertos.

Pero no es a una muerta a la que dedico este librito, sino a alguien que, aunque enferma, sigue en mí siempre activa y viviente y que ahora vuelve todas sus miradas hacia el Cielo, ese lugar de todas las transfiguraciones. Pues lo mismo que de una droga temible, el ser humano goza del privilegio de poder obtener nuevos y sutiles placeres del dolor, la catástrofe y la fatalidad.

Verás en este cuadro a un paseante sombrío y solitario, sumido en el movedizo mar de las multitudes y enviando su corazón y su pensamiento a una Electra lejana que hace poco

*enjugaba su frente sudorosa y
refrescaba sus labios apergaminados
por la fiebre, y adivinarás la gratitud
de otro Orestes, cuyas pesadillas
velaste con frecuencia y cuyo
espantoso sueño disipabas con leve y
maternal mano.*

C. B.

El poema del hachís

I. La afición a lo infinito

Quienes saben observarse a sí mismos y conservan el recuerdo de sus impresiones, quienes han sabido, como Hoffmann, construir su barómetro espiritual, han debido anotar a veces, en el observatorio de su pensamiento, bellas estaciones, jornadas felices, deliciosos minutos. Hay días en que el hombre se despierta con un ingenio joven y vigoroso. Apenas liberados sus párpados del sueño que los cerraba, se

le ofrece el mundo exterior con un relieve intenso, nitidez de concursos y abundancia de admirables colores. El mundo moral abre sus vastas perspectivas, llenas de nuevas claridades. El hombre gratificado con esa felicidad, desgraciadamente rara y pasajera, se siente a la vez más artista y más justo, en una palabra, más noble. Pero lo más singular en ese estado excepcional de la mente y de los sentidos, al que sin exagerar puede llamar paradisiaco si lo comparo con las densas tinieblas de la existencia común y cotidiana, es que no ha sido creado por ninguna causa visible y fácil de definir. ¿Acaso es el resultado de una

higiene excelente y de un régimen sabio? Tal es la primera explicación que se ofrece a la mente; pero debemos reconocer que, a menudo, esa maravilla, esa especie de prodigio, se produce como si fuera el efecto de un poder superior e invisible, exterior al hombre, tras un período en que éste ha abusado de sus facultades físicas. ¿Diremos que es la recompensa de la plegaria asidua y los ardores espirituales? Es cierto que una constante elevación del deseo, una tensión de las fuerzas espirituales hacia el cielo, sería el régimen más idóneo para crear esa salud moral tan brillante y gloriosa; ¿pero en virtud de qué ley absurda se manifiesta a veces después

de culpables orgías de la imaginación, tras un abuso sofista de la razón, que es con respecto a su uso honesto y razonable, lo que los ejercicios de dislocación son con respecto a la gimnasia sana? Por eso yo prefiero considerar esa condición anormal de la mente como una *gracia* auténtica, como un espejo mágico donde se invita al hombre a verse embellecido, es decir, tal como debería y como podría ser; una especie de excitación angélica, un llamamiento al orden en una forma halagüeña. Igualmente, cierta escuela espiritualista, que tiene representantes en Inglaterra y América, considera los fenómenos sobrenaturales como las

apariciones de fantasmas, las ánimas en pena, etcétera, etcétera, como manifestaciones de la voluntad divina, atenta a despertar en la mente del hombre el recuerdo de las realidades invisibles.

Por lo demás, ese estado encantador y raro, en el que todas las fuerzas se equilibran y la imaginación, aunque maravillosamente poderosa, no arrastra al sentido moral consigo por aventuras peligrosas; en el que una sensibilidad exquisita no es torturada ya por unos nervios enfermos, esos consejeros ordinarios de la desesperación o del delito, ese estado maravilloso, repito, no tiene síntomas precursores. Es tan

imprevisible como el fantasma. Es como una obsesión, pero una obsesión intermitente, de la que deberíamos deducir, si fuésemos sensatos, la certidumbre de una existencia mejor y la esperanza de llegar a ella mediante el ejercicio cotidiano de nuestra voluntad. Esa agudeza del pensamiento, ese entusiasmo de los sentidos y la mente, han tenido que parecer al hombre de todas las épocas el mejor de los bienes; por eso, sin tener en cuenta más que el placer inmediato y sin que le preocupe violar las leyes de su constitución, ha buscado en la ciencia física, en la farmacia, en las bebidas más groseras y en los perfumes más sutiles, bajo todos

los climas y en todos los tiempos, la manera de huir, aunque sea por unas horas, de su habitáculo de fuego, y, como dice el autor de *Lázaro*: «de alcanzar el Paraíso de golpe». ¡Ay! los vicios del hombre, por muy llenos de horror que se los suponga, contienen la prueba (¡aunque sólo sea por su expansión infinita!) de su afición a lo infinito; sólo que es una afición que se equivoca de camino con frecuencia. Se podría tomar en un sentido metafórico el proverbio vulgar según el cual *todos los caminos van a Roma* y aplicarlo al mundo de lo moral; todo conduce a la recompensa o al castigo, dos formas de lo eterno. El espíritu humano rebosa de

pasiones; las tiene *para dar y tomar*, si he de servirme de otra expresión trivial; pero ese espíritu desdichado, cuya depravación natural es tan grande como su aptitud repentina, casi paradójica para la caridad y las virtudes más arduas, es fecundo en paradojas que le permiten emplear en el mal el desagüe de esa pasión desbordante. Jamás cree haberse vendido a él. Olvida en su engreimiento que se las tiene que ver con alguien más astuto y más fuerte y que el Espíritu del Mal, aunque sólo se le entregue un cabello, no tarda en llevarse la cabeza. Ese señor visible de la naturaleza visible (hablo del hombre) ha querido, por consiguiente, crear el

Paraíso por medio de la farmacia y de las bebidas fermentadas, semejante a un maniático que reemplaza muebles sólidos y jardines auténticos con decoraciones pintadas en una tela y montadas en bastidores. En esa depravación del sentido de lo infinito reside, a mi parecer, la razón de todos los excesos culpables, desde la embriaguez solitaria y concentrada del literato quien, obligado a buscar en el opio el alivio de una dolencia física y habiendo descubierto de este modo una fuente de placeres morbosos, lo adopta poco a poco como su única higiene y como el sol de su existencia espiritual; hasta la borrachera más repugnante de

los arrabales, la que, con el cerebro pictórico de llamas y de gloria, ridículamente se revuelca entre las inmundicias del camino.

Entre las drogas más aptas para crear lo que yo llamo el *Ideal artificial*, dejando de lado las bebidas que impulsan rápidamente al furor material y abaten la fuerza espiritual, y los perfumes, el empleo excesivo de los cuales, si bien hace más sutil la imaginación del hombre, agota gradualmente sus energías físicas, las dos sustancias más fuertes, aquellas cuyo empleo es más cómodo y accesible, son el hachís y el opio. El análisis de los efectos misteriosos y de

los goces morbosos que pueden engendrar esas drogas, de los castigos inevitables que son la consecuencia de su uso prolongado y, en fin, de la inmoralidad misma que implica esa búsqueda de un ideal falso, constituye el tema de este estudio.

El trabajo sobre el opio ya se ha hecho y de una manera tan brillante, medicinal y poética al mismo tiempo, que no me atreveré a agregarle nada. Me limitaré, por consiguiente, a realizar en otro estudio el análisis de ese libro incomparable que nunca ha sido traducido en Francia por completo. El autor, hombre ilustre de una imaginación potente y exquisita ahora retirado y

silencioso, se ha atrevido, con una ingenuidad trágica, a relatar los goces y las torturas que encontró en otro tiempo en el opio, y la parte más dramática de su libro es aquella donde habla de los esfuerzos de voluntad sobrehumanos que tuvo que realizar para evitar la condenación a la que él mismo se había consagrado imprudentemente.

Hoy hablaré del hachís solamente y lo haré teniendo en cuenta los numerosos y detallados informes tomados de los apuntes o de las conferencias de hombres inteligentes que se entregaron a él durante largo tiempo. Sólo que fundiré esos documentos variados en una especie de monografía, eligiendo para

ello un ser fácil de explicar y definir, por otra parte, como prototipo adecuado para los experimentos de esta clase.

II. ¿Qué es el hachís?

Los relatos de Marco Polo, de los que se ha cometido el error de burlarse, como los de algunos otros viajeros antiguos, han sido comprobados por los sabios y merecen nuestro crédito. Yo no referiré, pues él lo hizo, cómo el Viejo de la Montaña encerraba, después de emborracharlos con hachís (de donde viene la palabra hachisinos o asesinos)

en un jardín lleno de delicias, a sus discípulos más jóvenes, a quienes quería dar una idea del paraíso, recompensa prometida, por decirlo así, de una obediencia pasiva e irreflexiva. Con respecto a la sociedad secreta de los hachisinos, el lector puede consultar el libro del señor Hammer y la memoria del señor Silvestre de Sacy, incluida en el tomo XVI de las *Memorias de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras*; y con respecto a la etimología de la palabra *asesino*, su carta al redactor del *Moniteur*, publicada en el número 359 del año 1809. Herodoto refiere que los *escitas* amontonaban granos de cáñamo sobre los que arrojaban piedras

enrojecidas al fuego. Esto era para ellos como un baño de vapor más perfumado que el de cualquier estufa griega y el placer que causaba era tan vivo que les arrancaba gritos de alegría.

El hachís, en efecto, nos llegó del Oriente; las propiedades excitantes del cáñamo eran muy conocidas en el antiguo Egipto y su empleo se difundió extensamente con diferentes nombres en la India, en Argelia y en la Arabia Feliz. Pero nosotros tenemos cerca, al alcance de nuestra vista, ejemplos muy notables de la embriaguez causada por las emanaciones vegetales. Sin hablar de los niños que, después de jugar y revolcarse en los montones de la alfalfa

segada, experimentan con frecuencia vértigos singulares, es sabido que cuando se recoge la cosecha de cáñamo, los segadores, hombres y mujeres, sufren efectos análogos. Parecería que de la cosecha se desprende un miasma que perturba maliciosamente su cerebro. La cabeza del segador se llena de torbellinos y, a veces, de fantasía. En ciertos momentos se debilitan los miembros y se niegan a funcionar. Hemos oído hablar de crisis de sonambulismo bastante frecuentes en los campesinos rusos, la causa de las cuales se debe atribuir, según se dice, al uso del aceite de simiente de cáñamo en la preparación de los alimentos. ¿Quién no

conoce las extravagancias de las gallinas que han comido semillas de cáñamo y el fogoso entusiasmo de los caballos que los campesinos, en las bodas y las festividades patronales, preparan para la carrera del pueblo con una ración de semillas de cáñamo, rociada algunas veces con vino?

No obstante, el cáñamo francés no es adecuado para transformarlo en hachís o al menos, de acuerdo con repetidos experimentos, es inadecuado para obtener una droga que iguale en eficacia al hachís. El hachís o cáñamo indio, *cannabis indica*, es una planta de la familia de las urticáceas, semejante en todo, excepto que no alcanza la misma

altura del cáñamo de nuestros climas. Posee propiedades embriagadoras muy extraordinarias que, desde hace algunos años, están llamando la atención en Francia, de los sabios y del mundo elegante. Se lo aprecia más o menos de acuerdo con sus diversas procedencias; el de Bengala es el más apreciado por los aficionados; no obstante, los de Egipto, Constantinopla, Argelia y Persia gozan de las mismas propiedades, aunque en grado menor.

El hachís (o la hierba, es decir la hierba por excelencia, como si los árabes hubiesen querido definir en la palabra *hierba* la fuente de todas las voluptuosidades inmateriales) tiene

diferentes nombres, según su composición y el modo de prepararlo en los países donde lo han cosechado: en la India, *bangie*; en África, *teriaki*; en Argelia y en Arabia Feliz, *madjound*, etcétera. No es indiferente cosecharlo en todas las épocas del año; cuando está en flor es cuando posee su mayor energía; los extremos floridos son, en consecuencia, las únicas partes que se emplean en las distintas preparaciones, acerca de las cuales vamos a decir algo.

El *extracto graso* del hachís, tal como lo preparan los árabes, se obtiene haciendo hervir en manteca y un poco de agua las puntas de la planta nueva. Después de la evaporación de toda la

humedad se lo filtra y así se obtiene una preparación que tiene el aspecto de una pomada de color amarillo verdoso y que conserva el olor desagradable del hachís y de la manteca rancia. En esta forma se lo emplea en bolitas de dos a cuatro gramos de peso, pero a causa de su olor repugnante, que aumenta con el tiempo, los árabes utilizan el extracto graso en la forma de dulces.

El más generalizado de esos dulces, el *dawamesk*, es una mezcla de extracto graso con diversas hierbas aromáticas, como la vainilla, la canela, el alfóncigo, la almendra y el almizcle. A veces se le agrega también un poco de cantárida, con un fin que nada tiene que ver con los

resultados corrientes del hachís. En esta nueva forma el hachís nada tiene de desagradable y se lo puede tomar en dosis de quince, veinte y treinta gramos, ya sea envuelto en una laminilla de pan ácimo o en una taza de café.

Los experimentos realizados por los señores Smith, Gastinel y Decourtive han tenido por objeto llegar al descubrimiento del principio activo del hachís. A pesar de sus esfuerzos, su combinación química es aún poco conocida, pero generalmente se atribuyen sus propiedades a una materia resinosa que se halla en él en dosis bastante grande, en una proporción de alrededor del diez por ciento. Para

obtener esa resina se reduce la planta seca a polvo basto y se la lava muchas veces con alcohol, que se destila inmediatamente para retirar una parte; luego se lo evapora hasta que adquiere consistencia de extracto y se lo trata con agua, que disuelve todas las materias gomosas extrañas y la resina queda entonces en el estado puro.

Este producto es blando, de un color verde oscuro y posee en alto grado el olor característico del hachís. Cinco, diez, quince centigramos bastan para producir efectos sorprendentes. Pero la hachichina, que puede administrarse en la forma de pastillas de chocolate o de pildoritas de jengibre, produce, como el

dawamesk y el extracto graso, efectos más o menos fuertes y de una naturaleza muy variada, según el temperamento de los individuos y su susceptibilidad nerviosa. Más aún, el resultado varía en el mismo individuo. Ora será un júbilo inmoderado e irresistible, ora una sensación de bienestar y plenitud de vida y otras veces un sueño equívoco poblado de visiones. Se dan, no obstante, fenómenos que se reproducen bastante regularmente, sobre todo en las personas de un temperamento y una educación análogos; hay una especie de unidad en la variedad que me permitirá redactar, sin demasiado esfuerzo, esa monografía de la embriaguez de la que

he hablado hace un momento.

En Constantinopla, en Argelia e inclusive en Francia, algunas personas fuman hachís mezclado con tabaco; pero entonces los fenómenos en cuestión se producen sólo en forma muy moderada y, por decirlo así, perezosa. He oído decir que recientemente y por medio de la destilación, se ha obtenido del hachís un aceite esencial que parece poseer una virtud mucho más activa que todas las preparaciones conocidas hasta el presente; pero no se lo ha estudiado lo suficiente para que yo pueda hablar con seguridad de sus resultados. ¿No es superfluo añadir que el té, el café y los licores son coadyuvantes poderosos que

aceleran más o menos el brote de esa embriaguez misteriosa?

III. El teatro de Seraphin^[3]

¿Qué se siente? ¿Qué se ve? Cosas maravillosas ¿verdad? ¿Espectáculos extraordinarios? ¿Es muy bello, muy terrible y también muy peligroso? Tales son las preguntas que hacen corrientemente, con una curiosidad mezclada con el temor, los ignorantes a los aficionados. Parecería una impaciencia infantil por saber, como la de las personas que jamás han dejado el

rincón de su hogar, cuando se encuentran frente a un hombre que vuelve de países desconocidos y lejanos. Se imaginan la embriaguez del hachís como un país prodigioso, un vasto teatro de prestidigitación y escamoteos, donde todo es milagroso e imprevisto. Se trata de un prejuicio, de un error absoluto. Y puesto que para el común de los lectores y de los preguntones la palabra hachís implica la idea de un mundo extraño y trastornado, la espera de sueños prodigiosos (sería mejor decir alucinaciones, las que son, por lo demás, menos frecuentes de lo que se supone) señalaré inmediatamente la diferencia importante que separa los

efectos del hachís de los fenómenos del sueño. En el sueño, ese viejo aventurero de todas las noches, hay algo positivamente milagroso; es un milagro cuya puntualidad ha oscurecido el misterio. Son de dos clases los sueños del ser humano. Unos, llenos con su vida ordinaria, sus deseos, sus preocupaciones y sus vicios, se combinan de una manera más o menos rara con los objetos entrevistos durante el día, que se han fijado indiscretamente en la vasta tela de su memoria. Ése es el sueño natural, el hombre mismo. ¡Pero la otra clase de sueño, el sueño absurdo, imprevisto, sin relación ni conexión con la índole, la vida y las pasiones del

durmiente! Este sueño al que llamaré jeroglífico representa, evidentemente, el aspecto sobrenatural de la vida y, precisamente porque es absurdo, los antiguos lo creyeron divino. Como no era posible explicarlo por causas naturales, le atribuyeron una causa exterior al hombre y todavía al presente, sin hablar de los onirománticos, existe una escuela filosófica que ve en los sueños de esa clase ora un reproche ora un consejo; en resumen, un cuadro simbólico y moral engendrado en la mente misma del durmiente. Es un diccionario que hay que examinar, un idioma cuya clave pueden obtener los sabios.

En la embriaguez del hachís nada hay que se le parezca. No saldremos del sueño natural. La embriaguez, en toda su duración, no será ciertamente sino un inmenso sueño, gracias a la intensidad de los colores y a la rapidez de las concepciones, mas conservará siempre la tonalidad particular del individuo. El hombre ha querido soñar y el sueño gobernará al hombre, pero ese sueño será el hijo de su padre. El ocioso se ha ingeniado para introducir artificialmente lo sobrenatural en su vida y su pensamiento, pero no es, después de todo y a pesar de la energía accidental de sus sensaciones, sino el mismo hombre aumentado, el mismo número

elevado a una potencia muy alta. Se halla subyugado, pero para su desgracia, sólo lo está por él mismo, es decir por la parte dominante de él mismo; *ha querido hacerse ángel y se ha convertido en bestia*, momentáneamente muy potente si, no obstante, se puede llamar potencia a una sensibilidad excesiva sin gobierno que la modere o explote.

Que los aristócratas y los ignorantes, curiosos por conocer placeres excepcionales, sepan, pues, que en el hachís no encontrarán nada milagroso, absolutamente nada más que lo naturalmente excesivo. El cerebro y el organismo en los que actúa el hachís

sólo pondrán de manifiesto sus fenómenos ordinarios e individuales, ciertamente aumentados en cuanto al número y la energía, pero siempre fieles a su origen.

El hombre no eludirá la fatalidad de su temperamento físico y moral; para las impresiones y los pensamientos familiares del hombre será el hachís un espejo de aumento, pero sólo un espejo.

Tenéis delante la droga: un poco de dulce verde del tamaño de una nuez y excesivamente oloroso, hasta el punto que provoca una especie de repulsión y veleidades de náusea, como provocaría cualquier aroma fino e inclusive agradable llevado a su máximo de fuerza

y, por decirlo así, de densidad. Séame permitido observar, de pasada, que esta proposición puede ser invertida y que el perfume más repugnante e irritante se convertirá tal vez en un placer si se lo redujese al mínimo de su cantidad y su expansión. ¡Aquí está, pues, la dicha en una cucharadita! ¡La felicidad con todas sus embriagueces y todas sus locuras y sus puerilidades! La podéis tragar sin temor porque no mata. Vuestros órganos físicos no sufrirán el menor daño. Tal vez más tarde una apelación demasiado frecuente al sortilegio, disminuya la fuerza de vuestra voluntad, tal vez seáis menos hombres que lo que sois ahora, ¡pero el castigo está tan lejos y el futuro

desastre es tan difícil de definir! ¿Qué arriesgáis? Quizá mañana un poco de fatiga nerviosa. ¿Acaso no arriesgáis todos los días castigos mayores por menores recompensas? Es, pues, cosa resuelta: incluso para darle más fuerza y expansión habéis disuelto vuestra dosis de extracto graso en una taza de café puro; habéis tomado la precaución de tener el estómago vacío, aplazando hasta las nueve o diez de la noche la comida más importante, para conceder al veneno total libertad de acción; quizá dentro de una hora tomaréis una sopa liviana. Ahora estáis lo suficientemente lastrados para un largo y extraño viaje. El vapor ha tocado la sirena, el velamen

está orientado y tenéis los viajeros comunes la curiosa ventaja de ignorar adonde vais. Vosotros lo habéis querido. ¡Viva la fatalidad!

Presumo que habéis tenido la precaución de elegir bien el momento para esa expedición aventurera. Todo libertinaje perfecto requiere un ocio perfecto. Por lo demás, sabéis que el hachís crea, no sólo la exageración del individuo, sino también la de la circunstancia y el ambiente; no tenéis que cumplir deberes que exigen puntualidad y exactitud; nada de disgustos familiares ni de penas de amor. Hay que tener cuidado: ese disgusto, esa inquietud, ese recuerdo que

reclama vuestra atención y vuestra voluntad en un momento determinado, resonarían como un campaneo fúnebre a través de vuestra embriaguez y envenenaría vuestro goce. La inquietud se convertiría en angustia y el disgusto en tortura. Si todas esas condiciones preliminares han sido observadas, el tiempo es bueno y estáis situados en un medio ambiente favorable, como un paisaje pintoresco o una habitación poéticamente decorada, si además podéis escuchar un poco de música, todo saldrá muy bien.

Hay generalmente en la embriaguez del hachís tres fases bastante fáciles de distinguir y no deja de ser curioso

observar entre los novicios los primeros síntomas de la primera fase. Habéis oído hablar vagamente de los maravillosos efectos del hachís; vuestra imaginación ha preconcebido una idea particular, algo así como un ideal de la embriaguez; estáis impacientes por saber si la realidad estará decididamente a la altura de vuestra esperanza. Eso basta para ponerlos desde el comienzo en un estado de ansiedad bastante favorable para el humor conquistador e invasor del veneno. La mayoría de los novicios, en el primer grado de iniciación, se quejan de la lentitud de los efectos; los esperan con impaciencia pueril, y como la droga no

actúa con la rapidez esperada, se entregan a fanfarronadas de incredulidad muy divertidas para los viejos iniciados que saben cómo opera el hachís. Los primeros ataques, como los síntomas de una tempestad durante largo tiempo indecisa, aparecen y se multiplican en el interior mismo de esa incredulidad. Es al comienzo cierta hilaridad, absurda e irresistible, que se apodera de vosotros. Esos accesos de alegría inmotivada de los que os sentís casi avergonzados, se reproducen con frecuencia y alternan con intervalos de estupor durante los cuales tratáis en vano de concentraros. Las palabras más sencillas, las ideas más triviales, adquieren un aspecto

extravagante y nuevo, e inclusive os asombra que os hayan parecido tan simples hasta entonces. Semejanzas y comparaciones incongruentes e imprevisibles, juegos de palabras interminables, esbozos cómicos, brotan continuamente de vuestro cerebro. Os ha invadido el demonio y es inútil reaccionar contra esa hilaridad, dolorosa como un cosquilleo. De vez en cuando os reís de vosotros mismos, de vuestra necedad y de vuestra locura y vuestros camaradas, si los tenéis, se ríen de vuestro estado y del suyo, pero como lo hacen sin malicia, no les guardáis rencor.

Esa alegría, alternativamente

lánguida o punzante, ese malestar en el júbilo, esa inseguridad, esa indecisión de la enfermedad, no duran generalmente sino un tiempo muy breve. Pronto las asociaciones de ideas se van haciendo tan vagas, el hilo conductor que liga vuestros conceptos tan tenue, que sólo pueden comprenderos vuestros cómplices. Y además, con respecto a ese tema y a ese aspecto es imposible toda comprobación; tal vez crean comprenderos y la ilusión es recíproca. Ese jugueteo y esas carcajadas que se parecen a explosiones, se presentan como una verdadera locura, o por lo menos como una tontería de maníaco a todo el que no se halla en el mismo

estado que vosotros. Así también la cordura y el buen sentido, la regularidad de los pensamientos del testigo prudente que no se ha emborrachado, os regocija y divierte como un género particular de demencia. Los papeles se invierten. Su serenidad os impulsa a los últimos límites de la ironía. ¿No es una situación misteriosamente cómica la de un hombre que goza de un júbilo incomprensible para quien no se ha colocado en el mismo ambiente que él? El loco se compadece del cuerdo y desde entonces la idea de su superioridad comienza a despuntar en el horizonte de su intelecto. Muy pronto crecerá, se agrandará y estallará como un meteoro.

Yo fui testigo de una escena de esa clase que fue llevada muy lejos y cuyo aspecto grotesco sólo era inteligible para quienes conocían, al menos por la observación en otros, los efectos de la sustancia y la enorme diferencia de diapasón que ella crea entre dos inteligencias supuestamente iguales. Un músico célebre, que ignoraba las propiedades del hachís, que tal vez nunca había oído hablar de esa droga, cae en medio de una reunión donde muchas personas la habían ingerido. Tratan de hacerle comprender sus efectos maravillosos. Oyendo los relatos prodigiosos, sonrío amablemente, por condescendencia, como quien consiente

en *posar* durante unos minutos. Su error no tarda en ser adivinado por las mentes aguzadas por el veneno, y las risas le ofenden. Esos estallidos de alegría, esos juegos de palabras, esos rostros alterados, toda esa atmósfera malsana lo irrita e impulsa a declarar, tal vez antes de lo que habría querido, *que esa pantomima es mala, y además debe ser muy fatigosa para quienes la representan*. Lo cómico ilumina todas las mentes como la luz de un relámpago. Se produce un redoblamiento de alegría. «La broma puede ser buena para ustedes —dice el músico—, pero no para mí». «Basta que sea buena para nosotros», replica egoístamente uno de los

enfermos. No sabiendo si se las tiene que haber con verdaderos locos o con gente que simula la locura, nuestro hombre cree que lo más prudente es retirarse, pero alguien cierra la puerta y esconde la llave. Otro se arrodilla ante él, le pide perdón en nombre de los presentes y le declara insolentemente, pero con lágrimas en los ojos, que, a pesar de su inferioridad espiritual, que acaso inspira un poco de compasión, todos sienten por él una amistad profunda. El músico se resigna a quedarse y, cediendo a súplicas apremiantes, consiente en ejecutar un poco de música. Pero los sonidos del violín, al difundirse por la habitación

como un nuevo contagio, exaltan (y la palabra no es demando fuerte) ya a uno ya a otro de los enfermos. Se oyen suspiros roncós y profundos, estallan sollozos súbitos, corren torrentes de lágrimas silenciosas. El músico espantado se detiene y acercándose a aquel cuya beatitud era más bullanguera, le pregunta si sufre mucho y qué podría hacer para aliviarlo. Uno de los asistentes, *hombre práctico*, propone limonada y ácidos. Pero el enfermo, con la mirada en éxtasis, mira a ambos con un desprecio indecible. ¡Querer curar a un hombre enfermo por exceso de vida, enfermo de alegría!

Como se ve por esta anécdota, la

bondad ocupa un lugar bastante grande en las sensaciones causadas por el hachís; es una bondad leve, perezosa y muda que deriva del relajamiento de los nervios. En apoyo de esta observación me refirió una persona la aventura que le sucedió en estado de embriaguez originada por la droga; y como conservaba un recuerdo muy exacto de sus sensaciones comprendí, perfectamente, en qué engorro grotesco e inextricable lo había colocado esa diferencia de diapasón y de nivel de que hablé hace un momento. Ya no recuerdo si ese hombre realizaba su primera o segunda experiencia. ¿Había tomado una dosis demasiado fuerte o el hachís le

había producido, sin la ayuda de ninguna causa aparente (lo que sucede con frecuencia) efectos mucho más vigorosos? Me dijo que en medio de su goce, ese goce supremo de sentirse lleno de vida y creerse rebosante de genio, había descubierto de pronto algo que le aterraba. Deslumbrado al principio por la belleza de sus sensaciones, éstas le espantaron súbitamente. Se preguntó qué sería de su inteligencia y de sus órganos si ese estado, para él sobrenatural, continuaba agravándose, si sus nervios se hacían cada vez más sensibles. Dado el poder de aumento que posee el ojo espiritual del paciente, ese temor debe ser un suplicio inefable. «Yo era —dijo

— como un caballo desbocado que corre hacia un abismo y quiere detenerse mas no puede. Era, efectivamente, un galope espantoso, y mi pensamiento, esclavo de la circunstancia y del medio, del accidente y de todo lo que puede significar la palabra *casualidad*, había tomado un giro puro y absolutamente rapsódico. ¡Es demasiado tarde!, me decía sin cesar y desesperado. Cuando terminó esa sensación, que a mi parecer duraba un tiempo infinito y tal vez no duró sino unos pocos minutos, cuando creí que por fin podía sumirme en esa beatitud tan cara a los orientales, que sucede a esa fase furiosa, me abrumó una nueva *desdicha*. Una nueva

inquietud, muy trivial y pueril, se abatió sobre mí. Recordé repentinamente que me habían invitado a una comida, a una reunión de hombres serios. Me veía de antemano entre una multitud sabia y discreta, donde todos eran dueños de sí mismos, obligado a ocultar cuidadosamente el estado de mi mente bajo el brillo de numerosas lámparas. Creía que lo conseguiría, pero también me sentía desfallecer pensando en los esfuerzos de voluntad que tendría que desplegar. Por no sé qué circunstancia, las palabras del Evangelio: ‘¡Ay de quien provoca el escándalo!’, surgieron en mi memoria y deseando olvidarlas, procurando olvidarlas, las repetía sin

cesar mentalmente. Mi desdicha (pues era una desdicha auténtica) adquirió entonces proporciones grandiosas. Resolví, pese a mi debilidad, demostrar energía y consultar a un farmacéutico pues ignoraba los reactivos y deseaba acudir, con la mente libre y despreocupada, a la reunión adonde me llamaba el deber. Pero en el umbral de la farmacia se me ocurrió una idea súbita que me detuvo unos instantes y me hizo reflexionar. Acababa de mirarme al pasar en el espejo de un escaparate y me había sorprendido mi rostro. ¡La palidez, los labios plegados, las pupilas dilatadas! ‘Voy a inquietar a ese buen hombre —me dije— ¡y por qué

tontería!’ Agregado a eso, la sensación de ridículo que yo quería evitar y el temor de encontrar gente en la farmacia. Mi benevolencia súbita por aquel boticario desconocido dominaba todos mis demás sentimientos. Me imaginaba a aquel hombre tan sensible como lo estaba yo en esos instantes funestos y, como me imaginaba también que sus oídos y su alma debían, como los míos, vibrar al menor ruido, resolví entrar en su farmacia de puntillas. ‘No podría — me dije— ser demasiado discreto en la casa de un hombre cuya caridad voy a alarmar’. Además, me prometí atenuar el sonido de mi voz así como el ruido de mis pasos. ¿Conoce usted la voz del

hachís, grave, profunda, gutural, parecida a la de los antiguos fumadores de opio? El resultado fue opuesto del que quería obtener. Decidido a tranquilizar al farmacéutico, lo espanté. Nada sabía de esta *enfermedad* ni había oído nunca hablar de ella. No obstante, me miraba con una curiosidad mezclada en gran medida con la desconfianza. ¿Acaso me tomaba por un loco, un malhechor o un mendigo? Ni esto ni aquello, sin duda, pero todas esas ideas absurdas cruzaron por mi cerebro. Me vi obligado a explicarle largamente (¡qué fatiga!) lo que era el dulce de cáñamo y para qué servía, repitiéndole sin cesar que no había peligro alguno, que no

existía *para él* motivo de alarma y que yo sólo pedía un medio de atenuación o de reacción e insistiendo frecuentemente en el sincero pesar que experimentaba al causarle semejante molestia. Por fin —y comprenda usted toda la humillación que contenían para mí esas palabras— me rogó simplemente que *me retirara*. Tal fue la recompensa de mi caridad y mi benevolencia exageradas. Fui a la reunión y no escandalicé a nadie. Nadie adivinó los sobrehumanos esfuerzos que me vi obligado a hacer para parecerme a todos. Pero nunca olvidaré las torturas de una embriaguez ultra-poética, preñada por el decoro y contrariada por el deber».

Aunque naturalmente tiendo a simpatizar con todos los sufrimientos que nacen de la imaginación, no pude menos que reírme de semejante relato. El hombre que me lo hizo no se ha corregido. Ha seguido exigiendo al dulce maldito, la excitación que debía encontrar en él mismo; pero como es un hombre prudente y ordenado, *un hombre de mundo*, ha disminuido las dosis, lo que le permite aumentar su frecuencia. Apreciará más adelante los frutos podridos de su dieta.

Vuelvo a la evolución regular de la embriaguez causada por la droga. Después de esa primera fase de alegría infantil, sucede un apaciguamiento

momentáneo. Mas no tardan en anunciarse nuevos acontecimientos mediante una sensación de frescura en las extremidades (que inclusive puede convertirse en algunos individuos, en un frío muy intenso y una gran debilidad en todos los miembros); tenéis, entonces, manos de manteca y en vuestra cabeza, en vuestro ser entero, sentís un atontamiento y una estupefacción embarazosa. Vuestros ojos se agrandan, parecen tironeados en todos los sentidos por un arrobamiento implacable. La palidez inunda vuestro rostro. Vuestros labios se fruncen y se os introducen en la boca con ese movimiento anhelante que caracteriza la ambición de un

hombre atormentado por proyectos grandiosos, oprimido por vastos pensamientos o que contiene la respiración para tomar impulso. Reseca el paladar una sed que sería muy grato satisfacer, si las delicias de la pereza no fuesen más agradables y no se opusiesen a la menor molestia del cuerpo. Roncos y profundos suspiros se escapan de vuestro pecho, como si vuestro cuerpo *antiguo* no pudiera soportar la actividad y los deseos de vuestra *nueva* alma. De vez en cuando sentís una sacudida que os impone un movimiento involuntario, como esos sobresaltos que, al final de una jornada de trabajo o en una noche tempestuosa, preceden al sueño

definitivo.

Antes de seguir adelante deseo, a propósito de esa sensación de frescura de que hablé más arriba, relatar otra anécdota que mostrará hasta qué punto los efectos, inclusive los puramente físicos, pueden variar según los individuos. Esta vez es un literato quien habla y en algunos pasajes de su relato se podrá encontrar, según creo, los indicios de su temperamento literario.

«Yo había tomado —me dijo— una dosis moderada del extracto graso, y todo marchaba bien. La crisis de alegría enfermiza había durado poco tiempo y me hallaba en un estado de languidez y de asombro que era casi la dicha. Me

prometía, en consecuencia, una velada tranquila y sin preocupaciones. Por desgracia, la casualidad me obligó a acompañar a alguien a un espectáculo. Tomé mi decisión valientemente, resuelto a disfrazar mi gran deseo de inmovilidad y de pereza. Todos los coches de mi barrio estaban reservados, por lo que tuve que resignarme a hacer un largo trayecto a pie, entre los ruidos discordantes de los vehículos, las conversaciones estúpidas de los transeúntes y todo un océano de trivialidades. Un ligero frescor se había puesto ya de manifiesto en las puntas de mis dedos; no tardó en transformarse en un frío muy vivo, como si hubiera

hundido las dos manos en un cubo de agua helada. Pero no era un sufrimiento; esa sensación casi aguda me invadía más bien como un deleite. Sin embargo, me parecía que ese frío me penetraba cada vez más a medida que proseguía aquel viaje interminable. Pregunté dos o tres veces a la persona que acompañaba si hacía realmente mucho frío y me respondió que, al contrario, la temperatura era más que tibia. Llegado por fin a la sala, e instalado en el palco que me correspondía, con tres o cuatro horas de descanso por delante, creí que había llegado a la tierra prometida. Los sentimientos que había reprimido en el camino, con toda la escasa energía de

que disponía, irrumpieron de pronto y me entregué libremente a un frenesí callado. El frío aumentaba constantemente, a pesar de lo cual veía personas ligeramente vestidas o que se enjugaban la frente con aire de fatiga. Se me ocurrió la idea regocijante de ser un hombre privilegiado, el único a quien se le otorgaba el derecho de sentir frío en verano en una sala de espectáculos. Aquel frío aumentaba hasta hacerse alarmante, pero a mí me dominaba, ante todo, la curiosidad de saber hasta qué punto podría descender. Por fin llegó a tal punto, se hizo tan general y tan completo, que todas mis ideas se congelaron. Por así decirlo, yo era un

trozo de hielo que pensaba y me consideraba una estatua tallada en un bloque de hielo y esa loca alucinación me causaba tal orgullo y tal bienestar moral, que me sería imposible definirlo. Lo que aumentaba mi goce abominable era la certidumbre de que todos los concurrentes ignoraban mi estado y la superioridad que tenía sobre ellos y, por añadidura, la dicha de pensar que mi compañero no había sospechado un solo instante qué raras sensaciones me poseían. Mi disimulo obtenía su recompensa y mi voluptuosidad excepcional era un secreto auténtico.

»Por lo demás, apenas entré en el palco, impresionó mis ojos una

sensación de tinieblas que creí vinculada de algún modo con la idea del frío. Es posible que esas dos ideas se hayan reforzado recíprocamente. Como sabe usted, el hachís invoca siempre magnificencias de luz, esplendores gloriosos, cascadas de oro líquido; cualquier luz le favorece, la que fluye como una napa y la que se prende como lentejuelas a las puntas y las asperezas, los candelabros de los salones, los cirios del mes de María, los rosados aludes de las puertas de sol. Al parecer, la araña miserable difundía una luz insuficiente para aquella sed de claridad insaciable; creí entrar, como he dicho, en un mundo de tinieblas que, además,

se fueron adensando gradualmente mientras yo deliraba con el invierno eterno y la noche polar. En cuanto al escenario (era un escenario consagrado al género cómico), sólo él estaba iluminado, era infinitamente pequeño y se hallaba situado lejos, muy lejos, como en la punta de un inmenso estereoscopio. No diré que escuchaba a los comediantes, pues usted sabe que eso no es posible; de vez en cuando mi pensamiento enganchaba al pasar un fragmento de frase y, semejante a una hábil bailarina, lo utilizaba como un trampolín para saltar a fantasías muy remotas. Podría suponerse que un drama, oído de esta manera, carece de

encadenamiento y de lógica; desengañese usted: yo descubría un sentido muy sutil en el drama que mi distracción creaba. En él nada me chocaba y me parecía un poco al poeta que, viendo representar *Esther* por primera vez, encontraba muy natural que Aman hiciese una declaración amorosa a la reina. Era, como se adivina, el instante en que éste se arroja a los pies de Esther para implorar el perdón de sus crímenes. Si todos los dramas fuesen escuchados de este modo ganarían mucho en belleza, inclusive los de Racine.

»Los actores me parecían excesivamente pequeños y cercados por

un contorno preciso y cuidadoso, como las figuras de Meissonier. Veía claramente, no sólo los detalles más minuciosos de sus atavíos, como los dibujos de los paños, las costuras, los botones, etcétera, sino también la línea que separaba el frente falso del verdadero, el blanco, el azul, el rojo y las gesticulaciones. Y aquellos liliputienses estaban revestidos con una claridad fría y mágica, como la que un vidrio muy límpido agrega a una pintura al óleo.

»Cuando pude salir por fin de aquella cueva de tinieblas heladas y la fantasmagoría interior se disipaba, fui nuevamente dueño de mí mismo, sentí un

cansancio mayor que el que me había causado nunca un trabajo tenso y violento».

Es, efectivamente, en ese período de la embriaguez cuando se manifiesta una sutileza nueva, una agudeza superior en todos los sentidos. El olfato, la vista, el oído y el tacto participan igualmente en ese progreso. Los ojos ponen la mira en el infinito, los oídos perciben sonidos casi imperceptibles en medio del tumulto más grande. Es entonces cuando comienzan las alucinaciones. Los objetos exteriores adquieren sucesiva y lentamente aspectos singulares; se deforman y se transforman. Después sobrevienen los equívocos, los errores y

la trasposición de ideas. Los sonidos se revisten de colores y los colores poseen música. Se dirá que eso nada tiene que no sea muy natural y cualquier cerebro poético, en su estado sano y normal, concibe fácilmente esas analogías. Pero ya he advertido al lector que en la embriaguez del hachís nada había que fuera positivamente sobrenatural, sólo que esas analogías revisten entonces una vivacidad no habitual; penetran, invaden y abruman la mente con su carácter despótico. Las notas musicales se convierten en números, y si vuestra inteligencia está dotada de alguna aptitud matemática, la melodía, la armonía escuchada, aunque conserva su

carácter voluptuoso y sensual, se transforma en una vasta operación aritmética en la que los números engendran los números y las fases y la generación de la cual seguís con una facilidad inexplicable y una agilidad igual a la de quien la ejecuta.

Algunas veces sucede que la personalidad desaparece y que la objetividad que corresponde a los poetas panteístas se desarrolla en vosotros de modo tan anormal, que la contemplación de los objetos exteriores hace que os olvidéis de vuestra propia existencia y que no tardéis mucho en confundiros con ellos. Vuestra mirada se fija en un árbol armonioso encorvado

por el viento; al cabo de unos segundos, lo que en el cerebro de un poeta no sería sino una comparación muy natural se convertirá en el vuestro en una realidad. Prestáis desde luego al árbol vuestras propias pasiones, vuestros deseos o vuestra melancolía; sus gemidos y sus oscilaciones se hacen vuestros, y no tardáis en *ser* el árbol. Así también el ave que se cierne en el azul del cielo *representa* al principio el inmortal deseo de cernerse por encima de las cosas humanas, pero luego sois el ave misma. Os supongo sentados y fumando. Vuestra atención recaerá durante un tiempo, tal vez un poco largo, en las nubes azules que exhala vuestra pipa. La

idea de una evaporación lenta, sucesiva y eterna se apoderará de vuestra mente, y aplicaréis pronto esa idea a vuestros propios pensamientos, a vuestra materia pensadora. Por un singular equívoco, por una especie de trasposición o de *quid pro quo* intelectual, sentiréis que os evaporáis y atribuiréis a vuestra pipa (en la que os sentís acurrucados y concentrados como el tabaco) la extraña facultad de *fumaros*.

Por fortuna, esa fantasía interminable sólo dura un minuto, pues un intervalo de lucidez os permite, mediante un gran esfuerzo, examinar el reloj. Pero otra corriente de ideas os arrastra; os envolverá durante otro

minuto en su torbellino viviente, y ese otro minuto será otra eternidad. Pues las proporciones del tiempo y de la existencia son completamente alteradas por la multitud y la intensidad de las sensaciones y las ideas. Parecería que se vive muchas vidas de hombre en el término de una hora. ¿No os parecéis entonces a una novela fantástica que viviera en lugar de estar escrita? Ya no existe ecuación entre los órganos y los goces. Y de esta consideración surge, sobre todo, la reprobación que se aplica a ese peligroso ejercicio en el que la libertad desaparece.

Cuando hablo de alucinaciones no hay que tomar la palabra en su sentido

más estricto. Un matiz muy importante distingue a la alucinación pura, tal como la que los médicos tienen ocasión de estudiar con frecuencia, de la alucinación o más bien del error de los sentidos en el estado mental causado por el hachís. En el primer caso, la alucinación es súbita, fatal y completa; además, no encuentra excusa ni pretexto en el mundo de los objetos exteriores; el enfermo ve formas y percibe sonidos donde no los hay. En el segundo caso, la alucinación es progresiva, casi voluntaria y no se hace completa ni madura sino por obra de la imaginación. En fin, tiene un pretexto. El sonido hablará y dirá cosas claras, pero el

sonido existe. Los ojos ebrios del hombre drogado con el hachís verán formas extrañas, pero antes de ser extrañas y monstruosas esas formas eran simples y naturales. La energía, la vivacidad verdaderamente parlante de la alucinación en la embriaguez no invalida en modo alguno esa diferencia original. Aquélla tiene una raíz en el medio ambiente y en el tiempo presente, y éste no la tiene.

Para hacer que se comprenda mejor ese hervidero de la imaginación, esa maduración del ensueño y ese alumbramiento poético al que está condenado un cerebro intoxicado por el hachís, relataré otra anécdota. Esta vez

el que habla no es un joven ocioso, ni tampoco un literato, sino una mujer, una mujer algo madura, curiosa y de índole excitable, la que, habiendo cedido al deseo de conocer el veneno, describe así, para otra dama, la principal de sus visiones. Transcribo literalmente:

«Por extrañas y nuevas que hayan sido las sensaciones que he obtenido de mis doce horas de locura (¿Doce o veinte? En verdad no lo sé), no volveré a vivirlas. La excitación espiritual es demasiado viva y demasiado grande el cansancio que trae consigo; y, para decirlo todo, encuentro algo de criminal en esa puerilidad. En fin, cedí a la curiosidad y además se trataba de una

locura en común en la casa de unos viejos amigos, donde no juzgaba muy malo faltar un poco a la dignidad. Ante todo debo decirle que ese maldito hachís es una sustancia muy pérfida; a veces uno se cree liberado de la embriaguez; pero no es sino una calma embustera. Hay descansos y después recaídas. Así, a eso de las diez de la noche, me hallaba en uno de esos estados momentáneos; me creía liberada de esa superabundancia de vida que me había causado tantos goces, es cierto, pero no carecía de inquietud y temor. Comencé a cenar con agrado, como fatigada por un largo viaje. Pues hasta entonces, por prudencia, me había

abstenido de comer. Pero antes de levantarme de la mesa había vuelto a atraparme el delirio como el gato a una laucha, y el veneno se puso a jugar de nuevo con mi pobre cerebro. Aunque mi casa se halla a poca distancia del castillo de nuestros amigos, y aunque podía disponer de un vehículo, me sentía tan abrumada por la necesidad de soñar y abandonarme a esa locura irresistible, que acepté alegremente el ofrecimiento que me hicieron para que me quedara hasta el día siguiente. Usted conoce el castillo y sabe que han arreglado, adornado y *reacomodado* a la moda toda la parte habitada por sus dueños, pero que la parte generalmente deshabitada

ha sido dejada como estaba, con su antiguo estilo y sus viejas decoraciones. Resolvieron que improvisarían para mí un dormitorio en esa parte del castillo y eligieron la habitación más pequeña, una especie de tocador un tanto deslucido y decrepito, que no por ello tenía menos encanto. Es menester que se la describa lo mejor que pueda para que usted comprenda la singular visión de que fui víctima, visión que me ocupó toda una noche sin que tuviera tiempo para advertir la fuga de las horas.

»El tocador donde estaba era muy pequeño y angosto. A la altura de la cornisa el techo se torneaba para formar una bóveda; las paredes cubiertas por

espejos alargados y estrechos separados por paneles con paisajes pintados, al modo descuidado de las decoraciones antiguas. A la altura de la cornisa, y en las cuatro paredes, se hallaban representadas diversas figuras alegóricas, unas en actitudes reposadas y otras corriendo o revoloteando. Sobre ellas, algunas flores y pájaros brillantes. Detrás de las figuras se elevaba un enrejado pintado en engañifa y que seguía naturalmente la curva del techo, de color dorado. Todos los intersticios entre las baquetillas y las figuras estaban recubiertos de oro y en el centro sólo interrumpía el oro, la redecilla geométrica del enrejado simulado.

Como usted ve, se parecía eso un poco a una *jaula* muy distinguida, a una jaula muy bella para un ave muy grande. Debo agregar que la noche era también muy bella y trasparente y la luna muy clara, hasta el punto de que, inclusive después de apagar la vela, toda la decoración siguió siendo visible, pero no iluminada por los ojos de mi mente, como podría creer usted, sino por aquella hermosa noche cuyos fulgores se prendían a los bordados de oro, los espejos y los colores abigarrados.

»Al principio me sorprendió mucho ver los grandes espacios que se extendían ante mí, junto a mí y por todos los lados; eran límpidos ríos y paisajes

verdeantes que se reflejaban en las aguas tranquilas. En esto adivina usted el efecto de los paneles repetidos por los espejos. Al levantar la vista contemplé un sol poniente semejante a un metal en fusión que ya se enfría. Era el oro del techo, pero me hizo pensar el enrejado que me hallaba, en una especie de jaula o en una casa abierta por todos sus lados al espacio y que sólo me separaban de esas maravillas, los barrotes de mi cárcel magnífica. Al principio me reía de mi ilusión, pero cuanto más miraba, tanto más aumentaba la magia, tanta más vida, transparencia y realidad despótica adquiría. Desde entonces la idea del encierro dominó mi

mente, sin que ello perjudicase demasiado, debo confesarlo, los variados placeres que me procuraba el espectáculo exhibido a mi alrededor y sobre mí. Me consideraba encerrada por un tiempo muy largo, tal vez por miles de años, en aquella jaula suntuosa, en medio de aquellos paisajes mágicos, entre aquellos horizontes maravillosos. Me imaginaba que era la *bella durmiente del bosque*, que debía sufrir una expiación y que sería liberada en el futuro. Sobre mi cabeza revoloteaban pájaros brillantes de los trópicos, y como mis oídos percibían el son de las campanillas colgadas del cuello de los caballos que pasaban por la carretera a

lo lejos, los dos sentidos fundían sus impresiones en una idea única: atribuía a las aves aquel canto misterioso del bronce y creía que cantaban con gargantas metálicas. Hablaban de mí evidentemente y celebraban mi cautiverio. Monos saltarines y sátiros bufones parecían burlarse de aquella prisionera tendida y condenada a la inmovilidad. Pero todas las divinidades mitológicas me miraban con una sonrisa encantadora, como para animarme a soportar pacientemente el sortilegio y todas las pupilas se deslizaban hacia el borde de los párpados como para adherirse a mi mirada. De ello deduje que, si faltas antiguas, si algunos

pecados que yo misma ignoraba exigían aquel castigo temporario, podía contar, no obstante, con una bondad suprema que, aunque me condenara a la expiación, me ofrecería placeres más importantes que los juegos infantiles que colmaron nuestra infancia. Ya ve usted que las reflexiones morales no estaban ausentes de mi sueño; pero debo confesar que el placer de contemplar aquellas formas y aquellos colores rutilantes y de creermelo el centro de un drama fantástico, absorbía con frecuencia todos mis demás pensamientos. Ese estado duró mucho, mucho tiempo... ¿Duró hasta la mañana? Lo ignoro. Vi de pronto el sol de pleno

día instalado en mi cuarto; mi asombro fue muy vivo y, a pesar de todos los esfuerzos de memoria que hice, me fue imposible saber si había dormido o si había sufrido pacientemente un delicioso insomnio. ¡Poco antes era de noche y en aquel momento de día! ¡Sin embargo había vivido mucho tiempo, oh, un tiempo muy largo!... Hallándose abolida la noción del tiempo, o más bien la medida del tiempo, la noche entera podía ser medida para mí, solamente, por la multitud de mis pensamientos. Por larga que pudiera parecerme desde ese punto de vista, tenía la sensación de que sólo había durado unos segundos, o inclusive de que no había ocupado en la

eternidad lugar alguno.

»No le hablo de mi cansancio... que fue inmenso. Dicen que el entusiasmo de los poetas y de los creadores se parece al que experimenté yo, aunque me he imaginado siempre que las personas encargadas de conmovernos tienen que estar dotadas de un temperamento muy tranquilo; pero si el delirio poético se asemeja al que me ha procurado una cucharadita de dulce, pienso que los placeres del público cuestan muy caros a los poetas y no sin cierto bienestar y sin una satisfacción prosaica, me he sentido finalmente en *mi casa*, en *mi casa* intelectual, quiero decir en la vida real».

He aquí una mujer evidentemente razonable; pero no utilizaremos su relato sino para extraer de él algunas notas útiles que completarán esta descripción muy sumaria de las principales sensaciones engendradas por el hachís.

Ella ha hablado de la cena como de un placer que llegaba muy oportunamente, en el instante en que una mejoría momentánea, pero que parecía definitiva, le permitía volver a la vida real. En efecto, se dan como ya he dicho, intermitencias y calmas engañosas y con frecuencia el hachís origina un hambre voraz y casi siempre una sed excesiva. Sólo que la comida o la cena, en lugar de traer consigo un descanso definitivo,

crea un nuevo acrecentamiento, la crisis vertiginosa de que se quejaba esa dama, seguida por una serie de visiones encantadoras, ligeramente matizadas de espanto, a las que se resignó positivamente y de muy buena gana. El hambre y la sed tiránicas de que venimos hablando no pueden ser satisfechas sin cierto trabajo. Pues el hombre se siente tan por encima de las cosas materiales o más bien, su embriaguez le abruma de tal modo, que tiene que realizar un largo esfuerzo para mover un tenedor o una botella.

La crisis definitiva determinada por la digestión de los alimentos es muy violenta, en efecto: no es posible luchar;

y semejante estado sería insoportable si durara demasiado tiempo y no cediera el lugar a otra fase de la embriaguez, que en el caso citado se tradujo en visiones espléndidas, moderadamente aterradoras y al mismo tiempo llenas de consuelos. Ese nuevo estado es el que los orientales llaman *kief*. Ya no es algo remolinante y tumultuoso, sino una beatitud calma e inmóvil, una gloriosa resignación. Desde el principio no sois dueños de vosotros mismos, pero no os afligís. El dolor y la idea del tiempo han desaparecido, y si a veces se atreven a producirse, lo hacen transfigurados por la sensación dominante; y son entonces, con respecto a su forma habitual, lo que

la tristeza poética es respecto al dolor positivo.

Pero ante todo señalemos que en el relato de esa dama (y con ese fin lo he transcrito) la alucinación es de un género espurio y extrae su razón de ser del espectáculo externo; la mente no es más que un espejo en el que el medio ambiente se refleja exageradamente transformado. Luego vemos que interviene lo que de buena gana llamaría la alucinación moral: el sujeto se cree sometido a una expiación; pero el temperamento femenino, poco apto para el análisis, no le ha permitido observar el singular carácter optimista de dicha alucinación. La mirada benévola de las

divinidades del Olimpo es poetizada por un barniz esencialmente *hachisino*. No diré que esa dama ha rodeado el remordimiento, pero sus pensamientos, momentáneamente inclinados a la melancolía y el lamento, no han tardado en colorearse de esperanza. Es una observación que tendremos ocasión de comprobar.

Ella ha hablado del cansancio que sintió al día siguiente; ese cansancio es, en efecto, grande, pero no se manifiesta inmediatamente, y cuando os veis obligados a reconocerlo, no lo hacéis sin asombro. Pues, ante todo, cuando habéis comprobado que un nuevo día ha aparecido en el horizonte de vuestra

vida, sentís un bienestar sorprendente, creéis gozar de una agilidad mental maravillosa. Pero apenas estáis en pie, un resto de la vieja embriaguez os sigue y os demora, como el grillete de vuestra reciente servidumbre. Vuestras débiles piernas os conducen con timidez y teméis a cada instante quebraros como un objeto frágil. Una gran languidez (hay gente que pretende que no carece de encanto) se apodera de vuestra mente y se difunde por vuestras facultades como la niebla en un paisaje. Y heos aquí, durante algunas horas, incapaces de acción, trabajo y energía. Es el castigo por la prodigalidad irreligiosa con que habéis derrochado el fluido nervioso.

Habéis diseminado vuestra personalidad a los cuatro puntos cardinales. ¡Y ahora os será difícil reunirla y concentrarla!

IV. El hombre-Dios

Ya es hora de echar a un lado todos esos juegos de manos y esos grandes muñecos nacidos de la humareda de los cerebros infantiles. ¿No tenemos que hablar de cosas más importantes, de las modificaciones de los sentimientos humanos y, en una palabra, de la *moral* del hachís?

Hasta ahora no he hecho sino una

monografía abreviada de la embriaguez; me he limitado a destacar los rasgos principales, sobre todo los rasgos materiales. Pero lo que, según creo, tiene más importancia para el hombre inteligente es el conocimiento de la acción del veneno en la parte espiritual del ser humano, es decir el aumento, la deformación y la exageración de sus sentimientos habituales y sus percepciones morales, los que presentan entonces una atmósfera excepcional, un verdadero fenómeno de refracción.

El hombre que, habiéndose entregado al opio o al hachís durante largo tiempo, ha podido encontrar, debilitado como estaba por la costumbre

de su servidumbre, la energía necesaria para emanciparse, se me aparece como un preso evadido. Me inspira más admiración que el prudente que nunca cayó en falta, porque siempre tuvo cuidado de evitar las tentaciones. Los ingleses emplean frecuentemente, a propósito de los opiómanos, términos que sólo pueden parecer excesivos a los incautos que desconocen los horrores de esa decadencia: *enchained, fettered, enslaved*. ¡Efectivamente, son cadenas al lado de las cuales las otras, las cadenas del deber y del amor ilegítimo, son sólo hilazas de gasa y tejidos de araña! ¡Espantoso maridaje del hombre consigo mismo! «Yo me había

convertido en un esclavo del opio; me tenía preso en sus lazos, y todos mis trabajos y mis planes habían adquirido el color de mis sueños», dice el esposo de Ligeia, ¡pero en cuántos pasajes maravillosos Edgar Poe, ese poeta incomparable, ese filósofo nunca refutado, al que hay que citar siempre a propósito de las enfermedades misteriosas de la mente, describe los sombríos y atractivos esplendores del opio! El amante de la luminosa Berenice, el metafísico Egeus, habla de una alteración de sus facultades que le obliga a atribuir un valor anormal, monstruoso, a los fenómenos más sencillos: «Reflexionar infatigablemente

durante largas horas, con la atención clavada en alguna cita pueril al margen o en el texto de un libro; permanecer absorto durante la mayor parte de un día de verano ante una sombra extraña que se alarga oblicuamente por la tapicería o por el piso, pasar una noche entera vigilando la llama recta de una lámpara o las brasas de la chimenea, soñar días enteros con el perfume de una flor, repetir monótonamente cualquier palabra vulgar, hasta que su sonido, a fuerza de repetirlo, deja de ofrecer a la mente una idea cualquiera: tales eran algunas de las aberraciones más comunes y menos perniciosas de mis facultades mentales, aberraciones que

sin duda no son completamente originales, pero desafían ciertamente toda explicación y todo análisis». Y el nervioso Augusto Bedloe, que todas las mañanas, antes de pasearse, traga su dosis de opio, nos confiesa que el principal beneficio que obtiene de ese envenenamiento cotidiano es el de sentir por cualquier cosa, inclusive la más trivial, un interés exagerado: «Entretanto, el opio había producido su efecto acostumbrado, que consiste en revestir a todo el mundo exterior con un interés intenso. En el temblor de una hoja, en el color de una brizna de hierba, en la forma de un trébol, en el zumbido de una abeja, en el brillo de una gota de

rocío, en el suspiro del viento, en los vagos olores que se escapan del bosque, se producía todo un mundo de inspiraciones, una procesión magnífica y variada de pensamientos desordenados y rapsódicos».

Así se expresa, por boca de sus personajes, el maestro de lo horrible, el príncipe del misterio. Esas dos características del opio son perfectamente aplicables al hachís; tanto en uno como en otro caso, la inteligencia, anteriormente libre, se hace esclava; pero la palabra *rapsódico*, que define tan bien una serie de pensamientos sugerida e impuesta por el mundo exterior y el azar de las

circunstancias, es de una verdad más verdadera y más terrible en el caso del hachís. En éste el razonamiento no es más que un bien mostrenco a merced de todas las corrientes y la serie de pensamientos se acelera *infinitamente* y es mucho más *rapsódica*. Esto equivale a decir, según creo, de una manera suficientemente clara, que el hachís es, en su efecto inmediato, mucho más vehemente que el opio, mucho más enemigo de la vida corriente, en una palabra, mucho más perturbador. Ignoro si diez años de intoxicación con el hachís traerán consigo desgracias iguales a las causadas por diez años de régimen de opio; digo que en la

actualidad y en el período que seguirá inmediatamente el hachís produce consecuencias más funestas; el uno es un seductor apacible y el otro un demonio desordenado.

En esta última parte quiero definir y analizar el estrago moral que causa esa peligrosa y deliciosa gimnasia, estrago moral tan grande, peligro tan profundo, que los que vuelven del combate sólo ligeramente averiados me parecen valientes escapados de la cueva de un Proteo multiforme, Orfeos vencedores del Infierno. Tómese, si se quiere, este modo de hablar como una metáfora excesiva, pero confesaré que los venenos excitantes me parecen no sólo

uno de los medios más terribles y seguros de que dispone el Espíritu de las Tinieblas para reclutar y esclavizar a la humanidad digna de lástima, sino también una de sus incorporaciones más perfectas.

Esta vez, para abreviar mi tarea y hacer más claro mi análisis, en lugar de reunir anécdotas dispersas, acumularé en un solo personaje ficticio un conjunto de observaciones. Necesito, pues, suponer un alma elegida por mí. De Quincey afirma con razón en sus *Confesiones* que el opio, en lugar de adormecer a quien lo toma, lo excita, pero sólo lo excita en su índole natural, por lo que para juzgar las maravillas del

opio sería absurdo referirlas a un vendedor de bueyes, pues éste soñará solamente con bueyes y con pasturas. Ahora bien, no he de describir las toscas fantasías de un criador de ganado embriagado con el hachís. ¿Quién las leería con agrado? ¿Quién consentiría en leerlas? Para idealizar mi tema debo concentrar todos sus rayos en un círculo único, debo polarizarlos, y ese círculo trágico donde voy a reunirlos será, como ya he dicho, un alma elegida por mí, algo que se parece a lo que el siglo XVIII llamaba *el hombre sensible*, a lo que la escuela romántica llamaba *el hombre incomprendido*, y a lo que las familias y la masa burguesa infaman generalmente

con el epíteto de *original*.

Un temperamento a medias nervioso y a medias bilioso es el más favorable para las evoluciones de semejante embriaguez; agreguémosle una inteligencia cultivada, ejercitada en los estudios de la forma y del color, un corazón bondadoso, fatigado por la desdicha pero todavía capaz de remozamiento y, si así lo deseáis, llegaremos hasta admitir culpas antiguas y las consecuencias que puede tener eso en una naturaleza fácilmente excitable: si no remordimientos positivos, al menos el pesar por el tiempo perdido y profanado. La afición a la metafísica, el conocimiento de las diferentes hipótesis

de la filosofía sobre el destino humano, no son, ciertamente, complementos inútiles; ni tampoco ese amor a la virtud abstracta, mística o estoica que exhiben todos los libros con los que se alimenta la infancia moderna como la cima más alta a la que puede ascender un alma esclarecida. Si a todo eso se añade una gran agudeza de los sentidos, que yo he omitido como una condición supererogatoria, creo que he acumulado los elementos generales más comunes del moderno hombre sensible, de lo que se podría denominar la *forma trivial de la originalidad*. Veamos ahora lo que llegará a ser esa individualidad llevada por el hachís hasta el extremo. Sigamos

ese viaje de la fantasía humana hasta su estación terminal más espléndida, hasta la creencia del individuo en su propia divinidad.

Si sois una de esas almas, vuestro innato amor a la forma y los colores encontrará en seguida una pastura inmensa en las primeras evoluciones de vuestra embriaguez. Los colores adquirirán una energía insólita y entrarán en vuestro cerebro con una intensidad victoriosa. Delicadas, mediocres o inclusive malas, las pinturas de los techos se revestirán con una vida espantosa; los papeles pintados más groseros que tapizan las paredes de las posadas se tornarán en dioramas

magníficos. Las ninfas de carnes resplandecientes os mirarán con grandes ojos más profundos y límpidos que el firmamento y el agua; los personajes antiguos, arrebujaos en sus ropajes sacerdotales o militares, intercambiarán con vosotros, en una simple mirada, confianzas solemnes. La sinuosidad de las líneas es un lenguaje definitivamente claro en el que podéis leer la agitación y los deseos de las almas. Entretanto se desarrolla ese estado misterioso y temporal de la mente en el que la profundidad de la existencia, erizada con sus múltiples problemas, se revela por completo en el espectáculo, que se tiene a la vista, por natural o por trivial

que sea, y en el que el primer objeto percibido se convierte en símbolo parlante. Fourier y Swedenborg, el uno con sus *analogías* y el otro con sus *correspondencias*, se han encarnado en el vegetal y el animal que observáis, y en lugar de enseñar con la voz, os adoctrinan con el color y la forma. La comprensión de la alegoría adquiere proporciones desconocidas para vosotros mismos; observemos de paso que la alegoría, ese género tan *espiritual* que los pintores inhábiles nos han acostumbrado a despreciar, pero que es verdaderamente una de las formas primitivas y más naturales de la poesía, recupera su dominio legítimo en la

inteligencia iluminada por la embriaguez. El hachís, como un barniz mágico, cubre entonces toda la vida, la colora solemnemente e ilumina toda su profundidad. Paisajes escabrosos, horizontes que huyen, perspectivas de ciudades blanqueadas por la palidez cadavérica de la tormenta o iluminadas por los concentrados ardores del sol poniente; profundidad del espacio, imagen del tiempo; la danza, los ademanes o la declamación de los actores, si os halláis en un teatro; la primera frase que leéis si vuestros ojos se posan en un libro; en fin, toda la universalidad de los seres se yergue ante vosotros con una nueva aureola no

sospechada hasta entonces. La gramática, la árida gramática misma, se convierte en una especie de hechicería evocatoria; las palabras resucitan revestidas de carne y hueso: el sustantivo con su majestuosidad esencial, el adjetivo, ropaje transparente que lo viste y colora como un vidrio; y el verbo, palanqueta del movimiento que da impulso a la frase. La música, otro lenguaje amado por los perezosos o por los espíritus profundos que buscan el descanso en la variedad del trabajo, os habla de vosotros y os relata el poema de vuestra vida: se incorpora a vosotros y os amalgamáis con ella. Habla de vuestra pasión, no de una manera vaga e

imprecisa, como en vuestras veladas indolentes de una noche de ópera, sino de una manera circunstanciada y positiva, en la que cada movimiento del ritmo señala un movimiento conocido por vuestra alma, cada nota se transforma en palabra y el poema entero penetra en vuestro cerebro como un diccionario dotado con vida propia.

No hay que creer que todos esos fenómenos se producen confusamente en la mente, con el tono chillón de la realidad y el desorden de la vida exterior. El ojo interior transforma todo y otorga a cada cosa el complemento de belleza que le falta para que sea realmente digna de complacer. A esta

fase, esencialmente voluptuosa y sensual, hay que atribuir también el amor a las aguas límpidas, corrientes o estancadas, que se pone de manifiesto de manera tan sorprendente en la embriaguez cerebral de algunos artistas. Los espejos se convierten en un pretexto para ese arrobamiento parecido a una sed espiritual que se une a la sed material que seca la garganta y de la que ya he hablado; las aguas fugitivas, los *juegos* de agua, las cascadas armoniosas, la inmensidad azul del mar, ruedan, cantan y duermen con un encantamiento inexpresable. El agua se manifiesta como una maga auténtica, y aunque no creo mucho en las locuras

furiosas causadas por el hachís, no afirmarí­a que la contemplaci3n de un abismo límpido carecería por completo de peligro para un enamorado del cristal y el espacio, y que la vieja fábula de la Ondina no se podría convertir para el entusiasmado en una trágica realidad.

Creo haber hablado lo suficiente del aumento monstruoso del tiempo y del espacio, dos ideas siempre relacionadas, pero que la mente afronta entonces sin temor ni tristeza. Mira con cierta delicia melanc3lica a trav3s de los ańos profundos y se sumerge audazmente en perspectivas infinitas. Supongo que se habr3 adivinado que este aumento anormal y tir3nico, se

aplica por igual a todos los sentimientos y a todas las ideas: tanto a la benevolencia, de la que he citado, según creo, un ejemplo bastante bueno; como a la idea de belleza; y también al amor. La idea de belleza debe ocupar naturalmente un lugar muy extenso en un temperamento espiritual como el que yo he supuesto. La armonía, el equilibrio de las líneas, la euritmia en los movimientos, le parecen al soñador necesidades, *deberes*, no solamente para todos los seres de la creación, sino también para él mismo, *el soñador*, que se encuentra en ese período de la crisis dotado de una aptitud maravillosa para comprender el ritmo universal e

inmortal. Y si nuestro *fanático* carece de belleza personal, no creáis que le hará sufrir largo tiempo la confesión a que se ve obligado, ni que se considere como una nota discordante en el mundo de armonía y belleza improvisado por su imaginación. Los sofismas del hachís son numerosos y admirables, y tienden, generalmente, al optimismo. Uno de los principales, acaso el más eficaz, es el que transforma en realidad el deseo. Lo mismo ocurre, sin duda, en muchos casos de la vida ordinaria, ¡pero con cuánto más ardor y sutileza! Por lo demás, ¿cómo podría un ser tan bien dotado para comprender la armonía, una especie de sacerdote de la Belleza,

constituir una excepción y una mácula en su propia teoría? La belleza moral y su potencia, la gracia y sus seducciones, la elocuencia y sus proezas, todas esas ideas no tardan en presentarse como los correctivos de una fealdad indiscreta, luego como consoladoras y, en fin, como perfectas aduladoras de un cetro imaginario.

En cuanto al amor, he oído a muchas personas animadas por una curiosidad de escolar que trataban de informarse al respecto por intermedio de otras ya familiarizadas con la droga. ¿Qué puede ser esa embriaguez de amor, ya en su estado natural tan potente, cuando se halla incluida en la otra embriaguez

como un sol dentro del sol? Tal es la pregunta que se formularán muchas personas a las que yo llamaría los pazguatos del mundo intelectual. Para responder a un supuesto deshonesto, a esa parte de la pregunta que no se atreve a expresarse, remitiré al lector a Plinio, quien se refirió en alguna parte a las propiedades del cáñamo, de manera que disipa muchas ilusiones al respecto. Se sabe, además, que la atonía es el resultado más corriente del abuso que los hombres hacen de sus nervios y de las sustancias adecuadas para excitarlos. Ahora bien, como aquí no se trata de una facultad afectiva, sino de emoción o susceptibilidad, rogaré sencillamente al

lector que considere que la imaginación de un hombre nervioso, embriagado con el hachís, es llevada hasta un grado prodigioso tan poco determinable como la posible fuerza extrema del viento en un huracán, y sus sentidos se sutilizan hasta un punto casi igualmente difícil de definir. Se puede creer, por consiguiente, que una ligera caricia, la más inocente de todas, un apretón de manos, por ejemplo, puede adquirir un valor centuplicado por el estado actual del alma y los sentidos y tal vez conducirlos, muy rápidamente, hasta ese síncope al que los mortales vulgares consideran el *summum* de la dicha. Pero no cabe duda de que el hachís despierta

en una imaginación ocupada a menudo por visiones de amor, recuerdos afectuosos a los que el sufrimiento y la desdicha pueden dar, inclusive, un brillo nuevo. No es menos cierto que con esas agitaciones de la mente se entremezcla una dosis de sensualidad bastante grande; no es inútil advertir, por otra parte, y esto bastaría para testimoniar la inmoralidad del hachís, que una secta de ismaelitas (y de los ismaelitas salieron los Asesinos) desviaba su culto hasta alejarlo mucho del Lingam imparcial, es decir, hasta el culto absoluto y exclusivo de la mitad femenina del símbolo. Sería muy natural, pues cada hombre representa a la historia, que surgiera una

herejía obscena, una religión monstruosa, en quien se ha entregado cobardemente a merced de una droga infernal y se complace en dilapidar sus propias facultades.

Puesto que hemos visto manifestarse en la embriaguez del hachís una singular benevolencia que se aplica inclusive a los desconocidos, una especie de filantropía compuesta de compasión más que de amor (y aquí se pone de manifiesto el primer germen del espíritu demoníaco que se desarrollará de modo extraordinario) pero que llega al temor de afligir a quienquiera que sea, se adivina lo que puede llegar a ser el sentimentalismo localizado aplicado a

una persona amada, que desempeña o ha desempeñado un papel importante en la vida moral del embriagado. El culto, la adoración, la plegaria y los sueños de felicidad se proyectan y lanzan con la energía ambiciosa y el brillo de los fuegos artificiales; como la pólvora y las materias colorantes del fuego, deslumbran y se desvanecen en las tinieblas. No hay combinación sentimental alguna a la que no se pueda prestar el flexible amor de un esclavo de la droga llamada hachís. El deseo de protección, un sentimiento de paternidad ardiente y abnegada, pueden mezclarse con una culpable sensualidad que el hachís sabrá excusar y absolver. Va más

allá todavía. Supongo que se han cometido faltas que dejaron huellas amargas en el alma; un marido o un amante sólo pueden contemplar con tristeza (en un estado normal) un pasado matizado con tempestades; entonces las amarguras pueden convertirse en dulzuras; la necesidad del perdón, hace a la imaginación más hábil y suplicante y el remordimiento mismo, en ese drama diabólico que se expresa únicamente en un largo monólogo, puede actuar como excitante y avivar fuertemente el entusiasmo cordial. ¡Sí, el remordimiento! ¿Me equivocaba al decir que el hachís parecía una mente verdaderamente filosófica, un

instrumento satánico perfecto? El remordimiento, ingrediente singular del placer, no tarda en anegarse en la deliciosa contemplación del remordimiento mismo, en una especie de análisis voluptuoso y ese análisis es tan rápido, que el hombre, ese diablo natural, para hablar como los swedenborgianos, no advierte cuán involuntario es y cómo se aproxima de segundo en segundo a la perfección diabólica. *Admira* su remordimiento y se vanagloria, en tanto se encuentra en vías de perder su libertad.

Aquí tenemos, pues, a mi hombre supuesto, al que yo he elegido, llegado a ese grado de júbilo y de serenidad en el

que se ve *obligado* a admirarse a sí mismo. Toda contradicción desaparece, todos los problemas filosóficos se aclaran o al menos así parece. Todo es motivo de goce. La plenitud de su vida actual le inspira un orgullo desmesurado. En él habla una voz (¡ay, es la suya!) que le dice: «Ahora tienes derecho a considerarte superior a todos los hombres, nadie sabe ni podría comprender todo lo que piensas y todo lo que sientes; inclusive serían incapaces de apreciar la benevolencia que te inspiran. Eres un rey al que los transeúntes desconocen y que vive en la soledad de sus convicciones. ¿Pero qué te importa? ¿No posees ese soberano

desprecio que hace tan buena al alma?».

Sin embargo, podemos suponer que de cuando en cuando atraviesa y corrompe esa dicha un recuerdo punzante. Una sugestión llegada del exterior puede reanimar un pasado cuya contemplación desagrada. ¿Acaso, no está lleno ese pasado de numerosos actos insensatos o viles, que son verdaderamente indignos de ese monarca del pensamiento y que mancillan su dignidad ideal? Podéis creer que el hombre drogado con el hachís, afrontará valientemente a esos fantasmas llenos de reproches y que sabrá extraer de sus recuerdos horrorosos nuevos elementos de placer y

de orgullo. He aquí cuál será la evolución de su razonamiento: pasada la primera sensación de dolor, analizará con curiosidad, la acción o el sentimiento, el recuerdo del cual ha perturbado su exaltación actual, los motivos que le hicieron actuar entonces, las circunstancias que lo rodeaban, y si no encuentra en esas circunstancias, razones suficientes, si no para perdonar, para atenuar al menos su pecado, no imaginéis que se siente vencido. Yo presencio su razonamiento como si viera funcionar un mecanismo bajo un cristal transparente: «Esa acción ridícula, ruin o cobarde, el recuerdo de la cual me ha agitado un momento, contradice por

completo mi verdadera naturaleza, mi naturaleza actual, y la energía misma con que la condeno, el cuidado inquisitorial con que la analizo y la juzgo, prueban mis altas divinas aptitudes para la virtud. ¿Cuántos hombres se encontrarían en el mundo tan diestros para juzgarse y tan severos para condenarse?». Y no solamente se condena, sino que se glorifica. Una vez absorbido el horrible recuerdo en la contemplación de una virtud ideal, de una caridad ideal, de un ingenio ideal, se entrega cándidamente a su triunfante orgía espiritual. Hemos visto que, parodiando de manera sacrílega el sacrificio de la penitencia, a la vez

confesor y penitente, se había concedido una absolución fácil o, peor todavía, había logrado de su condena un aliciente nuevo para su orgullo. Ahora, de la contemplación de sus sueños y sus proyectos virtuosos deduce que posee, prácticamente, idoneidad para la virtud; la energía amorosa con que abraza a ese fantasma virtuoso le parece una prueba suficiente y perentoria de la energía viril que necesita para la realización de su ideal. Confunde completamente el sueño con la acción y como su imaginación se enardece cada vez más ante el espectáculo mágico de su propia naturaleza corregida e idealizada, reemplazando con esa imagen

fascinadora de sí mismo a su persona real, tan pobre en voluntad y tan rica en vanidad, termina decretando su apoteosis en estos términos tan claros y sencillos que para él, contienen todo un mundo de placeres abominables: «*¡Soy el más virtuoso de los hombres!*».

¿No os hace recordar esto a Juan Jacobo, quien, también después de confesarse ante el universo, no sin cierto deleite, se atrevió a lanzar el mismo grito de triunfo (o por lo menos la diferencia es muy pequeña) con la misma sinceridad e idéntica convicción? El entusiasmo con que admiraba la virtud, la ternura nerviosa que le llenaba de lágrimas los ojos a la vista de una

acción bella o al pensar en todos los actos bellos que habría deseado realizar, bastaban para darle una idea superlativa de su valor moral. Juan Jacobo se había embriagado sin hachís.

¿Seguiré analizando esta monomanía victoriosa? ¿Explicaré cómo, bajo el imperio del veneno, mi hombre se siente pronto el centro del universo? ¿Cómo termina siendo la expresión viviente y exagerada del proverbio que dice que la pasión relaciona todo con ella? Cree en su virtud y en su genio; ¿no se barrunta el final? Todos los objetos circundantes son otras tantas sugerencias que agitan en él un mundo de pensamientos, todos más coloreados, más vivientes y más

sutiles que nunca y que están revestidos con un barniz mágico. «Esas ciudades magníficas —se dice— donde los soberbios edificios se escalonan como en las decoraciones, esos bellos navíos acunados por las aguas de la rada en un ocio nostálgico y que parecen expresar nuestro pensamiento: ¿Cuándo vamos a zarpar hacia la felicidad? esos museos que rebosan de bellas formas y colores embriagadores, esas bibliotecas donde se acumulan las obras de la Ciencia y las fantasías de la Musa, esos instrumentos reunidos que hablan con una sola voz, esas mujeres hechiceras que hacen todavía más encantadoras la ciencia del atavío y la moderación de la

mirada: todas esas cosas han sido creadas *¡para mí, para mí, para mí!* Para mí la humanidad ha trabajado y ha sido martirizada e inmolada, para servir de pasto, de *pabulum*, a mi implacable apetito de emoción, de conocimiento y de belleza». Salto y abrevio. A nadie sorprenderá que un pensamiento supremo y definitivo surja de la cabeza del soñador: «*¡Me he convertido en Dios!*», que un grito salvaje y ardoroso irrumpa de su pecho con una energía tal, con tal fuerza de proyección que, si las voluntades y las creencias de un hombre ebrio tuviesen una virtud eficaz, ese grito derribaría a los ángeles esparcidos por los caminos del cielo: «*¡Soy un*

Dios!»). Pero pronto ese huracán de orgullo se transforma en una temperatura de beatitud tranquila, muda y reposada y la universalidad de los seres se presenta coloreada y como iluminada por una aurora azufrada. Si por casualidad se desliza por la mente de ese bienaventurado lamentable, la vaga idea: «¿No habrá otro Dios?», estad seguros de que se erguirá ante el otro, discutirá sus voluntades y le enfrentará sin miedo. ¿Quién es el filósofo francés que para burlarse de las doctrinas alemanas modernas decía: «Soy un dios que ha comido mal?». Esa ironía no afectaría a un hombre exaltado por el hachís, quien replicaría tranquilamente:

«Es posible que haya comido mal, pero yo soy un Dios».

V. Moraleja

¡Pero el día siguiente! ¡El terrible día siguiente! Todos los órganos relajados, cansados, los nervios aflojados, los cosquilleantes deseos de llorar, la imposibilidad de dedicarse a un trabajo seguido, cruelmente os enseñan que habéis intervenido en un juego prohibido. La horrible naturaleza, despojada de su iluminación de la víspera, se asemeja a los melancólicos

restos de una fiesta. La voluntad, la más preciosa de todas las facultades es la más afectada. Se dice, y es casi cierto, que esa droga no causa daño físico alguno, ninguna enfermedad grave por lo menos. ¿Pero se puede afirmar que un hombre incapaz de actuar y apto sólo para soñar, se encuentra bien en verdad aunque todos sus miembros se hallen en buen estado? Ahora bien, conocemos la naturaleza humana lo bastante para saber que un hombre que con una cucharada de dulce se puede procurar instantáneamente todos los bienes del cielo y de la tierra jamás conseguiría la milésima parte de ellos por medio del trabajo. ¿Se imagina un Estado donde

todos los ciudadanos se embriagaran con el hachís? ¡Qué ciudadanos, qué guerreros, qué legisladores! Inclusive en Oriente, donde su empleo está tan difundido, hay gobiernos que han comprendido la necesidad de proscribirlo. En efecto, le está prohibido al hombre, bajo pena de decadencia y muerte intelectual, cambiar las condiciones primordiales de su existencia y alterar el equilibrio de sus facultades de los ámbitos donde están destinadas a funcionar; en resumen, trastornar su destino para sustituirlo por una fatalidad de un nuevo género. Acordémonos de Melmoth, ese emblema admirable: su sufrimiento espantoso se

debe a la desproporción entre sus maravillosas facultades, adquiridas instantáneamente mediante un pacto satánico y el medio ambiente en el cual, como criatura de Dios, está condenado a vivir. Y ninguno de los que desearía seducir consiente en comprarle, en las mismas condiciones, su terrible privilegio. Porque vende su alma, en efecto, todo aquel que no acepta las condiciones que le impone la vida. Es fácil comprender la relación que existe entre las creaciones satánicas del poeta y los seres vivientes aficionados a los estimulantes. El hombre ha querido ser Dios y he ahí que, muy pronto, en virtud de una ley moral incontrolable, ha caído

por debajo de su índole real. Es un alma que se vende al menudeo.

Balzac pensaba, sin duda, que no existe para el hombre una vergüenza más grande ni un sufrimiento más vivo que la abdicación de su voluntad. Una vez lo vi en una reunión donde se trataba de los prodigiosos efectos del hachís. Escuchaba e interrogaba con una atención y una vivacidad divertidas. Las personas que lo conocían se daban cuenta de que su interés tenía que ser muy grande. Pero la idea de pensar contra su voluntad le escandalizaba vivamente. Le ofrecieron dawamesk y él lo examinó, lo olió y lo devolvió sin tocarlo. La lucha entre su curiosidad

casi infantil y su renuencia a abdicar, se revelaba de manera patente en su rostro expresivo. Venció el amor a la dignidad. Difícil es, en efecto, imaginarse al teórico de la *voluntad*, al gemelo espiritual de Louis Lambert, consintiendo en perder una porción de tan preciosa *sustancia*.

No obstante los admirables servicios que han prestado el éter y el cloroformo, me parece que desde el punto de vista de la filosofía espiritual, la misma deshonra moral se aplica a todos los inventos modernos que tienden a disminuir la libertad humana y el indispensable sufrimiento. No sin cierta admiración escuché en una oportunidad

la paradoja de un oficial que me relató la operación, muy cruel, practicada a un general francés en El-Aghouat y a consecuencia de la cual murió, no obstante el cloroformo. El general era hombre muy valiente e inclusive algo más: era una de esas almas a las que se aplica naturalmente la palabra caballeresca. «No era cloroformo —me dijo— lo que necesitaba, sino la mirada del ejército entero y la música de todos los regimientos. ¡Tal vez así se habría salvado!». El cirujano no opinaba lo mismo que el oficial, pero sin duda el capellán habría admirado sus sentimientos.

Es verdaderamente superfluo

después de todas estas consideraciones, insistir en el carácter inmoral del hachís. Que se lo compare con el suicidio, con un suicidio lento, con un arma siempre ensangrentada y afilada, no lo podrá censurar ninguna persona razonable. Si lo comparo con la hechicería, con la magia que, al actuar sobre la materia misteriosamente, la falsedad o la eficacia de los cuales nada prueba, quieren conquistar un dominio prohibido para el hombre o permitido únicamente al que es juzgado digno de él, ninguna alma filosófica censurará esa comparación. Si la Iglesia condena la magia y la hechicería es porque ambas militan contra las intenciones de Dios,

es porque ambas suprimen el trabajo del tiempo y quieren hacer superfluos los requisitos de pureza y moralidad y porque ella, la Iglesia, no considera legítimos y auténticos sino, solamente, los tesoros conquistados con la buena intención asidua. Si llamamos tramposo al jugador que ha dado con la manera de jugar a punto fijo ¿cómo llamaremos al hombre que desea comprar la felicidad y el genio con un poco de dinero? La infalibilidad misma del medio es lo que constituye su inmoralidad, así como la supuesta infalibilidad de la magia es lo que le impone ese estigma infernal. ¿Agregaré que el hachís, como todos los goces solitarios, hace al individuo inútil

para los hombres, y a la sociedad superflua para el individuo, pues le impulsa a admirarse sin cesar a sí mismo y le precipita, día a día, hacia el abismo luminoso donde admira su rostro de Narciso?

¿Y, si aun a costa de su dignidad, su honestidad y su libre albedrío, el hombre pudiera obtener del hachís grandes beneficios espirituales, y convertirse en una especie de máquina pensante, en una especie de instrumento fecundo? Es una pregunta que he oído formular con frecuencia y a la que respondo, ante todo, como ya he explicado largamente: el hachís no le revela al individuo sino el individuo

mismo. Es cierto que este individuo está, por decirlo así, elevado al cubo y llevado al extremo, y como también es cierto que el recuerdo de las impresiones sobrevive a la orgía, la esperanza de esos *utilitarios* no parece, a primera vista, desprovista de razón por completo. Pero yo les rogaría que observaran que las ideas de las que esperan sacar tanto provecho no son realmente tan bellas como parecen con sus disfraces momentáneos y revestidas con oropeles mágicos. Corresponden, más que al cielo, a la tierra y deben gran parte de su belleza a la agitación nerviosa, a la avidez con que la mente se arroja sobre ellas. Además, esta

esperanza es un círculo vicioso; admitamos por un instante que el hachís otorga el genio o, por lo menos, lo aumenta; olvidemos que el hachís, por naturaleza, disminuye la voluntad y, de este modo, otorga por un lado lo que quita por otro, es decir, la imaginación sin la facultad de aprovecharla. Finalmente hay que pensar, aun suponiendo un hombre lo bastante hábil y vigoroso para poder sustraerse a tal alternativa, en un peligro más, fatal y terrible: el peligro de los hábitos adquiridos. Todos ellos se transforman pronto en necesidades. El que apela a un veneno *para* pensar no podrá al cabo de poco tiempo pensar sin ese veneno. ¿Se

imagina la suerte espantosa de un hombre cuya imaginación paralizada no podría funcionar ya sin la ayuda del hachís o del opio?

En los estudios filosóficos el espíritu humano, imitando la marcha de los astros, debe seguir una curva que lo lleva de vuelta al punto de partida. Concluir es cerrar un círculo. Al comienzo he hablado de ese estado maravilloso al que la mente del hombre se ve a veces arrojada como por una gracia especial. Dije que, al aspirar sin cesar a reanimar sus esperanzas y a elevarse hacia el infinito, manifestaba en todos los países y en todas las épocas, una afición frenética a todas las

sustancias peligrosas que, al exaltar su personalidad, podían presentar un instante ante sus ojos ese paraíso de ocasión, objeto de todos sus deseos y, en fin, que ese espíritu temerario que lo puede llevar, sin que él lo sepa, hasta el infierno, atestiguaba su grandeza original de ese modo. Pero el hombre no está tan abandonado, tan privado de recursos honestos para ganar el cielo que se vea obligado a invocar la hechicería y la farmacia; no necesita vender su alma para pagar las caricias embriagadoras y la amistad de las huríes. ¿Qué es un paraíso, comprado al precio de la salvación eterna? Yo me imagino a un hombre (¿diré un brahmán,

un poeta o un filósofo cristiano?) en el Olimpo escarpado de la espiritualidad; rodeado por las Musas de Rafael o de Mantegna que, con el fin de consolarle de sus largos ayunos y sus asiduas plegarias, combinan las danzas más nobles, le miran con los ojos más bondadosos y las sonrisas más brillantes y el Apolo divino, ese maestro de la sabiduría (el de Francavilla, el de Durero, el de Goltzius o cualquier otro, ¿qué importa? ¿Acaso no hay un Apolo para todo el que lo merece?) que acaricia con el arco sus cuerdas más vibrantes y debajo de él, al pie de la montaña, entre los espinos y el lodo, la turba de los humanos, la banda de los

ilotas, simulando las muecas del deleite y lanzando los alaridos que le arranca la mordedura del veneno; y el poeta contristado se dice: «Estos infortunados que no han ayunado ni rezado y que han rechazado la redención por el trabajo, piden a la magia negra los medios de elevarse, de pronto, a la existencia sobrenatural. La magia les engaña y enciende para ellos una dicha falsa y una luz ficticia, en tanto que nosotros, poetas y filósofos, hemos regenerado nuestra alma con la contemplación y el trabajo continuo; mediante el ejercicio constante de nuestra voluntad y la nobleza permanente de la intención, hemos creado para nuestro uso un jardín de

auténtica belleza. Confiando en el dicho: la fe transporta las montañas ¡hemos realizado el único milagro para el cual Dios nos otorgó el permiso!».

Un opiómano

I. Precauciones oratorias

«¡Oh justo, sutil y poderoso opio! ¡Tú, que en el pecho del pobre lo mismo que en el del rico, para las heridas que jamás cicatrizan y para las angustias que hacen rebelarse al espíritu, viertes un bálsamo calmante; tú, opio elocuente, que con tu retórica potente desarmas las decisiones de la ira y durante una noche devuelves al culpable las esperanzas de la adolescencia y sus antiguas manos no manchadas con sangre; que al hombre

vanidoso le otorgas un pasajero olvido

*de las culpas no reparadas y
los insultos no vengados;*

que citas a los falsos testigos ante el tribunal de los sueños, para el triunfo de la inocencia inmolada; que dejas confundido al perjuro; que anulas las sentencias de los jueces inicuos! Tú edificas en el seno de las tinieblas, con los imaginarios materiales del cerebro, con un arte más profundo que Fidias y Praxiteles, templos y ciudades que, en esplendor, superan a Babilonia y Hecatómpilos y del caos de un sueño

poblado de visiones haces que a la luz del sol surjan los rostros de las bellezas desde hace largo tiempo enterradas y las fisonomías familiares y bendecidas exentas de los ultrajes de la tumba. Sólo tú das al hombre esos tesoros y posees las llaves del paraíso, ¡oh justo, sutil y poderoso opio!».

Pero antes de que el autor haya encontrado la audacia necesaria para lanzar, en honor de su amado opio, ese grito violento como el agradecimiento del amor, ¡cuántas artimañas, cuántas precauciones oratorias! Ante todo, es el alegato eterno que quienes deben hacer confesiones comprometedoras, casi decididos no obstante, a complacerse

con ellas:

«Gracias a la aplicación que he puesto en ellas, confío en que estas memorias no serán simplemente interesantes, sino también, en grado considerable, útiles e instructivas. Con esa esperanza las he escrito, y ésa será mi excusa por haber violado esa deliciosa y honorable reserva que, a la mayoría de nosotros, impide una exhibición pública de nuestros propios errores y flaquezas. Nada, en verdad, más adecuado para irritar la sensatez inglesa que el espectáculo de un ser humano que impone a nuestra atención sus cicatrices y sus llagas morales y que arranca la púdica vestimenta con que el

tiempo, o la indulgencia con la humana fragilidad ha consentido en revestirlas».

En efecto, añade el autor, el crimen y la miseria se alejan generalmente a la mirada pública, e inclusive en los cementerios, se apartan de las personas corrientes, como si renunciasen humildemente a todos los derechos de compañerismo con la familia humana. Pero en el caso del *opiómano* no hay delito, sino sólo debilidad, y una debilidad que se excusa muy fácilmente, como una biografía preliminar va a demostrarlo. Por otra parte, el beneficio que pueden obtener otros de las notas de una experiencia comprada a tan alto precio, puede compensar ampliamente la

violencia de que el pudor moral es objeto y crear una excepción legítima.

En este prólogo dirigido al lector encontramos algunas informaciones sobre la multitud misteriosa de los opiómanos, esa nación contemplativa, perdida en el seno de la nación activa. Son numerosos, y más de lo que se cree. Son profesores, filósofos, un lord situado en el cargo más alto, un subsecretario de Estado; si casos tan numerosos pertenecientes a la clase social más elevada, han llegado sin haber sido buscados, a conocimiento de un solo individuo ¡qué espantosa estadística se podría trazar de la población entera de Inglaterra! Tres

farmacéuticos de Londres, de barrios sin embargo apartados, afirman (en 1821) que el número de los *aficionados* al opio es inmenso y que la dificultad de distinguir a las personas que han hecho de él una especie de dieta de las que quieren procurárselo con una intención culpable, es para ellos una fuente cotidiana de engorros. Pero el opio ha descendido a visitar los limbos de la sociedad y, en Manchester en la tarde del sábado, los mostradores de las droguerías están cubiertos de píldoras preparadas en previsión de las demandas de la noche. Para los obreros de las fábricas es el opio una voluptuosidad económica, pues la rebaja

de los salarios puede hacer de la cerveza y las bebidas espirituosas una orgía costosa. Pero no creáis que cuando aumente el salario los obreros ingleses abandonarán el opio para volver a los groseros placeres del alcohol. La fascinación ha actuado, la voluntad está domada y el recuerdo del goce ejercerá su tiranía eterna.

Si naturalezas groseras y embrutecidas por un trabajo diario y sin encanto pueden hallar amplios consuelo en el opio, ¿cuál será, pues, su efecto en una mente aguda e ilustrada, en una imaginación ardiente y cultivada, sobre todo si prematuramente la ha labrado el dolor fertilizante; en un cerebro marcado

por la ilusión fatal, *touched with pensiveness* para emplear la asombrosa expresión de mi autor? Tal es el tema del libro maravilloso que desenrollaré como un tapiz fantástico ante los ojos del lector. Resumiré mucho, sin duda. De Quincey es esencialmente digresivo; la expresión *humourist* se le puede aplicar más adecuadamente que a cualquier otro autor. En un lugar compara su pensamiento con un tirso, simple vara que debe todo su aspecto y su encanto al complicado follaje que la envuelve. Para que el lector nada pierda de los cuadros conmovedores que componen la esencia del volumen y, como es limitado el espacio de que

dispongo, me veré, con gran pesar, obligado a suprimir numerosos episodios muy amenos y muchas disertaciones exquisitas que no se relacionan directamente con el opio, sino que tienen simplemente por objeto *ilustrar* el carácter del opiómano. Sin embargo, es el libro lo bastante vigoroso para hacerse entrever inclusive bajo una envoltura tan sucinta, hasta como un simple extracto.

La obra (Confessions of an English opiume-ater, being an extract from the life of a scholar) se divide en dos partes: una se titula Confesiones y la otra, que es su complemento, Suspiria de profundis. Cada una consta a su vez

de varias subdivisiones, algunas de las cuales omitiré porque son como corolarios o apéndices. La división de la primera parte es muy sencilla y lógica, pues se deriva del tema mismo del libro: *Confesiones preliminares*, *Voluptuosidad del opio* y *Torturas del opio*. Las *Confesiones preliminares*, de las que trataré con alguna extensión, tienen un objetivo fácil de adivinar. El personaje debe ser conocido y hacerse amar y apreciar por el lector. El autor, quien se propone interesar fuertemente la atención con un tema al parecer tan monótono como la descripción de una embriaguez, desea vivamente mostrar hasta qué punto se le debe excusar;

quiere crearse una simpatía con la que se beneficiará toda su obra. En fin, y es esto muy importante, el relato de ciertos episodios, tal vez en sí mismos vulgares, pero graves y serios en razón de la sensibilidad de quien los ha soportado se transforma, para decirlo así, en la clave de las visiones y sensaciones extraordinarias que asediarán más tarde a su cerebro. Más de un viejo, inclinado sobre una mesa de taberna, vuelve a verse a sí mismo en un ambiente ya desaparecido y su embriaguez no es otra cosa que su juventud desvanecida. Asimismo, los sucesos que relatan las *Confesiones* usurparán un papel importante en las visiones posteriores.

Resucitarán como esos sueños que no son sino los recuerdos deformados o transfigurados de las obsesiones de un día laborioso.

II. Confesiones preliminares

No, no fue para la búsqueda de una voluptuosidad culpable y perezosa para lo que comenzó a emplear el opio sino, sencillamente, para aplacar las torturas estomacales nacidas de la costumbre cruel del hambre. Esas angustias del hambre datan de su juventud y a la edad de veinticinco años es cuando el mal y

el remedio aparecen por primera vez en su vida, tras un período bastante largo de felicidad, seguridad y bienestar. En qué circunstancias se produjeron esas angustias fatales, es lo que se va a ver.

El futuro opiómano tenía siete años cuando murió su padre dejándolo a cargo de unos tutores que le hicieron recibir su primera enseñanza en diversas escuelas. Muy pronto se distinguió por sus aptitudes literarias, particularmente por su conocimiento prematuro de la lengua griega. A los trece años escribía en griego, y a los quince no sólo podía componer versos griegos en metros líricos, sino también conversar en griego con fluidez y sin embarazo, facultad que

debía a la costumbre diaria de improvisar en griego la traducción de periódicos ingleses. La necesidad de encontrar en su memoria y en su imaginación muchas perífrasis para expresar en un idioma muerto imágenes e ideas absolutamente modernas le creó un diccionario siempre a mano, mucho más complejo y extenso que el que crea el vulgar estudio paciente de los temas exclusivamente literarios. «Ese muchacho —decía uno de los maestros señalándolo a un forastero— podría arengar a una multitud ateniense mucho mejor que usted y yo a una multitud inglesa». Por desgracia, nuestro precoz helenista fue arrebatado a ese maestro

excelente y, después de pasar por las manos de un tosco pedagogo que temblaba constantemente por temor a que el niño corrigiese su ignorancia, lo pusieron a cargo de un profesor bueno y sólido que pecaba asimismo por falta de elegancia y en nada recordaba la erudición ardiente y chispeante del primero. Mala cosa es que un niño pueda juzgar a sus maestros y colocarse por encima de ellos. Traducían a Sófocles, y antes de la apertura de la clase el profesor celoso, el *archididascalus*, se preparaba con una gramática y un léxico para la lectura de los coros, purgando su lección de antemano de todas las vacilaciones y

dificultades. Entretanto, el muchacho (casi tenía ya diecisiete años) quería ardientemente ir a la Universidad, pero a ese respecto importunaba en vano a sus tutores. Uno de ellos, hombre excelente y razonable, residía muy lejos. De los tres restantes, dos habían depositado toda su autoridad en el cuarto, y éste se nos describe como el mentor más tozudo del mundo y el más enamorado de su propia voluntad. Nuestro joven aventurero toma una gran decisión: se escapará de la escuela. Escribe a una mujer excelente y encantadora, sin duda amiga de su familia, la que de niño solía sentarlo en sus rodillas, para pedirle que le enviara

cinco guineas. Una respuesta llena de gracia maternal llega pronto con el doble de la suma pedida. Su bolsa de escolar contenía todavía dos guineas, y doce guineas representan una fortuna infinita para un niño que ignora las necesidades cotidianas de la vida. Ya sólo se trata de ejecutar la fuga. El pasaje siguiente es de los que no puedo resignarme a abreviar. Por lo demás, conviene que de vez en cuando el lector pueda saborear por sí mismo el estilo vivaz y *femenino* del autor.

«El doctor Johnson hace una observación muy justa (y llena de sentimiento, lo que por desgracia no se puede decir de todas sus observaciones)

y es que jamás hacemos a sabiendas por vez última, sin tristeza en el corazón, lo que hemos tenido la costumbre de hacer durante largo tiempo. Yo sentí profundamente esta verdad cuando tuve que dejar un lugar que no amaba y donde no había sido dichoso. La tarde anterior al día en que debía huir de allí para siempre oí con tristeza resonar en la vieja y alta sala de la clase la oración vespertina, pues la oía por última vez; y llegada la noche, cuando se pasó lista y, como de costumbre, se pronunció en el primer lugar mi nombre, me adelanté y, al pasar por delante del director que se hallaba presente, le saludé, le miré curiosamente en el rostro y pensé para

mis adentros: “Está viejo y enclenque y no lo volveré a ver en este mundo”. Yo estaba en lo cierto, porque no he vuelto a verlo ni volveré a verlo nunca. Él me miró con complacencia, con una buena sonrisa, me devolvió el saludo, o más bien mi despedida, y nos separamos para siempre sin que él lo sospechara. Yo no podía sentir un profundo respeto por su inteligencia, pero se había mostrado siempre muy bueno conmigo, me había concedido numerosos favores, y yo sufría pensando en la mortificación que iba a infligirle.

»Y llegó la mañana en la que me debía lanzar al mar del mundo, mañana de la que toda mi vida subsiguiente ha

tomado su color en gran parte. Me alojaba en la casa del director y desde mi llegada había conseguido el favor de una habitación privada, que me servía igualmente de dormitorio y de gabinete de trabajo. A las tres y media me levanté y contemplé con profunda emoción las antiguas torres de... adornadas con los primeros fulgores y que empezaban a empurpurarse con el resplandor radiante de una mañana de junio sin nubes. Me sentía firme e inquebrantable en mi propósito, pero me turbaba, no obstante, una vaga aprensión de engorros y de peligros inciertos. Y si hubiera podido prever la tormenta, la verdadera granizada de angustia que iba a

descargarse sobre mí poco después, me habría sentido con razón más inquieto. La profunda paz de la mañana hacía con mi inquietud un contraste enternecedor y le servía casi de medicina. El silencio era mayor que a medianoche, y el silencio de una mañana de verano me conmueve más que todo otro silencio, porque la luz, aunque amplia y fuerte, como la del mediodía en las otras estaciones del año, parece diferir de la del pleno día, sobre todo en que el hombre no ha salido aún de casa; y así la paz de la naturaleza y de las inocentes criaturas de Dios parece profunda y segura, mientras la presencia del hombre, con su espíritu inquieto e

inestable, no venga a perturbar su santidad. Me vestí, tomé el sombrero y los guantes y me entretuve algún tiempo en la habitación. Desde hacía año y medio esa habitación había sido la ciudadela de mi pensamiento; allí había leído y estudiado durante las largas horas de la noche y aunque, a decir verdad, en la parte final de ese período, yo, que había nacido para el amor y los afectos tiernos, había perdido mi alegría y mi dicha en el febril combate sostenido con mi tutor, por otro lado, no obstante, un joven como yo, amante de los libros, entregado a las investigaciones del espíritu, no podía dejar de haber gozado de algunas horas

gratas aun en medio del desaliento. Lloré mirando a mi alrededor el sillón, la chimenea, el escritorio y los otros objetos familiares que estaba muy seguro no volvería a ver. Desde entonces hasta el momento en que trazo estas líneas han pasado dieciocho años y, sin embargo, en este mismo instante veo muy claramente, como si fuese ayer, el contorno y la expresión del objeto en el que había fijado mi mirada de despedida; era un retrato de la encantadora...^[4] que se hallaba colgado sobre la chimenea, y cuyos ojos y boca eran tan bellos y el rostro tan radiante de bondad y de calma divina, que mil veces había dejado caer la pluma o el libro

para pedir consuelos a su imagen, como un devoto a su santo patrono. Mientras la contemplaba con arrobó, la profunda voz del reloj proclamó que eran las cuatro. Me elevé hasta el retrato, le di un beso, salí silenciosamente y cerré la puerta para siempre.

»Las ocasiones para la risa y las lágrimas se entrelazan y mezclan tan bien en esta vida que no puedo recordar sin sonreírme, un incidente que se produjo entonces y estuvo a punto de impedirme la inmediata ejecución de mi plan. Tenía una valija muy pesada que, además de mis ropas, contenía casi toda mi biblioteca. La dificultad consistía en llevarla hasta una cochería. Mi

habitación se hallaba a una altura aérea, pero lo peor era que la escalera que conducía a aquel lado del edificio terminaba en un corredor que pasaba por delante de la puerta de la habitación del director. Me adoraban todos los sirvientes, y como sabía que cualquiera de ellos se apresuraría a servirme secretamente, confié mi dificultad a un criado del director. Juró que haría todo lo que quisiera, y cuando llegó el momento subió por la escalera para llevar la valija. Mucho temía yo que aquello superase las fuerzas de un solo hombre, pero aquel *groom* era un mocetón dotado

*con los hombros de un Atlas,
hechos para
sostener el peso de las
monarquías más fornidas*

y tenía una espalda tan ancha como las llanuras de Salisbury. Se empeñó, pues, en transportar él solo la valija, mientras yo le esperaba ansiosamente en la planta baja. Durante un rato oí que descendía con paso firme y lento; mas desgraciadamente, a causa de su inquietud, en el instante en que se acercaba al lugar peligroso, se le resbaló el pie a unos pasos del corredor, y la pesada carga, al caer de sus hombros, adquirió tal velocidad de

descenso en cada peldaño de la escalera, que al llegar abajo rodó, o más bien saltó directamente, con estruendo infernal, contra la puerta del dormitorio del *archididascalus*. Fue mi primera impresión de que todo estaba perdido y que la única posibilidad que me quedaba de realizar la retirada era sacrificar el equipaje. Sin embargo, un momento de reflexión me decidió a esperar el final de la aventura. El *groom* estaba tan aterrado por él como por mí, mas a pesar de todo, la sensación de lo cómico se había apoderado de su mente tan irresistiblemente durante ese desdichado contratiempo que soltó una carcajada, pero una carcajada prolongada,

aturdidora, a todo vuelo, que habría despertado a los *Siete Durmientes*. A los sonos de esa música alegre, que resonaba en los oídos mismos de la autoridad así insultada, no pude menos de agregar la mía, no tanto a causa de la infausta *travesura* de la valija, sino del efecto nervioso producido en el *groom*. Ambos esperábamos, muy naturalmente, ver al doctor abalanzarse fuera de su habitación pues, en general, si oía que se movía un ratón, saltaba como un mastín fuera de su caseta. Cosa extraña, en aquella ocasión, cuando cesaron nuestras carcajadas, no se oyó en la habitación ruido alguno, ni siquiera un rozamiento. El doctor padecía de una

enfermedad dolorosa que a veces lo mantenía despierto, pero que quizá cuando conseguía amodorrarse le hacía dormir más profundamente. Alentado por aquel silencio, el *groom* volvió a ponerse la valija en los hombros y siguió descendiendo sin accidente alguno. Esperé hasta ver la valija en una carretilla y en camino hacia el coche. Entonces, sin más guía que la Providencia, partí a pie, llevando bajo el brazo el paquetito con algunos objetos de lavabo, un poeta inglés favorito en el bolsillo, y en el otro un pequeño volumen en dozavo que contenía unas nueve piezas de Eurípides».

Nuestro escolar había acariciado la

idea de dirigirse a Westmoreland pero un accidente que no explica cambió su itinerario y lo lanzó a las Galias del Norte. Después de haber errado durante algún tiempo por el Denbighshire, el Merionethshire y el Caernarvonshire, se instaló en una casita de B... muy adecuada, pero no tardó en arrojarlo de allí un incidente en el que su orgullo juvenil se sintió herido de la manera más cómica. Había servido su patrona en casa de un obispo, ya como gobernanta o ya como niñera. La soberbia desaforada del clero inglés se infiltra generalmente, no tan sólo en los hijos de los dignatarios, sino también en sus servidores. En una ciudad pequeña

como B... el hecho de haber servido a la familia de un obispo bastaba evidentemente para conferir una especie de distinción, de modo que la buena señora no tenía sin cesar en la boca sino frases como ésta: «Milord hacía esto, milord hacía aquello, milord era indispensable en el Parlamento, indispensable en Oxford...». Tal vez le pareció a ella que el muchacho no escuchaba sus palabras con la reverencia suficiente. Un día fue la dama a saludar al obispo y su familia y el obispo le interrogó sobre sus actividades. Al saber que ella había alquilado su departamento, el muy digno prelado cuidó de recomendarle que se

mostrara exigente en la elección de sus inquilinos. «Betty —le dijo—, recuerde que ese lugar está situado en el camino real que lleva a la capital, de modo que verosímilmente debe servir de etapa a una multitud de estafadores irlandeses que huyen de sus acreedores de Inglaterra y de estafadores ingleses que han contraído deudas en la isla de Man». Y la buena señora, al contar con orgullo su entrevista con el obispo, no dejó de agregar su respuesta: «Oh, milord, yo no creo realmente que ese caballero es un estafador, puesto que...». «¡Usted no cree que soy un estafador! —exclamó el joven escolar, exasperado—. En adelante voy a ahorrarle el trabajo de

tener que pensar en esas cosas». Y se dispuso a partir. La pobre patrona deseaba cantar la palinodia, pero como la ira inspiró al joven algunas expresiones poco respetuosas para el señor obispo, toda reconciliación se hizo imposible. «Yo estaba —dice— verdaderamente indignado por esa facilidad con que el obispo podía calumniar a una persona que nunca había visto y sentí ganas de hacerle saber en griego lo que pensaba al respecto, lo que, proporcionando una presunción en favor de mi honestidad, obligaría al mismo tiempo al obispo (al menos yo lo esperaba) a contestarme en el mismo idioma, caso en el que no dudaba que se

pondría de manifiesto que si no era tan rico como Su Señoría, era yo un helenista mucho mejor que él. Ideas más saludables anularon ese proyecto pueril...».

Se reanuda su vida errante; pero de posada en posada no tarda en encontrarse despojado de su dinero. Durante quince días se ve obligado a contentarse con un solo plato diario. El ejercicio y el aire de las montañas, que actúan con mucha fuerza en un estómago joven, hacen que ese magro régimen le sea muy doloroso, pues esa comida única consiste en café o té. Por fin el té y el café se hacen un lujo imposible y durante toda su estada en Gales se

alimenta, únicamente, de moras y bayas de agavanzo. De vez en cuando una buena hospitalidad interrumpe como una fiesta esa dieta de anacoreta y paga esa hospitalidad, generalmente, con pequeños servicios de memorialista. Desempeña el oficio de secretario para los campesinos con parientes en Londres o Liverpool, pero con más frecuencia son cartas amorosas que las muchachas, que han sido sirvientas en Sherewsbury o en otra ciudad cualquiera de la costa británica, le encargan que redacte para los enamorados que dejaron allá. Hay inclusive un episodio de este género que tiene un carácter conmovedor. En un lugar lejano de Marionethshire, en Lian

y Stindwr, se aloja durante poco más de tres días en casa de unos jóvenes que lo tratan con una cordialidad encantadora: cuatro hermanas y tres hermanos que hablan todos inglés y están dotados con un elegancia y una belleza innatas enteramente raras. Él redacta una carta para uno de los hermanos, quien, habiendo servido en un barco de guerra, desea reclamar su parte de la presa y, más secretamente, dos cartas amorosas para dos de las cuatro hermanas. Esas criaturas ingenuas, con su candor, su distinción innata y sus rubores públicos, hacen pensar, cuando dictan sus instrucciones, en las gracias delicadas y límpidas de los libros de estampas

navideñas. Cumple tan bien su cometido que las blancas muchachas se quedan admiradas viendo cómo ha sabido conciliar las exigencias de su pudor altivo con su ansia secreta de decir las cosas más amables. Pero una mañana advierte una conmoción extraña, como de aflicción: es que regresan los ancianos padres, personas austeras y gruñonas que se habían marchado para asistir en Caernarvon a una reunión anual de metodistas. Todas las frases que el joven les dirige, obtienen esta sola respuesta: «*Dym Sassenach (no English)*». «Pese a todo lo que los jóvenes podían decir en mi favor, comprendí fácilmente que mi talento

para escribir cartas de amor sería para aquellos graves metodistas sexagenarios una recomendación tan pobre, como mis versos sáficos o alcaicos». Y temiendo que la graciosa hospitalidad que le habían ofrecido los jóvenes se transformase en cruel caridad en el ánimo de aquellos rudos ancianos, reanuda su singular peregrinaje.

El autor no nos dice por qué medios ingeniosos consiguió, no obstante su pobreza, transportarse hasta Londres. Pero allí la miseria es tan grande que se convierte en un padecimiento terrible, casi una agonía cotidiana. Imagínense dieciséis semanas seguidas de torturas causadas por un hambre permanente,

apenas aliviadas por algunas migas de pan hurtadas sutilmente de la mesa de un hombre de quien tendremos que hablar inmediatamente, dos meses durmiendo en campo raso y además, con el sueño corrompido por angustias y sobresaltos intermitentes. Esa aventura de muchacho le costaba en verdad muy cara. Pero cuando llegó a la estación inclemente, como para aumentar sus sufrimientos que parecían no poder agravarse, tuvo la suerte de encontrar un refugio ¡pero qué refugio! El hombre cuya comida presenciaba y a quien hurtaba las cortezas de pan, creía que el joven estaba enfermo e ignoraba que carecía absolutamente de todo, por lo que le

permitió que durmiera en una gran casa desocupada de la que era inquilino. No tenía más muebles que una mesa y algunas pocas sillas; era aquello un desierto polvoriento en el que pululaban las ratas. En esa desolación habitaba, no obstante, una pobre niña, no idiota pero simple y ni linda por cierto, como de unos diez años, a menos que le hubiera envejecido el rostro, muy prematuramente, el hambre que la roía.

¿Era sencillamente una sirvienta o la hija natural de aquel hombre? El autor aún lo ignora. La pobre abandonada se sintió muy dichosa cuando supo que, en adelante, tendría un compañero para las negras horas de la noche. La casa era

espaciosa y la ausencia de muebles y cortinas la hacía más sonora; la abundancia de ratas llenaba de rumores la escalera y las salas. Entre los sufrimientos corporales causados por el hambre y el frío, la desdichada niña había conseguido crearse un nuevo mal imaginario: ¡tenía miedo de los aparecidos! El joven prometió protegerla contra ellos y agregó chuscamente que era «toda la ayuda que podía ofrecerle». Y los dos seres, flacos, hambrientos, temblorosos, dormían en el suelo, con legajos de asuntos judiciales a la manera de almohada, sin más manta que un raído capote de soldado. Sin embargo, más

tarde descubrieron en la buhardilla la vieja funda de un diván, unos trapos y un trozo de alfombra que les dieron un poco más de abrigo. La pobre niña se apretaba contra él para calentarse y defenderse de sus enemigos del otro mundo. Cuando no estaba más enfermo que de costumbre la tomaba en sus brazos, y la niña, confortada por aquel contacto fraterno, se quedaba dormida, en tanto que el muchacho no podía lograrlo. Pues durante esos dos últimos meses de sufrimiento dormía mucho de día o caía, más bien, en somnolencias súbitas, malos sueños obsesos por pesadillas tumultuosas; se despertaba a cada instante y volvía a dormirse, pues

la angustia y el dolor interrumpían violentamente su sueño y el cansancio volvía a sumirlo en él irresistiblemente. ¿Qué persona nerviosa no conoce ese *sueño de perros*, como dice la lengua inglesa con su energía elíptica? Pues los dolores morales causan efectos análogos a los de los sufrimientos físicos, como el hambre. Uno se oye gemir a sí mismo y a veces su propia voz lo despierta; se ahueca y se contrae cada vez más el estómago, como una esponja oprimida por una mano fuerte; se encoge y levanta el diafragma, la respiración se interrumpe y la angustia va constantemente en aumento hasta que, encontrando un remedio en la intensidad

del dolor mismo, la naturaleza humana hace explosión en un grito y en un salto de todo el cuerpo que, finalmente, trae consigo una liberación violenta.

Entretanto, el dueño de la casa llegaba a veces súbitamente y muy temprano, y otras no aparecía. Se mantenía siempre alerta por temor a los alguaciles refinando el sistema de Cromwell y se acostaba cada noche en un barrio distinto, examinando, a través de un postigo, la cara de las personas que llamaban a la puerta; desayunaba únicamente con una taza de té y un panecillo o con unos bizcochos comprados en el camino, y nunca invitaba a nadie. Durante esa comida,

maravillosamente frugal, el joven encontraba sutilmente un pretexto para quedarse en la pieza y entablar conversación; luego con el aire más indiferente que podía adoptar, recogía las últimas migajas caídas bajo la mesa; aunque a veces no quedaba para él miga alguna, pues el otro había devorado hasta la última. A la niña jamás se le permitía entrar en el despacho del hombre, si se puede llamar así a un amontonamiento de papeles y pergaminos. A las seis, ese personaje misterioso se marchaba y cerraba su habitación. Tan pronto como llegaba por la mañana, la niña descendía para atenderlo. Y cuando comenzaba para el

hombre la hora de los negocios y el trabajo, el joven vagabundo salía a caminar sin rumbo o a sentarse en los parques o en cualquier otra parte. Por la noche volvía a su desolado albergue y al oír el aldabonazo la pequeña corría con paso tembloroso para abrirle la puerta.

Años más tarde, ya adulto, un 15 de agosto, día de su nacimiento, a las diez de la noche, el autor quiso lanzar una mirada al asilo de sus viejas miserias. A la luz refulgente de una hermosa sala vio a varias personas que tomaban té y que parecían todo lo felices que es posible serlo; es extraño el contraste con la oscuridad, el frío, la desolación y el silencio de aquella misma casa cuando

diez años antes albergaba a un estudiante hambriento y a una pobre muchacha abandonada. Posteriormente hizo algunos esfuerzos por encontrar las huellas de aquella pobre niña. ¿Ha seguido viviendo? ¿Ha llegado a ser madre? No pudo obtener información alguna. La amaba como su compañera de miseria, pues no era bonita ni agradable y ni siquiera era inteligente. No tenía más seducción que un rostro humano, la pura humanidad menoscabada a su expresión más pobre. Pero según ha dicho, creo que Robespierre, en su estilo de hielo ardiente, recocado y congelado como la abstracción misma, «El hombre jamás ve al hombre sin

complacerse con ello».

¿Pero quién era y qué hacía ese hombre, ese inquilino de costumbres tan misteriosas? Era uno de esos hombres de negocios como hay tantos en las grandes ciudades, envueltos en triquiñuelas complicadas que soslayan de algún modo las leyes y que durante un tiempo había puesto en suspenso su conciencia, a la espera de que una ocasión más próspera le permitiera recobrar el uso de aquel lujo molesto. Si lo hubiera querido, el autor, según dice, habría podido entretenernos vivamente a expensas del desdichado y contarnos escenas muy curiosas y algunos episodios impagables; pero prefiere

olvidarlo todo y recordar sólo una cosa: que aquel hombre, despreciable en otros aspectos, con él se había mostrado siempre complaciente, e incluso generoso, al menos en la medida en que podía. Exceptuando el santuario de su papelería, las otras habitaciones estaban a disposición de los dos niños, quienes todas las tardes podían, en consecuencia, elegir con amplitud su alojamiento y por las noches instalar su tienda donde mejor les pareciera.

Pero el joven contaba con otra amiga de la que debemos hablar ya. Para relatar dignamente este episodio debería hurtar, por decirlo así, una pluma de las alas de un ángel, tan casto me parece ese

cuadro, tan lleno de ingenuidad, gracia y misericordia. «Siempre —dice el autor— había tenido a mucha honra conversar familiarmente, *more socratico*, con todos los seres humanos, mujeres, hombres y niños, que el azar podía arrojar en mi camino, costumbre favorable para el conocimiento de la índole humana, los buenos sentimientos y los modales francos que convienen a un hombre que quiere merecer el título de filósofo. Pues no debe el filósofo mirar con los mismos ojos que ese pobre ser limitado que se llama a sí mismo *hombre de mundo* tan lleno de prejuicios estrechos y egoístas, sino que, por el contrario, debe considerarse

como un ser verdaderamente *católico*, en comunión e iguales relaciones con todo lo que está arriba y todo lo que está abajo, con la gente instruida y con la no educada, con los culpables y con los inocentes». Más tarde, entre los goces que le concede el opio generoso, veremos que se reproduce ese espíritu de caridad y de fraternidad universales, pero activado y aumentado por el genio particular de la embriaguez. En las calles de Londres, más aún que en el país de Gales, el estudiante emancipado era una especie de peripatético, un filósofo de la calle que sin cesar meditaba entre los torbellinos de la ciudad inmensa. Este episodio podría

parecer un poco extraño en páginas inglesas, pues, como ya se sabe, la literatura inglesa lleva la castidad a la gazmoñería, pero lo que es seguro es que ese mismo tema, apenas desflorado por una pluma francesa, se habría hecho rápidamente *shocking*, en tanto que en este caso sólo hay gracia y decencia. Para decirlo en dos palabras, nuestro joven errante había contraído una amistad platónica con una *peripatética* del amor. Pero Ana no es una de esas bellezas audaces y deslumbrantes cuyos ojos de diablo resplandecen a través de la niebla y que hacen de su descoco una aureola. Ana es una criatura muy sencilla, muy común, despojada,

abandonada, como son tantas otras y reducida a la abyección por la perfidia. Pero está revestida con esa gracia innombrable, con esa gracia de la debilidad y la bondad que Goethe sabía infundir a todas las hijas de su mente, y que ha hecho de su pequeña Margarita de manos enrojecidas, una criatura inmortal. ¡Cuántas veces, entre sus monótonas peregrinaciones por la interminable Oxford Street, entre el hormiguero de la urbe rebosante de actividad, el estudiante famélico exhortó a su desdichada amiga a implorar la ayuda de un juez contra el miserable que la había despojado, ofreciéndose a sostenerla con su testimonio y su

elocuencia! Ana era todavía más joven que él, pues tenía sólo dieciséis años. ¡Y cuántas veces le protegió la joven de los agentes policiales que querían echarlo de los portales donde se cobijaba! Una vez hizo más la pobre abandonada: se habían sentado ella y su amigo en la Soho-Square, en los peldaños de una casa por delante de la cual, según confiesa, no ha podido pasar de nuevo desde entonces sin sentir oprimido el pecho por el recuerdo de ese día. Se sentía más débil y enfermo que de costumbre, pero, apenas sentado, le pareció que su malestar empeoraba. Había apoyado la cabeza en el seno de su hermana en el infortunio y de pronto

se escapó de sus brazos y cayó boca arriba en los escalones de la puerta. Sin un estimulante vigoroso habría perecido, o al menos habría caído para siempre en un estado de invalidez irremediable. Y en esa crisis de su destino fue la criatura abandonada quien le tendió la mano salvadora, ella, que sólo había conocido en este mundo la afrenta y la injusticia. La joven gritó aterrada y, sin perder un segundo, corrió a la Oxford Street, de donde volvió casi inmediatamente con un vaso de oporto sazonado, cuya acción reparadora fue maravillosa para un estómago vacío que no habría soportado ningún alimento sólido. «¡Oh, mi joven bienhechora! ¡Cuántas veces en los años

siguientes, refugiado en lugares solitarios, y soñando contigo con el pecho transido de tristeza y de un amor sincero, cuántas veces he sentido el deseo de que la bendición de un pecho agradecido tuviese el privilegio y el poder sobrenatural que los antiguos atribuían a la maldición de un padre y que ejercía su efecto con el rigor seguro de una fatalidad! ¡Cuántas veces también he deseado que mi agradecimiento recibiera del cielo el poder de seguirte, obsederte, acecharte, sorprenderte, alcanzarte en las densas tinieblas de un tugurio de Londres o, si fuera posible, en las tinieblas mismas de la tumba, para despertarte allí con un mensaje

auténtico de paz y de perdones y de reconciliación definitiva!».

Hay que haber sufrido mucho para sentir de este modo, hay que tener uno de esos corazones a los que abre y ablanda la desgracia, al contrario de aquellos a los que cierra y endurece. El beduino civilizado aprende en el Sahara de las grandes ciudades muchos motivos de enternecimiento que desconoce el hombre cuya sensibilidad limitan siempre el *home* y la familia. En el b́aratro de las capitales hay, como en el desierto, algo que modifica y modela el corazón del hombre, que lo fortifica de otro modo, cuando no lo deprava y debilita hasta la abyección y el suicidio.

Un día, poco tiempo después de este episodio, se encontró en la Albemarle Street con un antiguo amigo de su padre, quien le reconoció por su aire de familia; respondió con ingenuidad a todas sus preguntas, sin ocultarle nada, pero exigió que le diera su palabra de que no lo entregaría a sus tutores. Por fin, le dio su dirección, en casa de su huésped, el extraño abogado. Y al otro día recibió en una carta, que el abogado le entregó fielmente, un cheque de diez libras.

Puede sorprender al lector que el joven no buscara desde el principio un remedio para la miseria, ora por medio de un trabajo continuo, ora pidiendo

ayuda a los viejos amigos de la familia. En lo que atañe al último recurso, había un peligro evidente en utilizarlo. Podían advertir a sus tutores y la ley les autorizaba a recluir al joven por la fuerza en la escuela de donde había huido. Ahora bien, la energía que se encuentra frecuentemente en los caracteres más femeninos y sensibles le permitía soportar con valor todas las privaciones y peligros antes que correr el riesgo de una eventualidad tan humillante. Por lo demás, ¿dónde encontraría a esos viejos amigos de su padre, muerto hacía diez años, amigos de cuyos nombres ya se había olvidado, de la mayoría de ellos al menos? En lo

que respectaba a su trabajo, ciertamente le habría sido fácil obtener una remuneración pasadera corrigiendo pruebas de griego y se sentía muy apto para realizar esas funciones de una manera ejemplar. ¿Pero cómo ingeniarse para conseguir que le presentaran a un editor honrado? En fin, para decir todo, confiesa que nunca había pensado que el trabajo literario pudiera llegar a ser para él la fuente de un beneficio cualquiera. Para salir de esa situación lamentable nunca había acariciado más que un solo recurso: pedir dinero prestado a cuenta de la fortuna que podía esperar con derecho. Por fin llegó a trabar conocimiento con algunos

judíos a quienes atendía el abogado en sus tejemanejes tenebrosos. No era asunto difícil probarles que sus esperanzas eran reales, pues podían comprobar sus afirmaciones con los *Doctors' commons* por medio del testamento de su padre. Pero quedaba un asunto que él no había previsto: el de la identidad de la persona. Exhibió algunas cartas que unos amigos jóvenes, entre ellos el conde de... y asimismo su padre, el marqués de... le habían enviado cuando se hallaba en la región de Gales y que llevaba siempre en el bolsillo. Por fin los judíos se dignaron a prometerle doscientas o trescientas libras con la condición de que el joven

conde (que, entre paréntesis, apenas era mayor que él) consintiera en garantizarles el reembolso cuando llegaran los dos a la mayoría de edad. Se adivina que la finalidad del prestamista no era solamente obtener un beneficio en un negocio, de todos modos mínimo para él, sino contraer relaciones con el conde, cuya inmensa fortuna en el futuro conocía. En consecuencia, apenas recibe las diez libras, el joven vagabundo se dispone a partir para Eton. Deja al futuro prestamista tres libras, más o menos, para que pague las actas, y entrega algún dinero al abogado como indemnización por su hospitalidad sin muebles; emplea quince chelines en la

compra de un poco de ropa (¡qué elegancia!) y, por fin, la pobre Ana también tiene su parte en la buena fortuna inesperada. Y en un sombrío atardecer de invierno se dirige hacia Piccadilly acompañado por la pobre muchacha, con el propósito de descender hasta Salt-Hill en la posta de Bristol. Como todavía les queda tiempo, van a la Golden Square y, para evitar las luces y el tumulto de Piccadilly, se sientan en la esquina de la Sherrard Street. Él le había prometido que no la olvidaría y que la ayudaría tan pronto como pudiera. Ése era su deber, ciertamente, e inclusive un deber imperioso, y sentía en aquel momento

que multiplicaba su ternura por aquella su hermana de aventura, la compasión que le inspiraba su extremado abatimiento. A pesar de todos los menoscabos que había experimentado su salud, se sentía relativamente dichoso y lleno de esperanzas, mientras que Ana estaba mortalmente triste. En el momento de la despedida ella le arrojó los brazos al cuello y se echó a llorar en silencio. Él pensaba volver al cabo de una semana a más tardar y ambos convinieron en que desde el quinto día y cada tarde siguiente Ana le esperaría a las seis, al final de la Great-Tichfield Street, que era como su puerto habitual y su lugar de descanso en el gran

Mediterráneo de la Oxford Street. Él creía haber tomado de ese modo todas las precauciones para volver a encontrarla; sólo había olvidado una: Ana nunca le había dicho su apellido o, si se lo había dicho, él lo había olvidado como algo que tenía poca importancia. Las mujeres galantes de muchas pretensiones, grandes lectoras de novelas, se hacen llamar de buena gana *miss Douglas*, *miss Montague*, etcétera, pero las más humildes de las muchachas pobres se dan a conocer únicamente por su nombre de pila, Mary, Francisca o Juana. Además, en aquel momento Ana padecía un resfrío y una fuerte ronquera, y en ese instante

supremo, ocupado en consolarla con palabras amables y en aconsejarla que cuidara bien su resfrío, él se olvidó totalmente de preguntarle su apellido, que era el medio más seguro de volver a encontrarla si fallaba a una cita o sus relaciones quedaban interrumpidas durante largo tiempo.

Abrevio los detalles del viaje, ilustrado tan sólo por la caridad y la ternura de un despensero gordo, sobre el pecho y en los brazos del cual, nuestro protagonista, amodorrado por su debilidad y los traqueteos del coche, se durmió como en el seno de una nodriza, y un largo adormecimiento al aire libre entre Slough y Eton; pues al despertarse

bruscamente en brazos de su vecino, después de haber pasado sin darse cuenta cinco o seis millas más allá de Salt-Hill, se vio obligado a desandar a pie todo ese trecho. Al término del viaje se entera de que el joven señor no está en Eton. Desesperado, se hace invitar a comer por lord D..., otro excompañero suyo, la vinculación con el cual era mucho menos íntima, no obstante. Aquella era la primera mesa bien servida en la que podía sentarse desde hacía muchos meses, a pesar de lo cual no pudo probar bocado. Una vez en Londres, el mismo día en que había recibido su billete de banco, compró dos panecillos en una panadería; desde

hacía dos meses devoraba con la mirada aquella panadería con una intensidad de deseo tan grande que su recuerdo casi le humillaba. Pero le había enfermado el pan tan deseado y durante muchas semanas más le fue imposible comer cualquier alimento sin peligro. Y ahora, en medio del *comfort* y del lujo, no tenía apetito. Cuando explicó a Lord D... el estado lamentable de su estómago, su anfitrión pidió vino, lo que fue motivo de un gran júbilo. En cuanto al verdadero propósito de su viaje, el favor que pensaba pedir al conde de... y que, por hallarse éste ausente, pide a lord D..., no puede conseguirlo por completo, es decir que el segundo, no

queriendo mortificarlo con un rechazo absoluto, consiente en darle su garantía, pero con ciertos plazos y condiciones. Reconfortado con este buen éxito a medias, vuelve a Londres después de tres días de ausencia y va a ver a sus amigos los judíos. Por desgracia, los prestamistas de dinero se niegan a aceptar las condiciones de Lord D..., y habría podido reanudarse su espantosa existencia, en esta ocasión con más peligro, si al comienzo de esta nueva crisis, por una casualidad que no nos explica, no le hubieran hecho sus tutores una propuesta y si no hubiera transformado su vida una reconciliación definitiva.

Deja Londres

apresuradamente y, por fin, al cabo de algún tiempo, vuelve a la Universidad. Sólo muchos meses más tarde puede ver nuevamente el escenario de sus sufrimientos juveniles.

¿Pero que había sido de la pobre Ana? La buscaba todas las tardes, la esperaba todas las tardes en la esquina de Titchfield Street. Preguntaba por ella a todos los que podían conocerla y en las últimas horas que permaneció en Londres utilizó para encontrarla todos los medios con que contaba. Conocía la calle donde se alojaba, pero no la casa y además creía recordar vagamente que antes de sus adioses la muchacha se había visto obligada a abandonarla a

causa de la brutalidad de su hospedero. Entre las personas a las que interrogaba, unas, por el fervor de sus preguntas, juzgaban deshonestas las causas de su búsqueda y sólo respondían con risas; otras creyendo que buscaba a una muchacha que le había robado alguna bagatela se mostraban naturalmente renuentes a hacerse delatores. Por fin, al dejar Londres definitivamente, dio su futura dirección a una persona que conocía a Ana de vista, pero nunca volvió a oír hablar de ella. Ésa fue entre las inquietudes de la vida su peor aflicción. Advertid que el hombre que así habla es un hombre muy serio y tan recomendable por la espiritualidad de

sus costumbres como por la profundidad de sus escritos.

«Si ha vivido, hemos debido buscarnos con frecuencia mutuamente en el inmenso laberinto de Londres, tal vez a algunos pasos uno de otro, distancia suficiente en una calle de Londres para crear una separación eterna. Durante algunos años esperé que viviera, y estoy seguro de que en mis diferentes excursiones a Londres escruté muchos miles de rostros femeninos con la esperanza de encontrar el suyo. Si la viera un segundo, la reconocería entre otros miles, pues, aunque no era linda, tenía una expresión dulce y una manera muy graciosa de mover la cabeza. La he

buscado, repito, esperanzado. ¡Sí, durante años! Pero ahora temería encontrarla, y el terrible resfrío que tanto me aterraba cuando nos separamos es ahora mi consuelo. Ya no deseo verla, pero sueño con ella y no sin complacencia, como con una persona que yaciera desde hace largo tiempo en la tumba —en la tumba de una Magdalena me gustaría creerla— arrebatada de este mundo antes que la barbarie y el ultraje macularan y desfiguraran su naturaleza ingenua o que la brutalidad de los bribones completara la ruina de aquella, a quien habían asestado sus primeros golpes.

»Así, pues, Oxford Street, madrastra

de corazón de piedra, tú que has oído los suspiros de los huérfanos y bebido las lágrimas de los niños, ¡por fin me libré de ti! Había llegado el tiempo en que ya no me vería condenado a recorrer dolorosamente tus aceras interminables, a agitarme entre pesadillas espantosas o en un insomnio hambriento. Ana y yo hemos tenido sucesores excesivamente numerosos que han pisado las huellas de nuestros pasos; herederos de nuestras calamidades, han suspirado otros huérfanos y otros niños han derramado lágrimas; y tú Oxford Street, has repetido desde entonces el eco de los gemidos de muchos corazones. Mas para mí, no obstante, la tormenta a la que

había sobrevivido parecía haber sido la prenda de una hermosa estación prolongada».

¿Ana ha desaparecido por completo? ¡Oh, no, volveremos a verla en los mundos del opio; como un fantasma extraño y transfigurado surgirá lentamente en la humareda del recuerdo, como el genio de *Las mil y una noches* de los vapores de la botella! En lo que al opiómano respecta, los sufrimientos de la infancia han echado en él raíces tan profundas, que algún día llegarán a ser árboles, y esos árboles arrojarán su sombra fúnebre sobre todas las cosas de la vida. Pero esos dolores nuevos, cuyo presentimiento nos dan las últimas

páginas de la parte biográfica de la obra, serán soportados con coraje, con la firmeza de un ánimo maduro y enormemente aliviado por la simpatía más profunda y más tierna. Contienen esas páginas la invocación más noble y la más afectuosa acción de gracias a una compañera valiente, sentada constantemente en la cabecera de la cama donde reposa un cerebro acosado por las Euménides. El Orestes del opio ha encontrado a su Electra, la que durante años ha enjugado en su frente el sudor de la angustia y refrescado sus labios apergaminados por la fiebre. «¡Pues tú fuiste mi Electra, querida compañera de mis años siguientes! ¡Y no

quisiste que la esposa inglesa fuese vencida por la hermana griega en nobleza de ánimo ni en devoción paciente!». Antaño, durante sus miserias juveniles, cuando vagaba por la Oxford Street en las noches de luna llena, hundía con frecuencia sus miradas (y ése era su único consuelo) en las avenidas que atraviesan el centro de Marylebone y conducen al campo; y recorriendo imaginariamente las largas perspectivas cortadas por las luces y las sombras, se decía: «Ese es el camino hacia el norte, y aquel que es el que lleva... Si tuviera las alas de la tórtola sería ése el camino por el que volaría en busca de consuelo». ¡Hombre, como

todos los hombres, cegado por su deseo! Pues era allí, en el norte, en aquel lugar mismo, en aquel mismo valle, donde encontraría sus nuevos sufrimientos y toda su compañía de fantasmas crueles. Pero allí vive también la Electra de bondades reparadoras, y todavía ahora, cuando meditabundo y solitario, recorre el inmenso Londres con el corazón transido por pesares innumerables que reclaman el dulce bálsamo del afecto doméstico, contemplando las calles que se lanzan de la Oxford Street hacia el norte y pensando en la Electra muy amada que le espera en aquel mismo valle y quizás en la misma casa, el hombre exclama como el niño en otro

tiempo: «¡Si tuviera las alas de la tórtola sería ése el camino por el que volaría en busca de consuelo!».

El prólogo ha terminado y puede prometerle al lector sin temor de mentir que el telón no volverá a levantarse sino sobre la visión más sorprendente, complicada y espléndida que haya encendido nunca sobre la nieve del papel la frágil herramienta del literato.

III. Voluptuosidades del opio

Como dije al comienzo, fue la necesidad de aliviar los dolores de un

organismo debilitado por las lamentables aventuras juveniles la que engendró en el autor de estas memorias el empleo, al principio frecuente y luego cotidiano, del opio. Que el deseo irresistible de renovar las misteriosas voluptuosidades descubiertas desde el principio le indujera a repetir con frecuencia sus experiencias, no lo niega o inclusive lo confiesa sinceramente; sólo invoca el beneficio de una excusa. Pero la primera vez que él y el opio trabaron conocimiento fue por medio de una circunstancia trivial. Un día, presa de un fuerte dolor de muelas, atribuyó sus dolores a la falta de higiene, y como desde la infancia acostumbraba a hundir

todos los días la cabeza en el agua fría, recurrió imprudentemente a esta práctica, peligrosa en aquel caso. Luego volvió a acostarse con el cabello completamente chorreante. La consecuencia fue un fuerte dolor reumático en la cabeza y la cara que duró no menos de veinte días. El vigésimo primero, un domingo lluvioso del otoño de 1804, cuando vagaba por las calles de Londres para distraerse de su dolencia (era la primera vez que veía de nuevo a Londres desde su ingreso a la Universidad) se encontró con un compañero que le recomendó el opio. Una hora después de haber bebido la tintura de opio en la cantidad prescrita

por el farmacéutico todos sus dolores desaparecieron. Pero ese beneficio, que tan grande le pareció inmediatamente, no fue nada en comparación con los nuevos placeres que se le revelaron así súbitamente. ¡Qué embeleso mental! ¡Qué mundos interiores! ¿Era eso pues, la panacea, el *pharmakon nepenthes* para todos los dolores humanos?

«El gran secreto de la felicidad, sobre el cual los filósofos habían discutido durante tantos siglos, estaba descubierto decididamente en consecuencia. Se podía comprar la dicha por un penique y llevarla en el bolsillo del chaleco; el éxtasis se dejaría encerrar en la botella y la paz

del espíritu podría ser remitida por correo. Tal vez el lector crea que deseo reírme, pero en mí es una vieja costumbre reírme en el sufrimiento, y puedo afirmar que nunca reirá largo tiempo quien mantenga comercio con el opio. Sus goces son graves y solemnes, y en su mejor estado el opiómano no puede presentarse con el modo animado del *allegro*, pues en ese momento también habla y medita con el modo *penseroso*».

El autor se propone, ante todo, vindicar de calumnias al opio. Éste no es soporífero, al menos para la mente, pues no embriaga y si el láudano, tomado con exceso, puede embriagar, la

causa no es el opio, sino el alcohol que contiene. A continuación compara los efectos del alcohol con los del opio y define con claridad sus diferencias: así, el placer que causa el vino sigue una marcha ascendente, al final de la cual va decreciendo, en tanto que el del opio, una vez producido, se mantiene sin cambio durante ocho o diez horas; el uno es un placer agudo y el otro un placer crónico; allí produce una llamarada y aquí un ardor parejo y sostenido. Pero la gran diferencia consiste sobre todo en que el vino perturba las facultades mentales, mientras que el opio introduce en ellas el orden supremo y la armonía. El vino impide que el hombre se domine

a sí mismo y el opio hace más flexible y tranquilo el dominio de sí mismo en el hombre. Todos saben que el vino comunica un vigor extraordinario, aunque momentáneo, a la admiración y el menosprecio, el amor y el odio. En cambio, el opio comunica a las facultades el sentimiento de la disciplina y una especie de salud divina. Los hombres que se emborrachan con el vino se juran una amistad eterna, se estrechan las manos y derraman lágrimas sin que se pueda comprender la causa; y llega evidentemente a su apogeo la parte sensual del hombre. Sin embargo, la expansión de sentimientos tan benévolos causada por el opio no es un acceso de

fiebre; más bien es que ha sido reintegrado y restaurado en su estado natural el hombre primitivamente bueno y justo, liberado de todas las amarguras que habían corrompido ocasionalmente su noble temperamento. En fin, por grandes que sean los beneficios del vino, se puede decir que linda a menudo con la locura o con la extravagancia, y que fuera de cierto límite volatiliza, por decirlo así, y dispersa la energía intelectual, mientras que el opio parece apaciguar siempre lo agitado y concentrar lo que estaba diseminado. En síntesis, es la parte puramente humana del hombre e inclusive, la parte más brutal con frecuencia, la que, con la

ayuda del vino, usurpa la soberanía, en tanto que el opiómano siente plenamente que la parte depurada de su ser y sus afectos morales gozan de una agilidad máxima y, ante todo, que su inteligencia adquiere una lucidez consoladora y sin nubes.

El autor niega igualmente que a la exaltación mental producida por el opio le siga forzosamente un abatimiento equivalente y que el empleo de esa droga origine, como una consecuencia natural e inmediata, una inercia y un sopor de las facultades. Afirma que durante un período de diez años gozó siempre al día siguiente de la orgía, de una salud intelectual notable. En cuanto

a ese entorpecimiento del que han hablado tantos escritores y en el que hace creer especialmente el embrutecimiento de los turcos, afirma que jamás lo ha conocido. Es posible que el opio, según la calificación con que se lo designa, actúe al final como narcótico; sus primeros efectos, sin embargo, estimulan y exaltan siempre al hombre y esa elevación de la mente nunca dura menos de ocho horas; de modo que el opiómano es quien tiene la culpa si no mide su medicamento de manera que recaiga en su sueño natural todo el peso de la influencia narcótica. Y para que el lector pueda juzgar si el opio es capaz de aturdir las facultades

de una sesera inglesa, ofrecerá dos muestras de sus placeres y tratará el asunto por medio de *ilustraciones* más bien que de argumentos, y relatará el modo cómo empleaba en Londres con frecuencia sus *veladas de opio*, en el período de tiempo comprendido entre 1804 y 1812. Era él entonces un trabajador infatigable, y como se dedicaba todo el tiempo a severos estudios, creía tener derecho a buscar, de vez en cuando como todos los hombres, el alivio y el recreo que le eran más convenientes.

«El próximo viernes, si Dios quiere, me propongo embriagarme», decía el difunto duque de..., y asimismo nuestro

escritor fijaba de antemano cuándo y con qué frecuencia, en un tiempo determinado, se entregaría a su libertinaje favorito. Y lo hacía una vez cada tres semanas, raramente con más frecuencia, en general los martes o los sábados por la noche, que eran días de ópera. Eran los buenos tiempos de la Grassini. La música penetraba en sus oídos, no como una sucesión sencilla y lógica de agradables sonidos, sino como una serie de *memoranda*, como las voces de una brujería que evocaba ante los ojos de su espíritu toda su existencia hasta entonces. La música interpretada e iluminada por el opio era el libertinaje intelectual, cuya grandeza y cuya

intensidad puede concebir fácilmente cualquier inteligencia un poco refinada. Mucha gente pregunta cuáles son las ideas positivas contenidas en los sonidos; olvidan o más bien ignoran que la música, pariente de la poesía, a este respecto, representa más bien que ideas, sentimientos; sugiere las ideas, ciertamente, pero no las contiene. Revivía en él toda su vida anterior, según dice, pero no por un esfuerzo de la memoria, sino como presente y encarnada en la música; y su contemplación no era ya dolorosa; toda la trivialidad y la crudeza inherentes a las cosas humanas estaban excluidas de esa resurrección tan misteriosa, o

fundidas y ahogadas en una bruma ideal, y sus antiguas pasiones se hallaban exaltadas, ennoblecidas y espiritualizadas. ¡Cuántas veces tuvo que volver a ver en ese segundo teatro, iluminado en su mente por el opio y la música, las rutas y montañas que había recorrido cuando era un escolar emancipado, y a sus amables huéspedes de la región de Gales, y las tinieblas cortadas por relámpagos de las calles de Londres y sus amistades melancólicas, y sus largas miserias consoladas por Ana y la esperanza de un porvenir mejor! Y además en la sala, durante los entreactos, las conversaciones italianas y la música de un idioma extranjero

hablado por mujeres daban mayor encanto a la velada; pues se sabe que ignorar una lengua hace que los oídos perciban más sensiblemente su armonía. Del mismo modo, nadie puede saborear más a gusto un paisaje que el que lo contempla por vez primera, pues la naturaleza nos muestra entonces toda su rareza, sin que la haya embotado todavía la mirada demasiado frecuente.

Pero a veces, los sábados por la noche, otra tentación de sabor más extraño y no menor encanto vencía a su afición a la ópera italiana. El placer en cuestión, tan atrayente que podía rivalizar con la música, se le podría llamar diletantismo de carácter

caritativo. El autor había sido probado desdichada y singularmente y abandonado muy joven en el torbellino indiferente de una gran capital. Aun cuando su índole hubiese sido, como han podido advertir los lectores, buena, delicada y afectuosa, se podría suponer fácilmente que en sus largas jornadas vagabundas y en sus noches de angustia todavía más largas, había aprendido a amar y a mostrar compasión por los pobres. El exestudiante quiere ver de nuevo la vida de los humildes, quiere hundirse en el seno de esa multitud de indigentes, y como el nadador abraza el mar para establecer un contacto más directo con la naturaleza, él aspira a

tomar, para decirlo así, un baño de multitud. Aquí el tono del libro se eleva lo suficiente para verme obligado a ceder la palabra al autor mismo:

«Tal placer, como he dicho, podía realizarse únicamente los sábados por la noche. ¿En qué era distinta la noche del sábado de cualquier otra noche? ¿De qué trabajos tenía que descansar y qué salario tenía que recibir? ¿Y qué podía inquietarme los sábados por la noche sino una invitación para escuchar a la Grassini? Eso es cierto y muy lógico, lector, y lo que dices es irrefutable. Pero los hombres dan a sus sentimientos un curso muy variable y, aunque la mayoría testimonia su interés por los pobres y

simpatiza de una manera u otra con sus miserias y sus aflicciones, yo en esa época me sentía inclinado a mostrar mi interés por ellos simpatizando con sus placeres. Poco antes había visto los dolores de la pobreza y los había visto demasiado para que desease reavivar su recuerdo; pero los placeres del pobre, sus consuelos espirituales, los descansos de su fatiga física, nunca pueden llegar a ser una contemplación dolorosa. Ahora bien, la noche del sábado señala para el pobre el retorno del descanso periódico; las sectas más hostiles se reúnen en ese punto y reconocen ese vínculo común de fraternidad; esa noche casi toda la

cristiandad descansa de su trabajo. Es un descanso que sirve de introducción a otro descanso; un día entero y dos noches lo separan de la fatiga próxima. Y por eso en la noche del sábado me ha parecido siempre que yo mismo me libero del yugo de algún trabajo, que debo recibir un salario y que voy a poder gozar del lujo del reposo. Así, para ser testigo en la escala mayor posible de un cuadro que me inspiraba las simpatías más hondas, los sábados por la noche, después de fumar mi opio, acostumbraba perderme por lugares muy lejanos, sin que llegara a inquietarme el camino ni la distancia, hacia todos los mercados donde los pobres se reúnen

para gastar sus salarios. He espiado y escuchado a más de una familia compuesta por un hombre, su mujer y uno o dos hijos, mientras ellos discutían sus proyectos, sus medios, el poder de su presupuesto o el precio de los artículos domésticos. Me iba familiarizando poco a poco con sus deseos, sus dificultades o sus opiniones. A veces me sucedía que oía murmullos de descontento, pero era lo más frecuente que sus rostros y sus palabras expresaran paciencia, serenidad y esperanza. Y debo decir a este respecto que, generalmente, el pobre es mucho más filósofo que el rico, pues pone de manifiesto una resignación más rápida y

alegre a lo que considera un mal irremediable. Siempre que la ocasión se presentaba o que podía hacerlo sin parecer indiscreto, me mezclaba con ellos y les daba mi opinión sobre el tema de que trataban, opinión que, si no era siempre juiciosa, era siempre acogida con benevolencia. Si los salarios habían subido un poco o se esperaba que subieran próximamente, si la libra de pan era algo menos cara, o corría el rumor de que la manteca y las cebollas iban a bajar pronto, me sentía dichoso; pero si sucedía lo contrario encontraba en el opio la manera de consolarme. Pues el opio (parecido a la abeja, que extrae indiferentemente sus

materiales de la rosa o del hollín de las chimeneas) posee el arte de sojuzgar todos los sentimientos y regularizarlos según su diapasón. Algunos de esos paseos me llevaban muy lejos, pues un opiómano es demasiado dichoso para que pueda observar cómo huye el tiempo. Y, a veces, en un esfuerzo para poner la proa rumbo a mi alojamiento, fijando, según los preceptos náuticos, mis miradas en la estrella polar, buscando ambiciosamente *mi paso hacia el noroeste* para no tener que doblar de nuevo todos los cabos y promontorios que había encontrado en mi primer viaje, entraba súbitamente en laberintos de callejuelas, en enigmas de

callejones sin salida, en problemas de calles clausuradas, hechos para burlarse del coraje de los mozos de cuerda y confundir la inteligencia de los cocheros de plaza. A veces habría podido imaginarme que acababa de descubrir, el primero de todos, algunas *terrae incognitae*, y dudaba de que estuvieran indicadas en los mapas más modernos de Londres. Pero, al cabo de algunos años, tuve que pagar cruelmente todas esas fantasías, *cuando el rostro humano vino a tiranizar mis sueños* y cuando mis perplejos vagabundeos en el seno del inmenso Londres se reprodujeron en mis pesadillas con una sensación de perplejidad intelectual y moral que

llevaba la confusión a mi casa y la angustia y el remordimiento a mi conciencia...».

Por consiguiente, el opio no engendra forzosamente la inacción y el aturdimiento puesto que, por el contrario, arrojaba a nuestro soñador con frecuencia a los centros más concurridos de la vida común. Sin embargo, los teatros y los mercados no son, generalmente, los lugares que frecuenta con preferencia el opiómano, sobre todo cuando se encuentra en su estado de deleite perfecto. Para él la multitud es entonces una especie de opresión y la música misma tiene un carácter sensual y chabacano. Busca

ante todo la soledad y el silencio, condiciones indispensables de sus éxtasis y sus profundas contemplaciones. Si al principio el autor de estas *confesiones* se introdujo en la multitud y en la corriente humana fue para reaccionar contra una inclinación demasiado viva a la meditación y la negra melancolía, resultado de sus sufrimientos juveniles. En las investigaciones de la ciencia, como en la sociedad de los seres humanos, huía de una especie de hipocondría. Más tarde, cuando su verdadera naturaleza quedó restablecida y disipadas las tinieblas de las tempestades antiguas, creyó que se podía consagrar sin peligro

a su afición a la vida solitaria. Más de una vez le sucedió que estuvo durante toda una hermosa noche de verano sentado cerca de la ventana, sin moverse, sin siquiera desear cambiar de sitio, desde la puesta del sol hasta la aurora, llenándose los ojos con la vasta perspectiva del mar y de una gran metrópoli y la mente con las largas y gratas meditaciones sugeridas por aquel espectáculo. Una gran alegoría natural se extendía ante él entonces:

«La ciudad, esfumada por la bruma y los suaves fulgores de la noche, representaba al mundo con sus aflicciones y sus tumbas, situadas muy lejos detrás de ella, pero no olvidadas

del todo ni fuera del alcance de mi vista. El Océano, con su respiración sempiterna aunque incubada por una vasta calma, personificaba mi mente y la influencia que entonces la gobernaba. Me parecía que por primera vez me mantenía alejado y al margen del tumulto de la vida; que el estruendo, la fiebre y el combate se habían interrumpido; que a las secretas opresiones de mi pecho se les había concedido una tregua, un descanso de feria, una liberación de todo trabajo humano. La esperanza que florece en los caminos de la vida no contradecía la paz que habita en los sepulcros, las evoluciones de mi inteligencia me parecían tan incansables

como las de los astros y, sin embargo, todas las inquietudes estaban allanadas por una calma alciónica; era un reposo que parecía la consecuencia, no de la inercia, sino del antagonismo majestuoso de fuerzas iguales y poderosas. ¡Actividades infinitas, infinito reposo!

»¡Oh, justo, poderoso y sutil opio!... ¡Posees las llaves del Paraíso!...».

Es aquí donde se eleva esa extraña acción de gracias, esos impulsos del agradecimiento que he reproducido textualmente al comienzo de este trabajo y que podrían servirle como epígrafe. Es como el ramillete con que termina la fiesta. Pues, muy pronto, la decoración

va a ensombrecerse y en la noche se amontonarán las tempestades.

IV. Torturas del opio

Fue en 1804 cuando conoció por primera vez el opio. Y han transcurrido ocho años, felices y ennoblecidos por el estudio. Estamos en 1812. Lejos, muy lejos de Oxford, a una distancia de doscientas cincuenta millas, encerrado en un retiro en el fondo de las montañas, ¿qué hace ahora nuestro héroe (pues merece ciertamente ese título)? ¡Pues bien, se dedica al opio! ¿Y a qué más?

Al estudio de la metafísica alemana: lee a Kant, a Fichte y a Schelling. Encerrado en una pequeña quinta, con una sola sirvienta, ve transcurrir las horas severas y tranquilas. Todavía no se ha casado. ¿Y sigue fumando el opio? Cada sábado por la noche. ¿Y ese régimen ha durado con impudencia desde el domingo lluvioso de 1804? ¡Ay, sí!, ¿pero cómo está su salud tras ese largo y regular libertinaje? Dice que nunca se ha sentido mejor que en la primavera de 1812. Observemos que hasta el presente sólo ha sido un aficionado y que todavía el opio no se ha convertido para él en una dieta cotidiana. Las dosis han sido siempre moderadas y han estado

separadas prudentemente por intervalos de varios días. Es posible que esta moderación y esta prudencia hayan retardado la aparición de los terrores vengadores. En 1813 comienza una era nueva. Durante el verano precedente un acontecimiento doloroso, que él no nos explica, había conmovido su mente con una fuerza suficiente para afectar también su salud física; desde 1813 padecía una espantosa irritación de estómago, que se parecía mucho a la que le había hecho sufrir tanto en sus noches de angustia, en el fondo de la casa del abogado y a la que acompañaban todos sus sueños morbosos de otro tiempo. ¡He aquí, finalmente, la gran

justificación! ¿Para qué extenderse más sobre esta crisis y detallar todos sus incidentes? La lucha fue muy larga, los dolores fatigosos e insoportables y la liberación estaba siempre presente, al alcance de la mano. Yo diría de buena gana a todos los que han deseado un bálsamo, un nepente para los dolores cotidianos que turban el ejercicio regular de su vida y se burlan de todos los esfuerzos de su voluntad, a todos los enfermos espirituales y los enfermos físicos, les diría: ¡que aquel de entre vosotros que esté libre de culpa, sea culpa de acción o culpa de propósito, arroje la primera piedra a nuestro enfermo! Queda así convenido; además

os ruega que le creáis que, cuando comenzó a tomar el opio a diario había necesidad, fatalidad y urgencia en ello; no era posible vivir de otra manera. Además, ¿tan numerosos son esos valientes que saben afrontar pacientemente, y con una energía renovada de minuto en minuto, el dolor, la tortura constantemente presente y jamás fatigada con miras a un beneficio tan vago como lejano? Aquel que parece valeroso y paciente no ha tenido gran mérito en su triunfo, y el que ha resistido poco tiempo ha desplegado en ese poco tiempo una vasta energía ignorada. ¿Los temperamentos humanos no son acaso tan infinitamente variados como las

dosis químicas? «En el estado nervioso en que me encuentro se me hace tan imposible soportar a *un moralista inhumano como al opio al que no se ha hecho hervir*». Es éste un bello juicio, un juicio irrefutable. No se trata de circunstancias atenuantes, sino de circunstancias absolventes.

Por fin la crisis de 1813 tuvo un desenlace, desenlace que se adivina. Preguntar desde entonces a nuestro solitario si tal día tomó o dejó de tomar el opio sería como informarse de *si respiraron ese día sus pulmones o si su corazón realizó sus funciones*. ¡No más cuaresma de opio, y no más ramadán ni abstinencia! ¡El opio forma parte de la

vida! Poco antes de 1816, el año más hermoso y más límpido de toda su existencia, nos dice que había disminuido, súbitamente y casi sin esfuerzo, la dosis de trescientos veinte granos de opio, es decir de ocho mil gotas de láudano por día, a sólo cuarenta granos, reduciendo así ese extraño alimento en siete octavas partes. La nube de profunda melancolía que se había abatido sobre su cerebro se disipó en un día como por arte de magia, reapareció la agilidad espiritual y pudo creer nuevamente en la felicidad. Ya no tomaba más que mil gotas de láudano diarias (¡qué templanza!). Era como un veranillo de San Martín mental. Volvió a

leer a Kant y lo comprendió o creyó comprenderlo. En él abundaban nuevamente esa alegría y esa agilidad espirituales —tristes palabras para traducir lo intraducible— igualmente favorables para el trabajo y para el ejercicio de la fraternidad. Ese espíritu de benevolencia y de condescendencia con el prójimo, y digamos mejor de caridad, que se parece un poco (sea insinuado esto sin la intención de faltar al respeto a un escritor tan serio) a la caridad de los borrachos, se puso un buen día de manifiesto de la manera más rara y espontánea en provecho de un malayo. Tomad nota de este malayo, porque más adelante volveremos a

verlo; reaparecerá multiplicado de manera terrible. ¿Pues quién puede calcular la fuerza de reflejo y repercusión de un incidente cualquiera en la vida de un soñador? ¿Y quién puede pensar sin estremecerse en la infinita ampliación de los círculos de las ondas espirituales agitadas por una piedra casual? Así, pues, un día llamó un malayo a la puerta de aquel retiro silencioso. ¿Qué tenía que hacer un malayo en las montañas de Inglaterra? Tal vez se dirigía a algún puerto situado a cuarenta millas de allí. La sirvienta, nacida en la montaña, que ignoraba la lengua de los malayos tanto como la inglesa y que no había visto un turbante

en su vida, se asustó mucho al verlo. Pero recordando que su amo era un sabio y suponiendo que hablaba probablemente todos los idiomas del mundo, y acaso también el de la Luna, corrió a buscarlo para suplicarle que exorcizara al demonio que se había instalado en la cocina. Era un contraste curioso y divertido el de aquellos dos rostros que se miraban mutuamente: marcado el uno con la altivez sajona y el otro con el servilismo asiático, el uno rosado y fresco, amarillo y bilioso el otro e iluminado por dos ojuelos movedizos e inquietos. El sabio, para defender su honor ante los ojos de su sirvienta y sus vecinos, le habló en

griego; el malayo le contestó sin duda en su idioma y, como no se entendieron, todo transcurrió perfectamente. El forastero descansó durante una hora en el piso de la cocina y luego dio a entender que deseaba proseguir su camino. Si el pobre asiático venía caminando desde Londres, hacía tres semanas que no había podido cambiar idea alguna con ningún ser humano. Para consolar los probables hastíos de semejante vida solitaria, nuestro autor, suponiendo que un hombre de esas regiones conocía sin duda el opio, le regaló antes de su partida un gran pedazo de la preciosa droga. ¿Se puede concebir un modo más noble de entender

la hospitalidad? El malayo, con la expresión del rostro, dio muy bien a entender que conocía el opio y tragó de un bocado una porción que habría podido matar a mucha gente. Era eso algo que podía haber inquietado a un alma caritativa, pero nunca se había oído hablar en la comarca de que se hubiera encontrado en la carretera el cadáver de un malayo; el extraño viajero estaba lo suficientemente familiarizado con el veneno, y el resultado al que aspiraba la caridad había sido obtenido.

Entonces, como he dicho, el opiómano se sentía todavía dichoso; la suya era una auténtica felicidad de sabio y de solitario aficionado al *comfort*: una

casa de campo encantadora, una gran biblioteca paciente y delicadamente elegida y el invierno que se enfurecía en la montaña. ¿Una habitación linda no hace más poético el invierno, y el invierno no aumenta la poesía del alojamiento? La blanca casa de campo estaba situada en el fondo de un vallecito rodeado de montañas, lo suficientemente elevadas y como envuelta en arbustos que cubrían con un tapiz de flores las paredes y ponían un marco perfumado a las ventanas durante la primavera, el otoño y el invierno; comenzaba con los espinos blancos y terminaba con los jazmines. Pero la buena estación, la estación de la dicha

para un hombre soñador y meditabundo, era el invierno, y el invierno en su forma más cruda. Hay gente que se alegra si consigue del cielo un invierno benigno y se siente dichosa cuando lo ve partir. Pero él reclama anualmente al cielo toda la nieve, el granizo y las heladas que puede proporcionarle. Necesita un invierno canadiense o un invierno ruso; lo necesita para su dicha. Su nido sería así más cálido, más cómodo y amado; las luces encendidas a las cuatro, un buen fogón y una alfombra abrigada, y cortinas pesadas que ondulan hasta el piso, una mujer hermosa que le prepara el té desde las ocho hasta las cuatro de la madrugada. Sin invierno no sería

posible ninguno de esos goces; *todo comfort* exige una temperatura rigurosa, lo que, por otra parte, cuesta caro; nuestro soñador tiene, por lo tanto, derecho a exigir que el invierno pague honradamente su deuda como paga él la suya. El salón es pequeño y sirve para dos fines. Más adecuadamente se podría llamarlo biblioteca, pues es allí donde se acumulan los cinco mil volúmenes comprados uno a uno como una verdadera conquista de la paciencia. Un gran fuego brilla en la chimenea y en la bandeja hay dos tazas y dos platillos, pues la Electra caritativa que nos había hecho presentir, embellece la casita de campo con toda la hechicería de sus

sonrisas angelicales. ¿Para qué describir su belleza? El lector podría imaginarse que esa potencia de luz es puramente física y pertenece al dominio de los pinceles terrestres. Además, no olvidemos la redoma de láudano, una gran garrafa, a fe mía, pues nos hallamos demasiado lejos de las farmacias de Londres para renovar nuestra provisión con frecuencia; un libro de metafísica alemana que se halla sobre la mesa atestigua las eternas ambiciones intelectuales del propietario. Paisaje de montañas, retiro silencioso, lujo o más bien un bienestar estable, ocio sobrado para las reflexiones, invierno riguroso adecuado para concentrar las facultades

del espíritu: sí, aquello era la dicha, o más bien los últimos fulgores de la dicha, una intermitencia en la desgracia, un jubileo en la desventura, pues estamos llegando a la época funesta en la que «¡hay que decir adiós a esa apacible bienaventuranza, adiós al invierno y al verano, adiós a las sonrisas y las risas, adiós a la paz del espíritu, adiós a la esperanza y a los sueños tranquilos, adiós a los benditos consuelos de la indolencia!».

Durante más de tres años será nuestro soñador como un ser desterrado expulsado del territorio de la dicha común, pues ha llegado a «*una Ilíada de calamidades, ha llegado a las torturas*

del opio». Época sombría, vasta red de tinieblas, desgarrada a intervalos por visiones doradas y abrumadoras:

*Como si un gran pintor su
pincel empapara
en las hondas tinieblas del
temblor y el eclipse.*

Estos versos de Shelley, tan solemnes y verdaderamente miltonianos, expresan muy bien el colorido de un paisaje alopiado, si es lícito hablar así, el paisaje con un cielo nuboso y un horizonte impermeable que envuelven al cerebro esclavizado por el opio, el

infinito con sus horrores y su melancolía, y lo que es más melancólico que todo, ¡la impotencia para librarse por sí mismo del suplicio!

Antes de seguir adelante, nuestro penitente (podríamos llamarlo así de vez en cuando aunque, según parece, pertenece a una clase de penitentes que están siempre dispuestos a reincidir en su pecado) nos advierte que no hay por qué buscar un orden muy riguroso en esta parte de su libro, por lo menos un orden cronológico. Cuando escribió ese libro se hallaba solo en Londres y no se sentía apto para hacer un relato ordenado, con un montón de recuerdos pesados y repugnantes, y alejado de las

manos amigas que sabían clasificar sus papeles y acostumbraban a prestarle los servicios de secretario. Escribió en adelante sin precauciones y casi sin pudor, suponiéndose ante un lector indulgente que viviera quince o veinte años después de la época presente, pues deseaba simplemente, ante todo, establecer un recuerdo de un período desastroso de su vida. Y lo hace con el esfuerzo de que es capaz todavía, sin saber demasiado si más tarde encontrará la fuerza o la ocasión necesarias para ello.

¿Pero por qué, se preguntará, no se libraba de los horrores del opio, bien fuera abandonándolo o bien

disminuyendo sus dosis? Hizo largos y dolorosos esfuerzos para reducir las cantidades, pero los que fueron testigos de sus batallas lamentables, de sus agonías sucesivas fueron los primeros en rogarle que renunciara a ello. ¿Por qué no haber disminuido la dosis en una gota por día o no haber atenuado su eficacia con una adición de agua? Calculó que habría necesitado muchos años para obtener, por ese medio, una victoria incierta. Además, todos los opiómanos saben que antes de llegar a cierto grado se puede ir reduciendo la dosis sin dificultad e inclusive con placer, pero saben también que una vez superada esa dosis cualquier reducción

causa dolores muy intensos. ¿Pero por qué no haber consentido un abatimiento momentáneo, de solamente unos días? Es porque no se da el abatimiento, y el dolor no consiste en eso. La disminución del opio aumenta la vitalidad, al contrario, late mejor el puso y la salud se perfecciona; pero de ello resulta una espantosa irritación del estómago, acompañada de abundantes sudores y de una sensación de malestar general que nace de la falta de equilibrio entre la energía física y la salud de la mente. Es fácil comprender, en efecto, que la parte terrenal del hombre que es el cuerpo, a la que el opio había pacificado triunfalmente y reducido a la sumisión

más completa, quiera recuperar sus derechos, mientras que el imperio del espíritu, único favorecido hasta entonces, se encuentra otro tanto disminuido. Es un equilibrio alterado que quiere restablecerse y ya no puede hacerlo sin crisis. Y aunque no se tengan en cuenta la irritación del estómago y las transpiraciones excesivas, es fácil imaginarse la angustia de un nervioso, cuya vitalidad estuviera regularmente despierta y la mente inactiva e inquieta. En esa tan terrible situación el enfermo considera, generalmente, que el remedio es peor que la enfermedad y se lanza de cabeza a su destino.

El opiómano había interrumpido

desde hacía mucho tiempo sus estudios. A veces, a pedido de su esposa y de alguna otra dama que iba a tomar el té en su compañía, consentía en leer en voz alta las poesías de Wordsworth. Por arrebatamiento, seguía momentáneamente zahiriendo a los grandes poetas, pero a su verdadera vocación, a la filosofía, la tenía completamente abandonada. La filosofía y las matemáticas reclaman una aplicación constante y sostenida y su mente retrocedía ahora ante ese deber diario con una conciencia íntima y desconsoladora de su decaimiento. Una gran obra a la que había jurado consagrar todas sus fuerzas y cuyo título

le habían proporcionado las *reliquiae* de Espinosa, *De emendatione humani intellectus*, seguía en la cantera, inconclusa y pendiente, con el desolado aspecto de las grandes construcciones que suelen emprender los gobernantes pródigos o los arquitectos imprudentes. Lo que debía llegar a ser en el futuro la prueba de su fuerza y de su devoción a la sagrada causa de los hombres no serviría ya sino de testimonio de su debilidad y de sus presunciones. Por suerte, le quedaba todavía, como una distracción, la economía política. Aunque se la debe considerar como una ciencia, es decir un conjunto orgánico, algunas de sus partes integrantes pueden

ser separadas y estudiadas aisladamente. Su mujer le leía de vez en cuando los debates del Parlamento o las novedades de librería en materia de economía política, pero para un escritor profundo y erudito era ése un alimento muy pobre: para quienquiera que ha estudiado la lógica son las sobras del espíritu humano. Un amigo de Edimburgo, no obstante, le envió en 1819 un libro de Ricardo, y antes que terminara de leer el primer capítulo, recordando que él mismo había profetizado la llegada de un legislador de esa ciencia, exclamó: «¡He aquí el hombre!». La curiosidad y el asombro habían resucitado. Pero su sorpresa más grande y deliciosa

consistió en haber descubierto que todavía podía interesarse por cualquier lectura. Su admiración por Ricardo aumentó naturalmente. ¿Era cierto que había nacido en Inglaterra, en el siglo XIX, una obra tan profunda? Pues daba por supuesto que todo pensamiento había perecido en Inglaterra. Y de pronto Ricardo encontraba la ley y creaba la base; arrojaba como un rayo de luz en el tenebroso caos de materialismo donde sus predecesores se habían extraviado. Nuestro soñador, entusiasmado y rejuvenecido, reconciliado con el pensamiento y el trabajo, comenzó a escribir, o mejor dicho a dictar a su compañera. Le

parecía que la mirada escrutadora de Ricardo había dejado que se escaparan algunas de las verdades importantes, el análisis de las cuales, reducido por los procedimientos algebraicos, podía ser el tema de un pequeño volumen interesante. De ese esfuerzo de enfermo resultaron los *Prolegómenos para todos los sistemas futuros de economía política*^[5]. Se había puesto de acuerdo con un impresor de la provincia que vivía a dieciocho millas de su casa y, con el fin de que se pudiera componer con más rapidez la obra, inclusive había contratado a un cajista suplementario. El libro fue anunciado dos veces, pero faltaba escribir un prólogo (¡la fatiga de

un prólogo!) y una dedicatoria magnífica a Ricardo. ¡Qué labor para un cerebro debilitado por los goces de una orgía permanente! ¡Qué humillación para un autor nervioso tiranizado por la atmósfera interna! Se interpuso la impotencia, terrible e infranqueable como los hielos del Polo; todos los convenios hechos quedaron anulados, el cajista despedido, y los *Prolegómenos*, muy avergonzados, se acostaron para dormir durante largo tiempo al lado de su hermano primogénito, aquel libro famoso sugerido por Espinosa.

¡Qué situación horrible! ¡Tener la mente pululante de ideas y no poder atravesar el puente que separa los

campos imaginarios del ensueño de las cosechas positivas del acto! Si quien me lee en este instante ha conocido las exigencias de la producción, no necesita que yo le describa ahora la desesperación de un noble espíritu clarividente y hábil en combate contra esa condenación tan extraña. ¡Qué abominable sortilegio! Se puede aplicar bien al opio todo lo que ya dije sobre la disminución de la voluntad en mi estudio dedicado al hachís. ¿Responder a las cartas? Trabajo gigantesco aplazado de hora en hora, de día en día y de mes en mes. ¿Son cuestiones de dinero? Puerilidad fatigosa. La economía domestica queda más abandonada

entonces que la política. Si un cerebro debilitado por el opio quedase debilitado por completo, si, para servirme de una locución innoble quedase totalmente embrutecido, el daño sería evidentemente menos grande, al menos más tolerable. Pero un opiómano no pierde ninguna de sus aspiraciones morales; ve el deber y lo ama, desea cumplir todas las condiciones de lo posible, pero su fuerza de ejecución no está a la altura de sus concepciones. ¡Ejecutor! ¿Qué digo? ¿Puede ni siquiera intentarlo? Es el peso de toda una pesadilla que aplasta la voluntad. Nuestra desdicha se convierte en una especie de Tántalo que ama su deber

ardientemente pero no puede cumplirlo, se convierte en un espíritu, en un *espíritu puro* condenado a desear lo que no puede conseguir de modo alguno, en un guerrero valiente provocado en lo que estima más caro y fascinado por una fatalidad que le ordena permanecer en cama, en la que le consume una rabia impotente.

El castigo llegaba, en consecuencia, lento pero terrible. Pero, ¡ay!, no debía manifestarse por esa impotencia espiritual únicamente, sino también por horrores de una naturaleza mucho más cruel y positiva. El primer síntoma que se puso de manifiesto en la economía física del opiómano fue curioso. Fue el

punto de partida y el germen de toda una serie de dolores. En general, los niños están dotados de la rara facultad de percibir, o más bien de crear, en la fecunda tela de las tinieblas, todo un mundo de visiones extrañas. Esa facultad en unos niños, actúa sin su voluntad algunas veces. Pero otros tienen el poder de evocarlas o de descartarlas a su gusto. De un modo semejante, nuestro narrador se dio cuenta de que volvía a la infancia. Ya a mediados de 1817 esa facultad peligrosa le atormentaba cruelmente. Acostado, pero despierto, procesiones fúnebres y magníficas desfilaban ante sus ojos y delante de él se elevaban edificios

interminables de un estilo arcaico y solemne. Pero los sueños del sueño participan muy pronto de los sueños de la vigilia, y todo lo que sus ojos evocaban en las tinieblas, se reproducía posteriormente en su sueño con una magnificencia insoportable, inquietante. Midas convertía en oro lo que tocaba y se sentía martirizado por aquel privilegio irónico. Del mismo modo, el opiómano transformaba en realidades inevitables todos los objetos de sus fantasías. Toda aquella fantasmagoría, por muy bella y poética que fuese en apariencia, estaba acompañada de una angustia profunda y de una enorme tristeza. Le parecía que cada noche caía

continuamente en abismos oscuros de una profundidad desconocida y sin esperanza alguna de volver a la superficie. E inclusive cuando se despertaba, persistían una tristeza y una desesperanza parecidas al aniquilamiento. Y, fenómeno análogo a algunos de los que causa la embriaguez del hachís, la sensación del espacio y la de la duración, posteriormente quedaron muy afectados. Monumentos y paisajes tomaban formas excesivamente grandiosas para que no dolieran a la mirada humana. El espacio se inflaba, para decirlo así, hasta el infinito. Pero la expansión del tiempo se convirtió en una angustia todavía más viva. Los

sentimientos e ideas que llenaban la duración de una noche adquirirían para el opiómano, el valor de un siglo entero. Y los acontecimientos más vulgares de la infancia, las escenas hacía largo tiempo olvidadas, volvían a vivir en su cerebro con una vida nueva. Tal vez no los habría recordado cuando estaba despierto, pero los *reconocía* inmediatamente en el sueño. Así como el que se ahoga ve de nuevo, en el minuto supremo de agonía, toda su vida como en un espejo; así como lee el condenado en un segundo la terrible reseña de todos sus pensamientos terrenales; así como las estrellas que oculta la luz del día reaparecen en la noche; así también las

inscripciones grabadas en la memoria inconsciente reaparecieron como si hubieran sido hechas con una tinta simpática.

Y nuestro autor *ilustra* las características principales de sus sueños con algunos ejemplos extraños y temibles; entre ellos con uno en el cual, por la *lógica* particular que gobierna los acontecimientos del sueño, dos elementos históricos muy distantes se yuxtaponen en su cerebro de la manera más rara. Así, para la mentalidad infantil de un campesino, a veces se convierte una tragedia en el desenlace final de la comedia que ha abierto el espectáculo:

«En mi juventud, e incluso posteriormente, he sido siempre un gran lector de Livio [Tito]; siempre ha constituido una de mis distracciones favoritas; confieso que lo prefiero, por el tema y por el estilo, a cualquier otro historiador romano y he sentido toda la sonoridad espantosa y solemne, toda la enérgica representación de la majestad del pueblo romano, en esas dos palabras que con tanta frecuencia se repiten en los relatos de Livio: *Cónsul Romanun*, sobre todo cuando el cónsul se presenta en su aspecto de soldado. Quiero decir que las palabras: rey, sultán o regente, o todos los demás títulos que corresponden a los hombres que

encarnan la majestad de un gran pueblo, no tenían el poder de inspirarme el mismo respeto. Si bien no soy gran lector de las cosas históricas, me había familiarizado igualmente, de una manera crítica y minuciosa, con cierto período de la historia inglesa, con el período de la guerra del Parlamento, que me había atraído por la grandeza moral de sus protagonistas y por las numerosas memorias interesantes que han sobrevivido a épocas turbulentas. Esas dos partes de mis lecturas ociosas, que a menudo proporcionaron material a mis reflexiones, proporcionaban ahora alimento para mis sueños. Con frecuencia me sucedía, mientras estaba

despierto, que presenciaba una especie de ensayo de teatro que se pintaba posteriormente en las oscuridades complacientes: una multitud de damas, tal vez una fiesta y bailes. Y oía que decía alguien o me decía a mí mismo: “Ésas son las esposas y las hijas de los que se reunían en los tiempos de paz, de los que se sentaban a las mismas mesas y estaban aliados por el casamiento o por la sangre; y, sin embargo, desde cierto día de agosto de 1642, jamás han sonreído ni se han encontrado nuevamente sino en los campos de batalla; y en MarstonMoor, en Newbury o en Naseby cortaron todos los vínculos amorosos con el sable cruel y borraron

con la sangre el recuerdo de las antiguas amistades”. Las señoras bailaban y parecían tan seductoras como las de la corte de Jorge IV. Yo sabía, no obstante, aun en mi sueño, que estaban en la tumba desde hacía casi dos siglos. Pero toda esa pompa debía disolverse de pronto; se batieron palmas y se oyeron estas palabras cuyo sonido me conmovió el corazón: *¡Cónsul romanus!* y se presentó inmediatamente, barriendo todo ante sí, magnífico con su manto de campaña, Paulo Emilio, o bien Mario, rodeado por una compañía de centuriones, haciendo que la túnica roja se izara en la punta de una lanza y seguido por los vítores espantosos de

las legiones romanas».

Sorprendentes y monstruosas arquitecturas se elevaban en su cerebro, semejantes a esas construcciones movedizas que el ojo del poeta percibe en las nubes que colorea el sol poniente. Pero pronto a esas visiones de terrazas, de torres, de murallas que se alzaban a alturas desconocidas y se hundían en inmensas profundidades, les sucedieron lagos y lagunas extensas. El agua se convirtió en el elemento obsesionante. En nuestro trabajo sobre el hachís ya habíamos observado esa predilección sorprendente del cerebro por el elemento líquido y por sus misteriosas seducciones. ¿No se diría que existe un

singular parentesco entre esos dos excitantes, al menos en sus efectos sobre la imaginación o, si se prefiere explicarlo de otro modo, que el cerebro humano, bajo el imperio de un excitante, se prenda de mejor grado de ciertas imágenes? Las aguas cambiaron de pronto de carácter, y los lagos transparentes, brillantes como espejos, se convirtieron en mares y en océanos. Luego, una nueva metamorfosis hizo de esas aguas magníficas, solamente inquietantes por su extensión y su frecuencia, un tormento espantoso. Nuestro autor había amado demasiado las multitudes, se había sumergido con delicia excesiva en los océanos de las

multitudes para que el rostro humano no desempeñase en sus sueños un papel despótico. Y entonces se puso de manifiesto lo que él ha llamado, según creo, *La tiranía de la faz humana*. «Entonces, en las aguas movientes del océano comenzó a mostrarse el rostro del ser humano; el mar me pareció pavimentado con innumerables cabezas vueltas hacia el cielo; rostros furiosos, suplicantes, desesperados, se pusieron a danzar en la superficie, por miles, por miríadas, por generaciones y por siglos; mi agitación se hizo infinita y mi mente saltó y rodó como las olas del Océano».

Habrás advertido el lector que el hombre no evoca las imágenes sino que

las imágenes se le ofrecen espontánea y despóticamente. No puede despedirlas, pues la voluntad no tiene fuerza ni gobierna las facultades. La memoria poética, en otro tiempo fuente de infinitos placeres, se ha convertido en un arsenal inagotable de instrumentos de suplicio.

En 1818, el malayo del que venimos hablando le atormentaba cruelmente; era un visitante insoportable. Como el espacio y como el tiempo, el malayo se había multiplicado. El malayo había llegado a ser el Asia misma, el Asia antigua, solemne, monstruosa y complicada como sus templos y sus religiones; donde todo, desde los

aspectos más ordinarios de la vida hasta los recuerdos clásicos y grandiosos que comporta, está hecho para confundir y pasmar a la mente europea. Y no era solamente China, extraña y artificial, prodigiosa y vetusta como un cuento de hadas, la que oprimía su cerebro. Esa imagen evocaba naturalmente a la imagen vecina de la India, tan misteriosa e inquietante para un espíritu de Occidente; además, China y la India formaban muy pronto con Egipto una tríada amenazante, una pesadilla compleja de variadas angustias. En resumen, el malayo evocaba todo el Oriente inmenso y fabuloso. Las páginas siguientes son demasiado bellas para

que pueda abreviarlas:

«Todas las noches me transportaba ese hombre al corazón de los paisajes asiáticos. No sé si otras personas comparten mis sentimientos al respecto, pero con frecuencia he pensado que si me viera obligado a abandonar Inglaterra para vivir en China, en las modas, los amañamientos y las decoraciones de la vida china, me volvería loco. Las causas de mi horror son profundas y algunas de ellas también deben experimentarlas otros hombres. El Asia meridional es, generalmente, una sede de imágenes terribles y de temibles asociaciones de ideas; sólo por ser la cuna de todo el género humano debe

exhalar no sé qué sensación vaga de espanto y de respeto. Pero hay otras razones. Nadie pretenderá que las extrañas, bárbaras y caprichosas supersticiones del África, o de las tribus salvajes de cualquier otra parte, le puedan afectar de la misma manera que las viejas, monumentales, crueles y complicadas religiones del Indostán. La antigüedad de las cosas del Asia, de sus instituciones, sus anales y sus sistemas de fe, posee para mí algo tan sorprendente: la vejez de la raza y de los nombres, algo tan dominante, que aniquila por sí sola la juventud del individuo. Un joven chino me parece un hombre antediluviano renovado. Los

ingleses mismos, aunque no hayan sido educados en el conocimiento de tales instituciones, no pueden dejar de estremecerse ante la mística sublimidad de esas castas, cada una de las cuales ha seguido un camino distinto y se han negado siempre a mezclar sus corrientes durante períodos de tiempo inmemoriales. Nadie puede dejar de sentir gran respeto por los nombres del Ganges y del Eufrates. Y lo que aumenta mucho tales sentimientos es que el Asia meridional ha sido y sigue siendo desde hace millares de años, la parte de la tierra donde hormiguea más la vida humana, la gran *officina gentium*. El hombre, en esos países, crece como la

hierba. Los vastos imperios en los cuales se ha moldeado siempre la enorme población del Asia agregan una grandeza más a los sentimientos que suscitan las imágenes y los nombres orientales. En China, sobre todo, y sin tener en cuenta todo lo que comparte con el Asia meridional, me aterrorizan los sistemas de vida y las costumbres, lo que se debe a una repugnancia absoluta, a una barrera de sentimientos que nos separan de ella y que son demasiado profundos para que se pueda analizarlos. Me parecería más cómodo vivir con lunáticos o con brutos. Es necesario que el lector se compenetre con todas estas ideas y otras muchas que no puedo decir

o no puedo expresar por carencia de tiempo, para que comprenda todo el horror que imprimen en mi mente esos sueños de imágenes orientales y de torturas mitológicas.

»Bajo las dos condiciones conexas del calor tropical y la luz vertical, recogí todas las criaturas, aves, animales, reptiles, árboles y plantas, costumbres y espectáculos que se suele encontrar comúnmente en toda la región de los trópicos, y los arrojé confusamente en China o el Indostán. Con sentimiento análogo me apoderé de Egipto y de todos sus dioses y los sometí a la misma ley. Monos, loros y cacatúas me miraban fijamente, me

gritaban, me ponían mal gesto y cotorreaban a mi costa. Yo me refugiaba en las pagodas y durante siglos me quedaba en su cima o encerrado en cámaras secretas. Era el ídolo, el sacerdote, me adoraban y me sacrificaban. Huía de la cólera de Brahma a través de todos los bosques del Asia; Vishnú me odiaba y Siva me tendía una emboscada. Caía súbitamente en poder de Isis y Osiris, pues, según se decía, yo había cometido algún crimen que hacía estremecerse a Isis y el cocodrilo. Durante un millar de años permanecí encerrado en féretros de piedra, con esfinges y momias en las estrechas celdas del centro de las

pirámides eternas. Me besaban los cocodrilos con besos cancerosos y me deslizaba entre los lodos y las cañas del Nilo entre una turbamulta de cosas inexpresables y viscosas.

»Le doy así al lector un ligero resumen de mis fascinaciones orientales, el teatro monstruoso de las cuales me producía siempre tal estupefacción que el horror mismo parecía absorbido en ellas durante cierto tiempo. Más tarde o más temprano, sin embargo, se producía un reflujó de sensaciones en las que, a su vez, se abismaba el asombro y que me conducía, no tanto al terror como a una especie de abominación y de odio por todo lo que veía. Sobre cada ser y

cada forma, sobre cada amenaza, sobre cada castigo y cárcel tenebrosa, se cernía una sensación de eternidad y de infinito que me causaba la angustia y la opresión de la locura. Únicamente en esos sueños, salvo una o dos pequeñas excepciones, entraban las circunstancias que producen el horror físico. Hasta aquel momento mis terrores solamente habían sido morales y espirituales. Pero ahora los agentes principales eran aves horribles, serpientes o cocodrilos, sobre todo estos últimos. El cocodrilo maldito se convirtió para mí en un ser más horrible que casi todos los otros. Me veía obligado a vivir con él durante siglos, como sucedía siempre en mis

sueños. A veces escapaba y me encontraba en viviendas chinas, amuebladas con mesitas de cañas. Todas las patas de esas mesas y las de los divanes parecían tener vida; la abominable cabeza del cocodrilo, con sus ojos oblicuos, me miraba en todas partes y por todos los lados, multiplicada por innumerables repeticiones, y yo me quedaba inmóvil, embargado por el horror y fascinado. Y el reptil espantoso frecuentaba mis sueños de tal modo que, en muchas ocasiones, la misma pesadilla era interrumpida de la misma manera. Oía que me llamaban unas voces suaves (oigo todo inclusive cuando estoy

amodorrado) y me despertaba inmediatamente. Era de día, pleno mediodía, y mis hijos, tomados de la mano, se encontraban de pie junto a mi cama. Venían a mostrarme sus zapatos de color y sus vestidos nuevos para que admirara su atavío antes de salir de paseo. Afirmo que esa transición del cocodrilo maldito y de los otros monstruos y abortos inexpresables de mis sueños, a aquellas criaturas inocentes, a aquella sencilla infancia *humana* eran tan terrible que, en la potente y súbita revulsión de mi espíritu, lloraba sin poder evitarlo mientras les besaba los rostros».

En esta galería de impresiones

antiguas repercutidas en el sueño tal vez espera el lector encontrar la figura melancólica de la pobre Ana. Y hela aquí cuando le llega el turno.

El autor ha observado que la muerte de los seres queridos y en general, la contemplación de la muerte, afecta a nuestra alma en el verano mucho más que en las otras estaciones del año. El firmamento parece entonces más alto, más lejano e infinito. Las nubes, por las cuales aprecia la mirada la distancia del pabellón celeste, son más voluminosas y están acumuladas en masas más extensas y sólidas; la luz y el espectáculo del sol cuando se pone, están más en consonancia con el carácter de lo

infinito. Pero la razón más importante es que la prodigalidad exuberante de la vida estival contrasta más violentamente con la esterilidad helada de la tumba. Además, dos ideas que están en relación de antagonismo se llaman mutuamente y se sugieren una a otra. Asimismo el autor nos confiesa que, en los días interminables del verano, le es difícil no pensar en la muerte y la idea de la muerte de una persona conocida o querida le asedia más obstinadamente en la estación espléndida. Un día le pareció que se hallaba parado en la puerta de su casa de campo; era (en su sueño) la mañana de un domingo de mayo, un domingo de Pascua, lo que no contradice

en modo alguno el almanaque de los sueños. Delante de él se extendía el paisaje conocido, pero agrandado y solemnizado por la magia del sueño. Las montañas eran más altas que los Alpes, y las praderas y los bosques situados a sus pies, infinitamente más extensos; los setos, adornados con rosas blancas. Como era muy temprano, no se veía criatura viviente alguna, excepto los animales que descansaban en el cementerio junto a las tumbas verdeantes y, sobre todo, alrededor del sepulcro de un niño al que había querido tiernamente (a ese niño lo habían enterrado realmente aquel mismo verano y una mañana, antes de salir el sol, el autor

había visto realmente aquellos animales descansando junto a su tumba). Entonces se dijo: «Falta todavía mucho tiempo para que salga el sol y hoy es el domingo de Pascua, el día en que se celebran los primeros frutos de la Resurrección. Iré a pasear al aire libre y olvidaré mis viejas penas; la atmósfera está tranquila y fresca, las montañas son altas y se extienden a lo lejos hacia el cielo; los calveros del bosque se hallan tan apacibles como el cementerio; el rocío lavará la fiebre de mi frente y dejaré por fin de ser infortunado». E iba a abrir la puerta del jardín, cuando el paisaje se transformó a la izquierda. Seguía siendo un domingo de Pascua y

muy de madrugada, pero el paisaje se había hecho oriental. Las cúpulas y los domos de una gran ciudad dentellaban vagamente el horizonte (tal vez era el recuerdo de alguna imagen bíblica contemplada en la infancia). No lejos de él, sentada en una piedra, se hallaba una mujer sombreada por las palmeras de Judea. Era Ana.

«Tenía fijos en mí los ojos con una mirada intensa, y le dije en un susurro: “¡Por fin he vuelto a encontrarte!”. Esperé, pero no me respondió una palabra. Tenía el mismo rostro que cuando la había visto la última vez y, sin embargo, ¡qué diferente era! Diecisiete años antes, cuando la luz del farol caía

sobre su cara, cuando por última vez besé sus labios (¡tus labios Ana, que para mí no tenían mancha alguna!) las lágrimas corrían por sus ojos, pero esas lágrimas estaban ahora secas; parecía más bella que en esa época, pero por lo demás seguía siendo la misma y no había envejecido. Su mirada era tranquila, pero estaba dotada de una rara expresión solemne, y yo la contemplaba en ese instante con una especie de miedo. Pero de pronto se le oscureció el rostro y, volviéndome hacia el lado de las montañas, percibí unos vapores que giraban entre nosotros; todo se esfumó en un instante, llegaron densas tinieblas y en un abrir y cerrar de ojos me

encontré lejos, muy lejos de las montañas, paseándome con Ana a la luz de los faroles de la Oxford Street, como cuando nos paseábamos diecisiete años atrás, cuando ella y yo éramos niños».

El autor cita otro ejemplo de sus concepciones morbosas y este último sueño (que data de 1820) es tanto más terrible por ser todavía más vago y de carácter más incomprensible y, porque, aunque lo empapa por completo una sensación punzante, se presenta en la decoración movediza y elástica de lo infinito. Desespero de traducir adecuadamente la magia del estilo del escritor inglés.

«La visión comenzaba con música

que oía con frecuencia en mis sueños, música preparatoria, apta para despertar la mente y mantenerla en suspenso, una música parecida a la obertura del servicio de la coronación y que, como ella, causaba la impresión de una gran marcha, de un desfile infinito de la caballería y el ruido de las pisadas de innumerables ejércitos. Había llegado la mañana de un día muy solemne, de un día de crisis y de esperanza final para la naturaleza humana, que en aquel momento sufría un eclipse misterioso y alguna angustia terrible. En alguna parte, no sé dónde, de una manera u otra, no sé cómo; no sé qué seres porque los desconozco, libraban una batalla, sufrían

una agonía que se desarrollaba como un drama grandioso o un fragmento de música y la simpatía que sentía por ellos se transformaba en un suplicio a causa de mi incertidumbre del paraje, el motivo, el carácter y el posible resultado del reencuentro. Como sucede de ordinario en los sueños, donde necesariamente hacemos de nosotros mismos el centro de todo movimiento, yo podía decidir el resultado y, sin embargo, no me decidía a hacerlo; tenía poder de haberlo querido y, sin embargo, flaqueaba el poder de hacerlo porque estaba abrumado por el peso de veinte Atlánticos o bajo la opresión de un crimen inexpiable. Yacía inmóvil,

inerte, a una profundidad que jamás ha alcanzado el plomo de la sonda. Entonces, como un coro, la pasión adquiriría un sonido más hondo. Se hallaba en juego un interés muy grande, una causa más importante que la que defendió nunca la espada o proclamó la trompeta. Luego sobrevenían alarmas repentinas, en una y otra parte pasos precipitados, espantos de innumerables fugitivos. Yo no sabía si venían de la buena o de la mala causa: tinieblas, luces, tempestades y también rostros humanos y, al fin, con la sensación de que todo estaba perdido, aparecían formas de mujeres, rostros que habría deseado reconocer al precio del mundo

entero y que no podía entrever sino solamente un instante. Luego manos crispadas, separaciones que desgarraban el pecho ¡y despedidas eternas! Y con un suspiro parecido al que exhalaban las cuevas del Infierno cuando la madre incestuosa profirió el nombre aborrecido de la Muerte, repetía el grito ¡Despedidas eternas! y luego repetía otra vez el eco: ¡Despedidas eternas!

»Me despertaba con convulsiones y gritaba en voz alta: “¡No, no quiero seguir durmiendo!”».

V. Un falso desenlace

De Quincey abrevió mucho el final de su libro, por lo menos tal como se publicó primitivamente. Recuerdo que la primera vez que lo leí, hace ya muchos años (y yo no conocía la segunda parte, *Suspiria de profundis*, que no había aparecido todavía) me decía de vez en cuando: ¿Cuál puede ser el desenlace de un libro como éste? ¿La muerte? ¿La locura? Pero el autor, que habla constantemente en primera persona, se halla, sin duda en un estado de salud, si no excelente y completamente normal, al menos que le permite dedicarse a un trabajo literario. Lo que me parecía más probable era el *statu quo*; que se había acostumbrado a sus dolores y defendía

los efectos temibles de su extraña dietética; en fin, yo me decía: Robinson puede salir un día de su isla, un barco puede abordar en una costa por desconocida que ella sea y llevarse al exiliado solitario, ¿pero qué ser humano puede salir del imperio del opio? Por consiguiente, me seguía diciendo, este libro extraño, ya se trate de una confesión verídica o de una pura concepción de la mente (y esta última hipótesis era completamente improbable a causa de la atmósfera de verdad que se cierne sobre todo el conjunto y del tono de sinceridad inimitable que acompaña a cada detalle) es un libro sin desenlace. Hay evidentemente libros que, como

algunas aventuras, carecen de desenlace. Hay situaciones eternas y todo lo que se relaciona con lo irremediable, con lo irreparable, pertenece a esa categoría. Sin embargo, yo recordaba que el opiómano había anunciado en alguna parte, al comienzo, que por fin había logrado *desatar, un anillo tras otro, la cadena maldita que ligaba todo su ser*. En consecuencia, el desenlace era para mí algo del todo inesperado y confesaré, francamente, que cuando lo conocí, pese a todo su aparato de verosimilitud minuciosa, desconfié por instinto. Ignoro si los lectores compartirán mi impresión al respecto, pero diré que la manera ingeniosa y sutil como el infortunado

sale del laberinto encantado donde se halla perdido por su culpa, me pareció un invento en favor de cierto *cant* británico, un sacrificio en el que la verdad era inmolada en honor del pudor y los prejuicios públicos. Recordad cuántas precauciones ha tomado antes de iniciar el relato de su *llíada de males*, y con qué cuidado ha sentido el derecho para hacer *confesiones*, incluso *provechosas*. Tal pueblo desearía desenlaces *morales*, y tal otro, desenlaces *consoladores*. Las mujeres, por ejemplo, no quieren que los malvados sean recompensados. ¿Qué diría el público de nuestros teatros si al final del quinto acto no encontrara el

desenlace deseado por la justicia? La justicia que restablece el equilibrio normal, o mejor dicho utópico, entre todas las partes, el desenlace equitativo esperado impacientemente durante cuatro largos actos. En resumen, yo creo que al público no le gustan los impenitentes y que, de buena gana, los considera *insolentes*. Es posible que De Quincey pensara del mismo modo y se pusiera a cubierto. Si las páginas que preceden hubiesen caído por casualidad bajo sus ojos, me imagino que se habría dignado complacientemente a sonreír por mi desconfianza precoz y motivada. En todo caso, yo me apoyo en su texto tan sincero en todas las demás ocasiones

y tan penetrante, y podría anunciar desde ahora cierta *tercera postración ante el ídolo negro* (lo que implica una segunda) de la que hablaremos más tarde.

Como quiera que sea, he aquí el desenlace. Hacía mucho tiempo que el opio no hacía sentir su imperio por medio de encantamientos, sino de torturas, y esas torturas (lo que es completamente verosímil y concuerda con todas las experiencias vinculadas con la dificultad de romper viejas costumbres de cualquiera naturaleza que sean) había comenzado con los primeros esfuerzos para librarse del tirano cotidiano. Entre dos agonías,

proveniente la una del uso continuado y la otra de la dieta interrumpida, el autor prefirió, según nos dice, la que implicaba la posibilidad de liberarse. «No sabría decir qué cantidad de opio tomaba en esa época, pues el opio que utilizaba había sido comprado por un amigo mío que más tarde no quiso que se lo reembolsara, de modo que no puedo determinar la cantidad que absorbí durante un año. Creo, no obstante, que lo tomaba muy irregularmente y que variaba la dosis de cincuenta o sesenta granos a ciento cincuenta diarios. Mi primer cuidado fue reducirla a cuarenta, a treinta, y finalmente, con toda la frecuencia que

podía, a doce granos». Añade que entre los diferentes específicos que probó, el único que le resultó beneficioso fue la tintura amoniaca de valeriana. ¿Pero para qué —dice— continuar este relato de la convalecencia y de la curación? El propósito de la obra era poner de manifiesto el maravilloso poder del opio, ya fuera para el placer o ya para la aflicción, y el libro ha terminado en consecuencia. La moraleja del relato está destinada únicamente a los opiómanos. Que aprendan a temblar y que sepan por medio de este ejemplo extraordinario que después de diecisiete años de uso y de ocho de abuso de esta droga se puede abandonarla. ¡Ojalá

puedan, dice, desarrollar más energía en sus esfuerzos y alcanzar finalmente el mismo triunfo!

«Jeremías Taylor supone que es tal vez tan doloroso nacer como morir. Lo creo muy probable, y durante el largo período consagrado a disminuir la dosis de opio, sentí todas las torturas del hombre que pasa de un modo de existencia a otro distinto. No fue la muerte el resultado, sino una especie de renacimiento físico... Me queda aún como un recuerdo de mi primer estado, mis sueños no se han tranquilizado por completo, la temible turgencia y agitación de la tormenta no se ha apaciguado enteramente; las legiones

que poblaban mis sueños se retiran, pero no todas se han ido; mi sueño es tumultuoso, y al igual que las puertas del Paraíso cuando nuestros primeros padres se volvieron para mirarlas, sigue estando, como dice el aterrador verso de Milton:

*lleno de rostros que
amenazan y de brazos
ardientes».*

El apéndice (que data de 1822) está destinado a corroborar más minuciosamente la verosimilitud del desenlace y a darle, por así decirlo, una

fisonomía médica rigurosa. Haber bajado de una dosis de ocho mil gotas a otra más moderada que variaba de las trescientas a las ciento sesenta era, por cierto, un magnífico triunfo. Pero el esfuerzo que quedaba por hacer exigía una energía todavía más grande que la que nuestro autor suponía y la necesidad de ese esfuerzo se puso cada vez más de manifiesto. Advirtió particularmente cierto endurecimiento, una falta de sensibilidad en el estómago que parecía presagiar una cirrosis. El médico afirmó que si seguía utilizando el opio, aunque lo hiciera en dosis reducidas, la consecuencia podía ser la misma. Desde entonces juró dejar el opio, dejarlo en

forma absoluta. El relato de sus esfuerzos, de sus vacilaciones, de los dolores físicos resultantes de las primeras victorias de la voluntad puesta en juego, es verdaderamente interesante. Hay disminuciones progresivas y llega al cero dos veces; luego se producen recaídas, recaídas que compensan ampliamente las abstinencias precedentes. En resumen, la experiencia de las seis primeras semanas dio como resultado una irritabilidad espantosa en todo el organismo, particularmente en el estómago, que a veces recuperaba su estado de vitalidad normal y otras sufría extrañamente una agitación que no cesaba de día ni de noche, un sueño

(¡pero qué sueño!) de tres horas lo más en veinticuatro, y tan liviano que oía en derredor los ruidos más pequeños; la mandíbula inferior constantemente hinchada, úlceras en la boca y, entre otros síntomas más o menos luctuosos, violentos estornudos que, por lo demás, acompañaron siempre a sus intentos de rebelión contra el opio (esa nueva dolencia duraba a veces dos horas y se repetía a diario dos o tres veces) una sensación de frío y por fin un resfrío terrible que jamás se había producido bajo el imperio del opio. Mediante el uso de amargos consiguió que volviera el estómago a su estado normal, es decir, a perder, como los demás hombres, la

conciencia de las operaciones digestivas. Después de cuarenta y dos días, por fin desaparecieron los síntomas alarmantes para dar lugar a otros, pero él ignora si éstos eran una consecuencia del abuso anterior del opio o de su supresión definitiva. Así, la transpiración muy abundante que, inclusive en la Navidad, acompañaba a toda reducción diaria de dosis, había cesado por completo en la estación más cálida del año. Pero otras dolencias físicas pueden atribuirse al lluvioso clima de julio en la parte de Inglaterra donde estaba situada su vivienda.

El autor lleva el cuidado (siempre para acudir en ayuda de los infortunados

que pudieran encontrarse en su mismo caso) hasta proporcionarnos un cuadro sinóptico, con datos y cantidades a la vista, de las cinco primeras semanas durante las cuales comenzó a llevar a cabo su gloriosa tentativa. En él se ven recaídas terribles, como de cero a 200, 300 y 350. Pero quizás el descenso fue demasiado rápido y mal graduado y originó sufrimientos superfluos que le obligaron a veces a buscar una ayuda en la fuente misma del mal.

Lo que me ha confirmado siempre en la idea de que ese desenlace era *artificial*, por lo menos en parte, en cierto tono de broma, de chanza y hasta de burla que se advierte en numerosos

pasajes del apéndice. En fin, para mostrar claramente que no concede a su mísero cuerpo esa atención fanática de los valentudinarios que dedican todo el tiempo a observarse, el autor pide para ese cuerpo, ese despreciable «harapo», aunque solamente sea para infligirle un castigo por haberlo atormentado de tal modo, los tratamientos deshonorosos que suele infligir la ley a los peores malvados y si los médicos de Londres opinan que la ciencia puede beneficiarse de algún modo con el análisis del cuerpo de un opiómano tan obstinado como él había sido, le lega de buena gana el suyo. Ciertos romanos ricos solían cometer la imprudencia, después

de haber otorgado algún legado a su príncipe, de *obstinarse en vivir*, como dice jocosamente Suetonio y el César, que se había dignado aceptar el legado, se sentía gravemente ofendido por esas existencias tan indiscretamente prolongadas. Pero el opiómano no teme por parte de los médicos esas muestras de impaciencia chocantes. Sabe que sólo puede esperar de ellos sentimientos análogos a los suyos, es decir que responden a ese puro amor a la ciencia que a él mismo lo impulsa a hacerles ese don fúnebre de sus preciosos despojos. ¡Ojalá este legado no les sea entregado sino dentro de un plazo infinitamente remoto, ojalá este escritor agudo, este

enfermo encantador hasta en sus burlas, nos sea conservado todavía más largo tiempo que aquel Voltaire tan frágil, quien, como se ha dicho, tardó ochenta y cuatro años en morir!^[6]

VI. El genio niño

Las *Confesiones* datan de 1822 y los *Suspiria*, que son su continuación y las completan, fueron escritas en 1845. Por consiguiente el tono, si no enteramente distinto, es al menos más grave, más triste y resignado. Al recorrer repetidamente esas páginas singulares,

yo no podía menos de pensar en las diferentes metáforas de que se sirven los poetas, para pintar al hombre que vuelve de las batallas de la vida; es el viejo marino, con la espalda encorvada y la cara zurcida por una red de arrugas inextricables, que en su hogar recalienta un esqueleto heroico escapado de un millar de aventuras; es el viajero que vuelve por la tarde hacia los campos cruzados por la mañana y que recuerda, enternecido y triste, las muchas fantasías que le dominaban el cerebro, mientras atravesaba esas comarcas vaporizadas ahora en horizontes. Es lo que, de una manera general, yo llamaría de buen grado el tono del *alma en pena*, tono no

sobrenatural, sino casi ajeno a la humanidad, medio terrenal y medio extraterrestre, que encontramos a veces en las *Memorias de ultratumba*, como enmudecidos el orgullo y la ira, el desprecio del gran René por las cosas del mundo, se hace enteramente indiferente.

La *Introduction* de los *Suspiria* nos enteramos de que para el opiómano, a pesar de todo el heroísmo desplegado en su paciente cura, hubo una segunda y hasta una tercera recaída. Es lo que él llama *a third prostration before the dark idol*. Aun admitiendo razones fisiológicas que alega como excusa, como la de no haber regido lo bastante prudentemente su

abstinencia, creo que se podía prever con facilidad esa desgracia. Pero esta vez ya no se trata de rebelión ni de lucha. La lucha y la rebelión implican siempre cierta cantidad de esperanza, en tanto que la desesperación es siempre muda. Allí donde no hay remedio, los dolores más grandes se resignan. Las puertas, en otro tiempo abiertas para el regreso, se han cerrado, y el hombre avanza con docilidad hacia su destino. *¡Suspiria de profundis!* Este libro tiene bien puesto el título.

El autor no trata ya de persuadirnos de que las *Confesiones* fueron escritas, por lo menos en parte, en beneficio de la sanidad pública. Tenían por objeto, nos

dice con más franqueza, mostrarnos el poder que tiene el opio de aumentar la facultad natural de la fantasía. Soñar magníficamente no es un don concedido a todos los mortales, e inclusive, en quienes lo poseen, corre el riesgo de que cada vez los disminuya más la disipación moderna en aumento constante y el progreso material turbulento. La facultad del ensueño es una facultad misteriosa y divina, pues por medio del sueño se comunica el hombre con el tenebroso mundo que lo rodea. Pero esa facultad necesita la soledad para desarrollarse libremente; cuanto más se concentra el hombre es tanto más capaz de soñar amplia y

profundamente. Ahora bien, ¿qué soledad es mayor, más tranquila, más separada del mundo de los intereses terrenales que la que crea el opio?

Las *Confesiones* nos explica los accidentes juveniles que hubieran podido legitimar el empleo del opio. Pero se dan aquí, hasta el presente, dos lagunas importantes; una de ellas comprende las fantasías creadas por el opio durante la residencia del autor en la Universidad (a las que él llama sus *Visiones de Oxford*); la otra es el relato de sus impresiones de la infancia. Así, en la segunda parte, lo mismo que en la primera, la biografía servirá para explicar y para *comprobar*, por así

decirlo, las misteriosas aventuras del cerebro. En las notas relacionadas con la infancia es donde encontraremos el germen de los extraños arrobamientos del hombre adulto y, digámoslo mejor, de su genio. Todos los biógrafos han comprendido de una manera más o menos completa, la importancia de las anécdotas que atañen a la infancia de un escritor o de un artista. Pero a mí me parece que nunca se ha afirmado lo suficientemente esta importancia. Muchas veces al contemplar las obras de arte, no en su *materialidad* fácilmente comprensible, en los jeroglíficos demasiado claros de sus contornos o en el sentido evidente de sus

temas, sino en el alma de que están dotadas, en la impresión atmosférica que comportan, en la luz o en las tinieblas espirituales que vierten en nuestras almas, he sentido que en mí se introducía una especie de visión de la infancia de los autores. Tal pequeño disgusto, tal pequeño placer del niño, desmesuradamente agrandado por una sensibilidad exquisita, se convierte más tarde en el adulto, inclusive sin que él lo sepa, en el principio de una obra de arte. En fin, para expresarme de una manera más concisa, ¿no sería fácil probar, mediante una comparación filosófica entre las obras de un artista maduro y el estado de su alma cuando era niño, que

el genio no es sino la infancia claramente formulada, dotada ahora de órganos viriles y potentes para poder expresarse? No tengo la pretensión, sin embargo, de entregar esta idea a la filosofía como algo más que pura conjetura.

Vamos pues a analizar, rápidamente, las principales impresiones infantiles del opiómano, con el fin de hacer más inteligibles las fantasías que en Oxford eran el ordinario alimento de su cerebro. El lector no debe olvidar que es un anciano quien relata su infancia, un anciano que al volver a esa infancia razona, no obstante, con sutileza y que, en fin, esa infancia, principio de las

fantasías posteriores, es vista y considerada nuevamente a través de la atmósfera mágica de esas fantasías, es decir, de las densidades transparentes del opio.

VII. Pesares infantiles

Él y sus tres hermanas eran muy jóvenes cuando murió su padre, quien dejó a su madre una gran fortuna, una verdadera fortuna de negociante inglés. El lujo, el bienestar, la vida desahogada y magnífica son muy favorables condiciones para el desarrollo de la

sensibilidad natural del niño. «Como no tenía más camaradas que tres inocentes hermanitas, en compañía de las cuales dormía y como estaba siempre encerrado en un jardín bello y silencioso, lejos de todos los espectáculos de la pobreza, la opresión y la injusticia yo no podía —dice— sospechar la verdadera complexión de este mundo». Más de una vez agradeció a la Providencia el privilegio incomparable, no sólo de haber sido educado en la soledad del campo, «sino también de que sus primeros sentimientos fueran moldeados por las más amables de las hermanas, y no por horribles hermanos siempre dispuestos a

los puñetazos, *horrid pugilistic brothers*». En efecto, los hombres que han sido educados por mujeres y entre las mujeres, no se parecen por completo a los demás hombres, ni siquiera aunque se suponga la igualdad en el temperamento o en las facultades espirituales. El cuneo de las nodrizas, las caricias maternas, las zalamerías de las hermanas, sobre todo de las hermanas mayores, que son madres instintivas, transforman, por decirlo así, moldeándola, la pasta masculina. El hombre que desde el comienzo se ha bañado durante largo tiempo en la atmósfera blanda de la mujer, que ha oído el olor de sus manos, de su seno,

de sus rodillas, de su cabellera, de sus ropas flexibles y flotantes,

*Dulce balneum suavibus
Unguentatum odoribus*

ha contraído en ella una delicadeza de epidermis, una distinción en el tono y una especie de androginia sin las cuales el genio más viril y más áspero sigue siendo, con respecto a la perfección artística, un ser incompleto. Quiero decir, por último, que la afición precoz al *mundo* femenino, al *mundi muliebris*, a todo ese espectáculo ondulante, centelleante y perfumado, hace los

genios superiores; y estoy convencido de que una lectora muy inteligente, perdonará la forma casi sensual de mis expresiones, como aprueba y comprende la pureza de mi pensamiento.

La primera que murió fue Jane. Pero para su hermanito no era todavía la muerte una cosa inteligible. Jane sólo estaba ausente; volvería sin duda. Una sirvienta, encargada de atenderla durante su enfermedad, la había tratado con alguna dureza dos días antes de su muerte. El rumor se difundió en la familia y desde aquel momento ya no pudo volver el niño a mirar a la cara a esa muchacha. Tan pronto como ella se presentaba, él fijaba sus miradas en el

suelo. No era ira ni un deseo de venganza que se oculta, era terror simplemente, era la sensibilidad que se aparta de un contacto brutal, era el efecto de la mezcla de terror y presentimiento que produce la verdad espantosa, por primera vez revelada, de que este mundo es un mundo de infortunio, de lucha y de proscripción.

Pero la segunda herida de su corazón de niño no cicatrizó tan fácilmente. Después de un intervalo de varios años felices murió también la querida, la noble Elisabeth, inteligencia tan precoz y tan noble que a él le parece siempre, cuando evoca su amoroso fantasma en las tinieblas, ver alrededor de su amplia

frente una aureola o una tiara de luz. El anuncio del fin próximo de aquella criatura querida, dos años mayor que él, y que había adquirido tanta autoridad sobre su mente, lo llenó de una desesperación indescriptible. El día que siguió a esa muerte, como la curiosidad de la ciencia no había violado todavía tan preciosos despojos, resolvió volver a ver a su hermana. «En los niños, el pesar siente horror de la luz y elude las miradas humanas». Por lo tanto, la visita suprema debía ser secreta y sin testigos. Era hacia el mediodía y cuando entró en la cámara sus ojos sólo vieron al principio una ventana grande completamente abierta, por la que el

ardiente sol del estío precipitaba todos sus esplendores. El tiempo era seco, el cielo no tenía nube; las profundidades azuladas parecían el modelo perfecto de lo infinito y los ojos no podían contemplar ni la mente concebir un símbolo más patético de la vida y de su gloria.

Una gran desgracia, una desgracia irreparable que nos hiere en la estación más bella del año parecería tener un carácter más funesto, más siniestro. Como creo haberlo advertido ya en el análisis de las *Confesiones* la muerte nos afecta más profundamente en el pomposo reinado del estío. «Entonces se produce una terrible antítesis entre la

profusión tropical de la vida exterior y la negra esterilidad de la tumba. Nuestros ojos ven el verano y nuestro pensamiento está obseso por el sepulcro; la claridad gloriosa nos rodea y en nuestro interior reinan las tinieblas. Y al chocar las dos imágenes se prestan mutuamente una fuerza exagerada». Pero para el niño, que será posteriormente un erudito lleno de imaginación y de ingenio, para el autor de las *Confesiones* y los *Suspiria*, un motivo distinto de este antagonismo había vinculado ya, fuertemente, la idea del verano con la de la muerte, un motivo tomado de las relaciones íntimas entre los paisajes y los hechos descritos en

las Sagradas Escrituras. «La mayoría de los pensamientos y de los sentimientos profundos nos llegan, no directamente y en sus formas desnudas y abstractas, sino a través de combinaciones complicadas de objetos concretos». Así, la Biblia, que una sirvienta joven leía a los niños en las largas y solemnes veladas del invierno, había contribuido fuertemente a unir esas dos ideas en su imaginación. Esa joven que conocía el Oriente, les explicaba los climas de esas regiones, así como los numerosos matices de sus veranos. Era en un clima oriental, en uno de esos países que parecen favorecidos con un verano eterno, donde un *justo*, que era más que

un hombre, había sufrido una *pasión*. Era evidentemente en el verano cuando los discípulos arrancaban las espigas de trigo. El Domingo de Ramos, *Palm Sunday*, ¿no contribuía también a alimentar estos ensueños? *Sunday*, día de descanso, imagen de un descanso más profundo, inaccesible al corazón del hombre; *palm*, la palma, palabra que representa al mismo tiempo las pompas de la vida y las de la naturaleza en el verano. El acontecimiento mayor de Jerusalén estaba próximo cuando llegó el Domingo de Ramos; y el lugar de la acción que recuerda esa fiesta se hallaba cerca de Jerusalén. Y, Jerusalén que, como Delfos, ha pasado por ser el

ombbligo del mundo, puede pasar al menos por ser también el centro de la mortalidad. Pues si fue allí donde la Muerte quedó vencida fue también allí, donde la humanidad sufrió la pérdida más grande.

Aquel verano magnífico que se desbordaba cruelmente en la cámara mortuoria se acercó a contemplar por última vez los rasgos de la querida difunta. Había oído decir a la gente de la casa que la muerte no había alterado esas facciones. La frente seguía siendo la misma, pero los párpados helados, los labios descoloridos y las manos endurecidas le causaron una impresión horrible; y mientras la contemplaba sin

moverse se levantó un viento solemne que comenzó a soplar con violencia, «el viento más lúgubre —nos dice— que había oído nunca». Desde entonces muchas veces, en los días de estío, cuando el sol más calienta, ha oído que se alzaba el mismo viento, «inflando su misma voz profunda, solemne, recordativa y religiosa». Es, agrega, el único símbolo de la eternidad que pueden percibir los oídos humanos. Y tres veces en su vida escuchó nuevamente ese mismo sonido, en las mismas circunstancias, entre una ventana abierta y el cadáver de una persona muerta un día de verano.

Mas de pronto sus ojos,

deslumbrados por el brillo de la vida exterior y comparando la pompa y la magnificencia de los cielos con el hielo que recubría el rostro de la muerta, tuvieron una visión extraña. Pareció que a través del azul se abría una bóveda, una galería, un camino que se prolongaba hacia el infinito. Y su espíritu se elevaba sobre las olas azules, y esas olas y su espíritu corrían hacia el trono de Dios; pero el trono huía constantemente ante su ardiente persecución. En ese éxtasis raro se quedó adormecido y, cuando recuperó el dominio de sí mismo volvió a encontrarse sentado junto al lecho de su hermana. Así el niño solitario,

abrumado por su primera pena, había volado hacia Dios, el solitario por excelencia. Así el instinto, superior a toda filosofía, le había hecho encontrar en un sueño celeste un alivio momentáneo. En ese momento creyó oír pasos en la escalera, y temiendo que si le sorprendían en aquella habitación le impedirían volver a ella, besó apresuradamente los labios de su hermana y se retiró con cautela. Al día siguiente volvieron los médicos para examinar el cerebro de la muerta; él ignoraba el objeto de la visita y algunas horas después de haberse retirado los médicos trató de deslizarse nuevamente en la cámara mortuoria, pero la puerta

estaba cerrada y habían retirado la llave. De este modo le evitaron la pena de contemplar, deshonrados por los estragos de la ciencia, los restos de aquella hermana cuya imagen tranquila, inmóvil y pura como el mármol o el hielo pudo conservar intacta.

Vinieron luego los funerales, una nueva agonía; el sufrimiento del trayecto en coche con los indiferentes que conversaban sobre temas enteramente ajenos a su pena, las terribles armonías del órgano y toda aquella solemnidad cristiana, demasiado abrumadora para un niño al que las promesas de una religión que elevaba a su hermana hasta el cielo no le consolaban de haberla

perdido en esta tierra. Le recomendaron que en la Iglesia se cubriera los ojos con un pañuelo. ¿Necesitaba fingir una compostura fúnebre y hacerse el plañidero, él que apenas podía mantenerse de pie? La luz enardecía los ventanales de colores en los que los apóstoles y los santos exhibían su gloria; y en los días siguientes, cuando lo llevaban a los oficios religiosos, sus ojos, fijos en la parte no coloreada de los ventanales, veían constantemente que las nubes algodonosas del cielo se transformaban en cortinas y almohadas blancas, en las que reposaban las cabezas de niños que sufrían, lloraban y morían. Esos lechos se elevaban poco a

poco hacia el cielo y ascendían hacia el Dios que amó tanto a los niños. Posteriormente, mucho tiempo después, tres pasajes del servicio fúnebre que él había oído ciertamente, pero no había escuchado acaso, o que habían irritado su dolor con sus consuelos demasiado ásperos, volvían a presentarse en su memoria con su sentido misterioso y profundo, le hablaban de liberación, resurrección y eternidad y se convirtieron para él en un tema de frecuentes meditaciones. Pero mucho antes de esa época se enamoró de la soledad con esa violenta afición que ponen de manifiesto las pasiones profundas, sobre todo las que no quieren

que se las consuele. Los silencios dilatados del campo, los veranos acribillados por una luz abrumadora, los brumosos atardeceres, le llenaban de una voluptuosidad peligrosa. Su mirada se perdía en el firmamento y la niebla en busca de algo inencontrable, escrutaba obstinadamente las azules profundidades para descubrir en ellas una imagen querida a la que, por un privilegio especial acaso, se le permitiría manifestarse de nuevo. Abrevio, muy a mi pesar, la parte excesivamente larga que contiene el relato de ese dolor profundo, sinuoso sin salida, lo mismo que un laberinto. La naturaleza entera es invocada en ella y cada objeto llega a

ser a su turno *representativo* de la idea única. Ese dolor, de vez en cuando, hace que broten unas flores lúgubres y coquetas, a la vez tristes y ricas; y sus tonos fúnebremente amorosos, se transforman con frecuencia en *concetti*. El luto mismo, ¿no tiene sus adornos? Y no es únicamente la sinceridad de ese enternecimiento lo que conmueve el alma; también hay para el crítico un placer singular y nuevo al ver cómo florece ese misticismo ardiente y delicado que sólo se da generalmente en el jardín de la Iglesia Romana. Por fin llegó una época en la que esa sensibilidad morbosa que se nutre exclusivamente de un recuerdo y esa

afición inmoderada al aislamiento podían transformarse en un peligro auténtico; una de esas épocas decisivas y críticas en las que el alma desolada se dice: «Si las personas que amamos ya no pueden venir hasta nosotros, ¿qué nos impide ir a ellas?», en que la imaginación, obsesa y fascinada, se entrega con deleite a *las sublimes atracciones de la tumba*. Había llegado por fortuna a la edad del trabajo y de las distracciones obligadas. Tuvo que ponerse el primer arnés de la vida y prepararse para los estudios clásicos.

En las siguientes páginas, no obstante más alegres, seguimos encontrando la misma ternura femenina,

pero aplicada ahora a los animales, esos interesantes esclavos de los hombres, a los gatos, los perros y todos los demás seres que pueden ser fácilmente molestados, oprimidos y encadenados. Además, los animales, por su alegría indolente, por su simplicidad misma ¿no son una representación de la infancia del hombre? El joven soñador, por consiguiente, también en este caso, aunque se desviaba hacia nuevos objetos, seguía siendo fiel a su primer carácter. Amaba todavía, en formas más o menos perfectas, la debilidad, el candor y la inocencia. Entre las marcas y características principales que le había impreso el destino hay que anotar,

asimismo, una delicadeza de conciencia excesiva, la que, unida a su sensibilidad morbosa, contribuía a aumentar desmesuradamente los hechos más vulgares y a que las faltas más insignificantes, incluso imaginarias le causaran terrores, por desgracia demasiado reales. En fin, imagínese un niño de esta naturaleza, privado del objeto de su primer y mayor afecto, enamorado de la soledad y sin confidente alguno. Al llegar a este punto comprenderá el lector perfectamente que muchos de los fenómenos desarrollados en el escenario de los sueños tenían que ser repeticiones de las pruebas sufridas en sus primeros años. El destino había

sembrado la semilla; el opio la hizo fructificar y la transformó en vegetaciones extrañas y abundantes. Las cosas de la infancia, para utilizar una metáfora que pertenece al autor, llegaron a ser el coeficiente natural de la droga. Esa facultad prematura, que le permitía idealizar todas las cosas y darles proporciones extraordinarias, cultivada y ejercitada en la soledad durante largo tiempo, debió producir en Oxford, activada desmesuradamente por el opio, resultados insólitos y grandiosos inclusive en la mayoría de los jóvenes de su edad.

El lector recordará las aventuras de nuestro héroe en Gales, sus sufrimientos

en Londres y su reconciliación con sus tutores. Helo en la Universidad al presente, fortificándose en el estudio, más inclinado que nunca al ensimismamiento y extrayendo de la sustancia que, como ya dijimos, conoció en Londres con motivo de los dolores neurálgicos, un ayudante peligroso y potente para sus facultades precozmente soñadoras. Desde entonces, su primera existencia penetró en la segunda y se confundió con ella para formar un todo tan anormal como íntimo. Dedicó su nueva vida a revivir la primera. ¡Cuántas veces volvió a ver, en los ocios de la escuela, la cámara funeraria donde se hallaba acostado el cadáver de

su hermana, con la luz del verano y el hielo de la muerte, el camino abierto al éxtasis a través de la bóveda de los cielos azules; y luego el sacerdote de sobrepelliz blanca junto a una tumba abierta, el ataúd que se hundía en la tierra y *el polvo vuelto al polvo*; finalmente los santos, los apóstoles y los mártires de las vidrieras iluminados por el sol y que formaban un magnífico marco a aquellos lechos blancos, a aquellas lindas cunas de niños que ascendían al cielo a los sones del órgano! Volvía a ver todo eso pero lo veía con variaciones, flores y un colorido más intenso o vaporoso, volvía a ver el universo entero de su infancia,

pero con la riqueza poética que ahora le agregaba una mente cultivada, ya sutil y habituada a obtener sus deleites mayores de la soledad y del recuerdo.

VIII. Visiones de Oxford

1. El palimpsesto

«¿Qué es el cerebro humano sino un palimpsesto inmenso y natural? Mi cerebro es un palimpsesto y el tuyo también, lector. Innumerables capas de ideas, de imágenes, de sentimientos, han caído sucesivamente en tu cerebro tan

suavemente como la luz. Parecía que cada una de ellas enterraba a la precedente. Pero ninguna ha perecido en realidad». No obstante, entre el palimpsesto que contiene, superpuestas una sobre otra, una tragedia griega, una leyenda monacal y una novela de caballería, y el palimpsesto divino creado por Dios que es nuestra memoria inconmensurable se presenta esta diferencia: que en el primero hay como un caos fantástico, grotesco, una colisión entre dos elementos heterogéneos; en tanto que en el segundo la fatalidad del temperamento pone forzosamente una armonía entre los elementos más dispares. Por incoherente que sea una

existencia, la unidad humana no se perturba en ella. Si se los pudiera despertar simultáneamente, todos los ecos de la memoria formarían un concierto, agradable o doloroso, pero lógico y sin disonancias.

Con frecuencia personas sorprendidas por un accidente súbito, sofocadas bruscamente por el agua y en peligro de muerte, han visto que se iluminaba en su cerebro todo el teatro de su vida pasada. El tiempo ha quedado aniquilado y han bastado unos segundos para contener una cantidad de sentimientos y de imágenes equivalente a años. Y lo más singular de esta experiencia, que la casualidad ha

provocado muchas veces, no es la simultaneidad de tantos elementos que eran anteriormente sucesivos, sino la reaparición de todo aquello que no conocía ya el ser mismo, pero que se ve forzado a *reconocer* como propio. El olvido es, por lo tanto, solamente momentáneo; y en algunas circunstancias solemnes, tal vez ante la muerte, y en general en las excitaciones intensas creadas por el opio, todo el inmenso y complicado palimpsesto de la memoria se despliega de golpe, con todas sus capas superpuestas de sentimientos difuntos, misteriosamente embalsamados en lo que llamamos el olvido.

Un hombre de genio, melancólico,

misántropo y que quiere vengarse de la injusticia de su siglo, arroja un día al fuego todas sus obras todavía manuscritas. Y como le reprocharon ese horrible holocausto hecho al odio, el que, por otra parte, era el sacrificio de todas sus esperanzas, respondió: «¿Qué importa? Lo importante era que esas cosas fuesen *creadas*; fueron creadas y, por lo tanto, *existen*». Otorgaba a todo lo creado un carácter indestructible. ¡Cómo se aplica esta idea de un modo todavía más evidente a todos nuestros pensamientos y a todas nuestras acciones, sean buenos o malos! Y si en esta creencia hay algo que consuela infinitamente cuando nuestro espíritu se

vuelve hacia esa parte de nosotros mismos que podemos contemplar con complacencia, ¿no hay también algo infinitamente terrible en el caso futuro, inevitable, en que nuestro espíritu se vuelva hacia esa parte de nosotros mismos que sólo podemos afrontar horrorizados? En lo espiritual, como en lo material, nada se pierde. Así como toda acción lanzada en el torbellino de la acción universal es irrevocable e irreparable en sí misma, prescindiendo de sus posibles consecuencias, así también todo pensamiento es imborrable. El palimpsesto de la memoria es indestructible.

«Si, lector, son innumerables los

poemas de alegría o de pena que se han grabado sucesivamente en el palimpsesto de tu cerebro, y como las hojas de las selvas vírgenes, como las nieves indisolubles del Himalaya, como la luz que cae sobre la luz, sus capas incesantes se han ido acumulando y a cada una, a su turno, la ha cubierto el olvido. Pero a la hora de la muerte, o bien durante la fiebre, o mediante las búsquedas del opio, todos esos poemas pueden cobrar de nuevo vida y fuerza. No están muertos, dormitan. Se cree que la tragedia griega fue desechada y reemplazada por la leyenda del monje, y la leyenda del monje por la novela de caballería, pero eso no es cierto. A

medida que el ser humano va avanzando en la vida, la novela que en su juventud le deslumbraba, la leyenda fabulosa que de niño le seducía, se marchitan y oscurecen por sí solas. Pero las profundas tragedias de la infancia — brazos de niños arrancados para siempre del cuello de sus madres, labios de niños separados para siempre de los besos de sus hermanas— siguen viviendo ocultas bajo las otras leyendas del palimpsesto. La pasión y la enfermedad carecen de una química lo suficientemente poderosa para quemar esas impresiones inmortales».

2. Levana y Nuestra Señora de las

Tristezas

«En Oxford vi con frecuencia a Levana en mis sueños. La conocía por sus símbolos romanos». ¿Pero quién es Levana? Era la diosa romana que presidía las primeras horas del niño, la que, para decirlo así, le confería la dignidad humana. «En el momento del nacimiento, cuando el niño probaba por vez primera la atmósfera turbia de nuestro planeta, lo depositaban en el suelo. Pero casi inmediatamente, temiendo que una criatura tan grande se arrastrase por el suelo durante más de un instante, el padre, como mandatario de la diosa Levana o algún pariente

cercano como mandatario del padre, lo levantaba en el aire y le ordenaba que mirase hacia arriba, como correspondía al rey del mundo, y presentaba la frente del niño a las estrellas, diciendo en su corazón tal vez a éstas: “¡Contemplad a quien es más grande que vosotras!”. Este acto simbólico representaba la función de Levana. Y esa diosa misteriosa que jamás ha mostrado sus facciones (excepto a mí, en mis sueños) y que siempre ha actuado por delegación, toma su nombre del verbo latino *levare*, levantar en el aire, mantener elevado».

Como es natural, muchas personas han entendido que Levana es el poder tutelar que vigila y dirige la educación

de los niños. Pero no creáis que aquí se trata de esa pedagogía que reina solamente para los alfabetos y para las gramáticas; hay que pensar sobre todo «en ese gran sistema de las fuerzas centrales que se oculta en el seno profundo de la existencia humana y que actúa sin cesar en los niños, enseñándoles alternativamente la pasión, el combate, la tentación y la energía de la resistencia». Levana ennoblece al ser humano al que vigila, pero con medios crueles. Es dura y severa esa buena nodriza, y entre los procedimientos que utiliza con frecuencia para perfeccionar al ser humano es el dolor el que prefiere. Le obedecen tres diosas, que

ella emplea para sus designios misteriosos. Así como hay tres Gracias, tres Parcas y tres Furias, como había primitivamente tres Musas, son tres también las diosas de la tristeza. Se las llama *Nuestra Señora de las Tristezas*.

«Las he visto con frecuencia conversar con Levana, y a veces, inclusive, se referían a mí. ¿Hablan, por consiguiente? ¡Oh, no! Esos poderosos fantasmas desdeñan las insuficiencias del lenguaje. Pueden proferir palabras por la boca del hombre cuando habitan en un corazón humano, pero entre ellos no utilizan la voz; no emiten sonido alguno; en sus dominios reina un silencio eterno... La mayor de las tres

hermanas se llama *Mater Lachrymarum*, o Nuestra Señora de las Lágrimas. Es ella la que, noche y día, divaga y gime invocando rostros desvanecidos. Es ella la que se hallaba en Rama cuando se oyó lamentarse a una voz, la de Raquel, que lloraba a sus hijos y no quería que la consolaran. También se hallaba en Belén aquella noche en que la espada de Herodes barrió de sus asilos a todos los inocentes. Sus ojos son alternativamente bondadosos y penetrantes, asustados y adormecidos, con frecuencia se elevan hacia las nubes y con frecuencia acusan a los cielos. Lleva en la cabeza una diadema. Y sé por mis recuerdos de la infancia que puede viajar en alas de los

vientos cuando oye el sollozo de las letanías o el tronido del órgano o cuando contempla los derrumbamientos de las nubes de estío. Esa hermana mayor lleva en el cinto llaves más poderosas que las llaves papales, con las cuales abre todos los chamizos y todos los palacios. Es ella, lo sé bien, quien durante el último verano permaneció a la cabecera del mendigo ciego, aquél con el que conversaba tan a gusto, y cuya piadosa hija, de ocho años y de una fisonomía luminosa, resistía a la tentación de intervenir en la alegría del pueblo, para vagar, durante todo el día, por los caminos polvorientos con su padre afligido. Dios le otorgó por ello una

gran recompensa. En la primavera de ese año, cuando comenzaba a florecer ella misma, la llamó a su gloria. Su padre ciego continúa llorándola, y en la medianoche sueña siempre que la sigue llevando de la mano, de la pequeña mano que le guiaba, y se despierta siempre entre *tinieblas*, que son ahora tinieblas nuevas y más profundas... Con ayuda de esas llaves Nuestra Señora de las Lágrimas se desliza, fantasma tenebroso, en las habitaciones de los hombres que no duermen, de las mujeres que no duermen, de los niños que no duermen, desde el Ganges hasta el Nilo, desde el Nilo hasta el Misisipí. Y como es la primogénita y posee el imperio

más vasto, la honramos con el título de Madona».

«La segunda hermana se llama *Mater Suspiriorum*, Nuestra Señora de los Suspiros. Nunca sube a las nubes ni se pasea por los vientos. No hay diadema en su frente. Sus ojos, si se pudiera verlos, no parecerían bondadosos ni penetrantes; no se podría descifrar historia alguna en ellos; sólo se encontraría una confusa masa de sueños medio muertos y los restos de un delirio olvidado. No eleva jamás los ojos; su cabeza, cubierta con un turbante andrajoso, está siempre inclinada, y siempre mira el suelo. No llora ni gime. De vez en cuando suspira

ininteligiblemente. Su hermana, la Madona, es a veces tempestuosa y frenética, delira contra el cielo y reclama a sus predilectos. Pero Nuestra Señora de los Suspiros nunca grita, nunca acusa, nunca sueña con rebelarse. Es humilde hasta la abyección. Su mansedumbre es la de los seres sin esperanza... Si algunas veces murmura, sólo lo hace en los lugares solitarios y desolados como ella, en las ciudades en ruinas y cuando el sol ha descendido en su descanso. Esta hermana es la visitante del paria, del judío, del esclavo que rema en las galeras, de la mujer sentada en las tinieblas, sin un amor donde pueda cobijar la cabeza, sin esperanza

que ilumine su soledad; de todos los cautivos en prisiones, de todos los traicionados y todos los rechazados, de los que están proscriptos por la ley de la tradición y de los hijos de la desgracia hereditaria. A todos los acompaña Nuestra Señora de los Suspiros. Ella también lleva una llave, pero apenas la necesita, porque sobre todo reina entre las tiendas de Sem y los vagabundos de todos los climas. Sin embargo, en las clases más altas de la humanidad tiene algunos altares e inclusive en la gloriosa Inglaterra hay hombres que ante el mundo levantan la cabeza tan orgullosamente como un reno y que, secretamente, recibieron en la frente su

marca.

»¡Pero la tercera hermana, que es también la más joven!... ¡Silencio! No hablemos de ella como no sea en voz baja. Su dominio no es grande; de otro modo no podría vivir la carne; pero en ese dominio su poder es absoluto... A pesar del triple velo de gasa con el que se envuelve la cabeza, por alta que la lleve, se puede ver por debajo la luz salvaje que fluye de sus ojos, luz de desesperación siempre resplandeciente, por las mañanas y las tardes, al mediodía lo mismo que a medianoche, tanto a la hora del flujo como a la del reflujo. Le desafía a Dios. Es también la madre de las demencias y la consejera

de los suicidas... La Madona marcha con paso irregular, rápido o lento, pero siempre con una gracia trágica. Nuestra Señora de los Suspiros se desliza tímidamente y con precaución. Pero la hermana más joven se mueve con movimientos que es imposible prever; salta con saltos de tigre. No lleva llave alguna, pues, si bien visita rara vez a los hombres, cuando se le permite acercarse a una puerta se apodera de ella por asalto y la hunde. Y su nombre es *Mater Tenebrarum*, Nuestra Señora de las Tinieblas.

»Tales eran las Euménides o las diosas *Graciosas* (como decía la adulación antigua inspirada por el

temor) que asediaban mis sueños en Oxford. La Madona hablaba con su mano misteriosa. Me tocaba la cabeza, llamaba con el dedo a Nuestra Señora de los Suspiros, y sus signos, que no puede leer hombre alguno como no sea en sueños, podían traducirse de este modo: “¡Míralo! Aquí está el hombre al que en su infancia consagré a mis altares. Es a él a quien hice mi favorito. Le he alucinado y seducido y desde lo alto del cielo he atraído su corazón hacia el mío. Por mí se ha hecho idólatra; por mí, colmado de deseos y languideces, ha adorado la lombriz y dirigido sus plegarias a la tumba vermicular. Era sagrado para él el

sepulcro, amables las tinieblas, santa su
corrupción. A este joven idólatra lo he
preparado para ti, mi querida y
bondadosa Hermana de los Suspiros.
Tómalo ahora sobre tu corazón y
prepáralo para nuestra terrible Hermana.
Y tú —volviéndose hacia la *Mater
Tenebrarum*— recíbelo a tu vez de ella.
Haz que tu cetro le pese en la cabeza.
No permitas que una mujer, con su
ternura, venga a sentarse junto a él en su
noche. Rechaza todas las flaquezas de la
esperanza, seca los bálsamos del amor,
quema la fuente de las lágrimas,
maldícele como sabes maldecir tú
solamente. Así se encontrará más
perfecto en el horno, así verá las cosas

que no deben ser vistas, los espectáculos que son abominables y los secretos que no pueden decirse. Así leerá las antiguas verdades, las tristes verdades, las grandes, las terribles verdades. Así resucitará antes de estar muerto. Y así se habrá cumplido la misión que tenemos de Dios y que consiste en atormentar su corazón hasta que hayamos desarrollado las facultades de su mente”».

3. El espectro del Brocken

En un bello domingo de Pentecostés ascendamos al Brocken. ¡Deslumbradora alba sin nubes! A veces

abril no obstante, realiza sus últimas incursiones en la estación renovada y la riega con sus chaparrones caprichosos. Llegamos a la cumbre de la montaña; semejante mañana nos promete más probabilidades de ver al famoso Espectro del Brocken. Ese espectro ha vivido tanto tiempo con los brujos paganos, ha asistido a tantas negras idolatrías que tal vez su corazón se ha corrompido y su fe se ha quebrantado. Haced en primer lugar la señal de la cruz, a manera de prueba, y observad atentamente si consiente en repetirla. La repite, en efecto, pero la red de las ondas que avanza altera la forma de los objetivos y le da el aspecto de un

hombre que no ha cumplido su deber sino con repugnancia y de manera evasiva. Reanudad, pues, la prueba, «recoged una de esas anémonas que antaño se llamaban *flores de hechicero* y que acaso desempeñaban su papel en los horribles ritos del miedo. Ponedla sobre esa piedra que imita la forma de un altar pagano, arrodillaos y decid, levantando vuestra mano derecha: “¡Padre nuestro que estás en los cielos! ... yo, tu servidor, y ese negro fantasma del que en este día de Pentecostés he hecho mi servidor por una hora, te traemos nuestros homenajes reunidos en este altar devuelto al verdadero culto”. —¡Ved! La aparición toma una anémona

y la deposita en un altar; se arrodilla y levanta hacia Dios su mano diestra. Es muda, ciertamente, pero los mudos pueden servir a Dios de modo muy aceptable».

Sin embargo, pensaréis tal vez que ese espectro, acostumbrado desde hace ya largo tiempo a una devoción ciega, se inclina a obedecer todos los cultos y que su servilismo genuino hace insignificante su homenaje. Busquemos, pues, otro medio de verificar la índole de ese ser singular. Supongo que en vuestra infancia sufristeis algún dolor inefable, que atravesasteis por una desesperanza incurable, una de esas desolaciones silenciosas que lloran tras

un velo, lo mismo que la Judea de las medallas romanas, sentada tristemente a la sombra de su palmera. Velaos la cabeza en conmemoración de tan gran sufrimiento. El fantasma del Brocken también se ha velado la cabeza como si poseyera un corazón humano y como si quisiera expresar, con un símbolo silencioso, el recuerdo de un sufrimiento demasiado grande para que se lo pueda expresar con palabras. «Esta prueba es decisiva. Ahora sabéis que el fantasma es vuestro propio reflejo y que, al dirigir a ese fantasma la expresión de vuestros sentimientos secretos, hacéis de él el espejo simbólico donde se refleja, a la claridad del día, lo que de otra

manera se quedaría oculto para siempre».

El opiómano también tiene a su lado un Intérprete Misterioso que está con respecto a su espíritu, en la misma relación que el fantasma del Brocken con respecto al viajero. A aquél le perturban a veces tempestades, lluvias y neblinas, y así también el Intérprete Misterioso mezcla a veces con su naturaleza el reflejo de elementos extraños. «Lo que dice generalmente no es sino lo que yo me digo despierto en meditaciones lo bastante profundas para que dejen su huella en mi corazón. Pero a veces sus palabras se alteran lo mismo que su rostro y no parecen las que yo

habría empleado con preferencia. Ningún hombre puede dar cuenta de todo lo que ocurre en los sueños. Creo que ese fantasma es generalmente una representación fiel de mí mismo; pero también, de vez en cuando, está sujeto a la acción del buen Fantasio, que reina sobre los sueños». Se podría decir que tiene algunas analogías con el coro de la tragedia griega, el que con frecuencia expresa los pensamientos secretos del protagonista, secretos para él mismo o desarrollados imperfectamente y le ofrece sus comentarios, proféticos o referentes al pasado, aptos para justificar a la Providencia o para calmar la fuerza de su angustia; tales, en fin,

como los que habría hallado el mismo infortunado si su corazón le hubiera dejado tiempo para la meditación.

4. Savannah-la-Mar

Esta galería melancólica de pinturas, vastas y movedizas alegorías de la tristeza, en las que encuentro (ignoro si el lector que no las ve sino abreviadas puede experimentar la misma sensación) un encanto musical y pintoresco, se le agrega un fragmento que puede ser considerado como el final de una larga sinfonía.

«Dios castigó a Savannah-la-Mar y en una noche la hizo descender, con

todos sus monumentos aún en pie y su población dormida, desde los sólidos cimientos de la ribera hasta el lecho de coral del Océano. Dios dijo: “Yo enterré a Pompeya y la oculté a los hombres durante diecisiete siglos; sepultaré a esta ciudad, pero no la ocultaré. Será para los hombres un monumento de mi misteriosa cólera, envuelto durante las futuras generaciones en una luz azulada, pues la engarzaré en la cúpula cristalina de mis mares tropicales”. Y, con frecuencia, en las calmas límpidas, a través del medio transparente de las aguas, los marinos que pasan perciben la ciudad silenciosa que parece conservada debajo de una campana y

pueden recorrer con la mirada sus plazas, sus azoteas, contar sus puertas y los campanarios de sus iglesias: “Vasto cementerio que fascina a los ojos como una revelación mágica de la vida humana, persistente en las guaridas submarinas al abrigo de las tormentas que agitan nuestra atmósfera”. Muchas veces, con su Intérprete Negro, ha visitado en sueños la soledad no violada de Savannah-la-Mar. Contemplaban juntos las torres, donde las campanas inmóviles esperaban en vano los anuncios de bodas; se acercaban a los órganos que ya no celebraban las alegrías del cielo ni las tristezas del hombre; y juntos visitaban los

dormitorios silenciosos donde dormían todos los niños desde hacía cinco generaciones».

«Esperan el amanecer celeste —se dijo en voz baja el Intérprete Negro— y cuando aparezca el alba, las campanas y los órganos lanzarán un canto de júbilo, que repetirán los ecos del Paraíso». Y luego, volviéndose hacia mí, dijo: «He aquí algo triste y lamentable, pero una calamidad menos importante no habría sido suficiente para los designios de Dios. Comprende bien eso... El tiempo presente se reduce a un punto matemático e inclusive ese punto matemático parece mil veces antes de que hayamos podido afirmar su

nacimiento. Todo es finito en el presente, pero también ese finito es infinito en la realidad de su huida hacia la muerte. Pero en Dios nada hay finito, en Dios nada hay transitorio, en Dios nada hay que tienda hacia la muerte. De ello se sigue que para Dios el presente no existe. Para Dios el presente es el futuro, y es por el futuro por el que sacrifica el presente del hombre. Por eso opera con el temblor de tierra y por eso trabaja por medio del sufrimiento. ¡Oh, qué profunda es la labranza de los temblores de la tierra! ¡Qué profunda (y aquí su voz se inflaba como un *sanctus* que se eleva del coro de una catedral), qué profunda es la labor del sufrimiento!

Pero no necesita menos que eso la agricultura de Dios. En una noche de temblores de tierra construyó para el hombre, agradables habitaciones que durarán mil años. Del sufrimiento de un niño obtiene gloriosas vendimias espirituales que no habrían podido ser recogidas de otro modo. Con arados menos crueles no habría podido ser removido el suelo refractario. La Tierra, nuestro planeta, el habitáculo del hombre, necesita la sacudida; y con más frecuencia todavía el dolor es necesario por ser el instrumento más potente de Dios; sí (y me miró con un aire solemne), ¡es indispensable para los misteriosos hijos de la tierra!».

IX. Conclusión

Estas largas meditaciones, estos cuadros poéticos, a pesar de su carácter simbólico general, *ilustran* para un lector inteligente el carácter moral de nuestro autor mejor que como lo harían en adelante las anécdotas o las notas biográficas. En la primera parte de los *Suspiria* vuelve todavía como con complacencia hacia los años ya tan alejados, y en ella, como en otras partes, lo verdaderamente precioso no es el hecho, sino el comentario, un comentario con frecuencia triste, amargo y desolado; pensamiento solitario que

aspira a volar lejos de este suelo y lejos del escenario de las luchas humanas; grandes aletazos hacia el cielo, monólogo de una alma que fue siempre demasiado fácil de herir. Aquí, como en las partes que ya hemos analizado, este pensamiento es el *tirso*, del que ha hablado de modo tan donairoso, con el candor de un vagabundo que se conoce bien. El tema no tiene más valor que el de un bastón seco y desnudo, pero las cintas, los pámpanos y las flores pueden ser, con sus entrelazamientos retozones, una riqueza preciosa para los ojos. El pensamiento de De Quincey no es sólo sinuoso; la palabra no es lo bastante fuerte: es naturalmente espiral. Por lo

demás, llevaría demasiado tiempo analizar esos comentarios y esas reflexiones, y debo recordar que el objeto de este trabajo era mostrar con un ejemplo, los efectos del opio en una mente meditabunda e inclinada al ensueño. Creo haber cumplido ese propósito.

Me bastará con decir que el pensador solitario vuelve con complacencia a esa sensibilidad precoz que fue para él la fuente de tantos horrores y de tantos placeres, aun a costa de su inmenso amor a la libertad y del temblor que le causaba la responsabilidad. «El horror de la vida se mezclaba ya en mi primera juventud

con la dulzura celestial de la vida». Hay en estas últimas páginas de *Suspiria* algo fúnebre, corroído y que aspira a otra cosa distinta de las cosas de la tierra. Aquí y allá se siguen deslizando, a propósito de las aventuras juveniles, la jovialidad y el buen humor y la gracia para burlarse de sí mismo, de la que tan a menudo ha dado pruebas, pero lo que es más *llamativo* y que salta a la vista, son las explosiones líricas de una tristeza incurable. Por ejemplo, a propósito de los seres que traban nuestra libertad, entristecen nuestros sentimientos y violan los derechos más legítimos de la juventud, exclama: «¡Oh, cómo es posible que éstos se titulen a sí

mismos *amigos* de ese hombre o de esa mujer que son precisamente el hombre y la mujer que, más bien que cualesquiera otros, en la hora suprema de la muerte, los despedirán así!: “¡Pluguiera al cielo que nunca hubiese visto tu rostro!”». O bien deja cínicamente que vuele esta confesión que tiene para mí, lo confieso con el mismo candor, un encanto casi fraterno: «En general, los raros individuos que han excitado mi repugnancia en este mundo eran personas florecientes y de buena reputación. En cuanto a los bribones que he conocido, y su número no es pequeño, pienso en ellos, en todos sin excepción, con placer y benevolencia».

Anotemos de paso que esta bella reflexión vuelve a hacerse a propósito del abogado de los negocios equívocos. O bien afirma en otra parte que, «si la vida se pudiera abrir mágicamente ante nosotros; si nuestros ojos, todavía jóvenes, pudieran recorrer los pasillos, escrutar los salones y las habitaciones de esta hospedería, teatros de las futuras tragedias y de los castigos que nos esperan a nosotros y a nuestros amigos, retrocederíamos estremecidos de horror. Después de haber pintado, con una gracia y un lujo de colores inimitables, un cuadro de bienestar, de esplendor y de pureza domésticos, la belleza y la bondad enmarcados en la riqueza, nos

muestra sucesivamente las graciosas heroínas de la familia, todas, de madre a hija, atravesando, cada una a su turno, las pesadas nubes de la desdicha». Y concluye diciendo: «Podemos mirar a la muerte de frente; pero sabiendo, como algunos de nosotros lo sabemos ahora, lo que es la vida humana, ¿quién podría (suponiendo que se lo advirtieran) enfrentar sin estremecerse la hora de su nacimiento?». Encuentro al pie de una página una nota que, relacionada con la muerte reciente de De Quincey, adquiere un significado lúgubre. Los *Suspiria de profundis*, en el pensamiento del autor, debían extenderse y agrandarse singularmente. La nota anuncia que la

leyenda sobre las Hermanas de las Tristezas proporcionará una división natural para las publicaciones posteriores. Por consiguiente, así como la primera parte (la muerte de Elisabeth y las lamentaciones de su hermano) se refiere lógicamente a la Madona, o Nuestra Señora de las Lágrimas, así también la parte nueva, *Los mundos de los parias*, debía colocarse bajo la invocación de Nuestra Señora de los Suspiros; y en fin, Nuestra Señora de las Tinieblas debía *patrocinar el reino de las Tinieblas*. Pero la Muerte, a la que no consultamos sobre nuestros proyectos y a la que no podemos pedirle su aquiescencia; la Muerte, que nos deja

soñar con la dicha y la fama y que no dice ni que sí ni que no, sale bruscamente de su emboscada y barre de un aletazo nuestros planes, nuestros sueños y las arquitecturas ideales donde albergábamos mentalmente la gloria de nuestros últimos días.

Exordio y notas

Para las conferencias dadas en
Bruselas en 1864

Señores, me parecería inútil hacer un tratado completo sobre los excitantes, la característica general de los cuales consiste en engendrar un debilitamiento correspondiente a la excitación y un castigo tan cruel como vivo ha sido el goce. Sería inútil hablar de los excitantes vulgares, como el ajeno, el té, el café, el vino de quina o inclusive

la coca o erythroxyton, esa singular planta cuyas hojas masticadas aumentan la energía disminuyendo el sueño y suprimiendo el apetito; o bien de la cicuta irlandesa, cuya absorción hace ver, según dicen, a los ojos del cerebro envenenado las monstruosidades del mundo antediluviano.

Hay en todo ello muchas cosas que atañen a los médicos. Ahora bien, yo quiero hacer un libro, no de pura fisiología, sino de moral sobre todo. Quiero probar que los buscadores de paraísos hacen su infierno, lo preparan y lo profundizan con éxito, la previsión del cual tal vez los espantaría.

La primera parte de este libro me

pertenece por completo: es el *Poema del Hachís*. Se divide en muchos capítulos, cuyos títulos les anunciaré sucesivamente. La segunda y la tercera partes son el análisis de un libro inglés excesivamente curioso (*El opiómano*, de Quincey), pero le agrego aquí y allá mis reflexiones personales; mas, en qué dosis he introducido mi personalidad en el autor original, es lo que me sería muy difícil de decir actualmente. He hecho tal amalgama que no podría reconocer en ella la parte que me es propia, la cual, por lo demás, tiene que ser muy pequeña.

Señores, nos quedamos al final de

las visiones torturantes e involuntarias del opio. La sesión era ya tan larga que debí dejar para esta tarde el relato de la curación, de la falsa curación del opiómano.

... *La malicia*, palabra que deberían meditar los fanáticos de todos los partidos (los que generalmente son imbéciles, pero imbéciles peligrosos).

Pena de niño, principio de obra de arte, la morada del niño, un árbol, flores, una habitación oscura. El niño genial que nace en semejante morada no se parecerá al hombre genial nacido en un medio diferente.

El gusto del mundo femenino es el que hace los genios superiores. Estoy convencido de que las damas inteligentes que me escuchan me disculpan la forma casi sensual de mis expresiones, como aprueban...

Sólo me queda, señores, agradecerles cordialmente su amable hospitalidad y la maravillosa atención que han prestado a estas lecturas, a veces un poco largas...



CHARLES PIERRE BAUDELAIRE (9 de abril de 1821 - 31 de agosto de 1867). Fue un poeta, crítico de arte y traductor francés. Fue llamado poeta maldito, debido a su vida de bohemia y excesos, y a la visión del mal que impregna su obra. Barbey d'Aurevilly, periodista y escritor francés, dijo de él

que fue el Dante de una época decadente. Fue el poeta de mayor impacto en el simbolismo francés. Las influencias más importantes sobre él fueron Théophile Gautier, Joseph de Maistre (de quien dijo que le había enseñado a pensar) y, en particular, Edgar Allan Poe, a quien tradujo extensamente.

Notas

[1] Béroalde de Verville, *Moyens* (sic)
de parvenir. <<

[2] Mencionaré, sólo a título informativo, la tentativa, hecha hace poco tiempo, de aplicar el hachís a la curación de la locura. El loco que toma hachís contrae una locura que elimina la otra ¡y cuando la embriaguez ha pasado, la verdadera locura, que es el estado normal del loco, recupera su imperio, como la razón y la salud en nosotros! Alguien se ha tomado el trabajo de escribir un libro al respecto. El médico que inventó ese donoso sistema no es de modo alguno un filósofo. <<

[3] Teatro de sombras chinescas y de títeres, situado en la Galería de Valois, en el Palais-Royal, y luego en el Bazar Europeo del bulevar Montmartre. <<

[4] Tal vez la dama de las diez guineas.

<<

[5] Diga lo que diga De Quincey sobre su impotencia espiritual, ese libro, o algo análogo referente a Ricardo, se publicó posteriormente. Véase el catálogo de sus obras completas. <<

[6] Mientras escribíamos estas líneas llegó a París la noticia de la muerte de Thomas De Quincey. Por consiguiente, formulamos votos por la continuación de ese destino glorioso cuando se había interrumpido bruscamente. El digno émulo y amigo de Wordsworth, de Coleridge, de Southey, de Charles Lamb, de Hazlitt y de Wilson deja numerosas obras, las principales de las cuales son: *Confessions of an english opium-eater*, *Suspiria de profundis*, *The Caesars*, *Literary reminiscences*, *Essays on the poets*, *Autobiographic sketches*, *Memorials*, *The Note Book*,

Theological Essays, Letters to a young man, Classic records reviewed or deciphered, Speculations, literay and philosophic, with german tales and other narrative papers; Klosterheim, or the masque; Logic of political economy (1844), Essays sceptical and antisceptical on problems neglected or misconceived, etc. Deja no sólo la reputación de uno de los ingenios más originales, más verdaderamente humorísticos de la vieja Inglaterra, sino también de uno de los caracteres más amables y caritativos que hayan honrado la historia de la letras, tal, en fin, como él mismo lo ha descrito ingenuamente en los *Suspiria profundis*, obra de la que

vamos a emprender el análisis y cuyo título adquiere, de esta circunstancia dolorosa, un tono doblemente melancólico. El señor De Quincey ha muerto en Edimburgo a los setenta y cinco años de edad.

Tengo a la vista un artículo necrológico fechado el 17 de diciembre de 1859 y que puede dar tema para algunas tristes reflexiones. Desde un extremo al otro del mundo la gran locura de la moral usurpa en todas las discusiones literarias el lugar de la pura literatura. Los Pontmartin y otros sermoneadores de salón llenan los periódicos americanos e ingleses tanto como los

nuestros. A propósito de las extrañas oraciones fúnebres que siguieron a la muerte de Edgar Poe tuve ocasión ya de observar que al cementerio de la literatura se le respeta menos que al cementerio común, donde un reglamento policial protege las tumbas contra los ultrajes *inocentes* de los animales.

Quiero que juzgue el lector imparcial. ¿Qué nos importa que el *opiómano* no haya prestado nunca *a la humanidad servicios positivos*? Si su libro es *bello*, debemos estarle agradecidos. Buffon, que no es sospechoso en un asunto como éste, ¿no pensaba que un giro de frase oportuno, una nueva manera de decir

bien las cosas, tenían para el hombre verdaderamente espiritual una utilidad mayor que los descubrimientos de la ciencia; en otras palabras, que la Belleza es más noble que la Verdad?

¿Qué autor que conozca el ardor de la pasión literaria tendría derecho a sorprenderse de que Quincey se haya mostrado a veces señaladamente severo con sus amigos? Se maltrataba cruelmente a sí mismo y, además, como dijo en alguna parte y como dijo antes que él Coleridge, *la malicia no proviene siempre del corazón; hay una malicia de la inteligencia y la imaginación.*

Pero he aquí la obra maestra de la crítica. De Quincey había donado en su juventud a Coleridge una parte importante de su patrimonio: «Sin duda esto es noble y loable aunque imprudente —dice el biógrafo inglés— pero se debe recordar que llegó un tiempo en que, víctima de su opio, con la salud quebrantada y sus asuntos muy desordenados, no tuvo inconveniente en aceptar la caridad de sus amigos». Si traducimos bien, esto quiere decir que no hay por qué agradecerle su generosidad, pues más tarde utilizó la de los otros. Al genio no se le ocurren esas cosas. Para llegar a ellas es necesario estar dotado con el espíritu envidioso y

caprichoso del crítico moral. <<